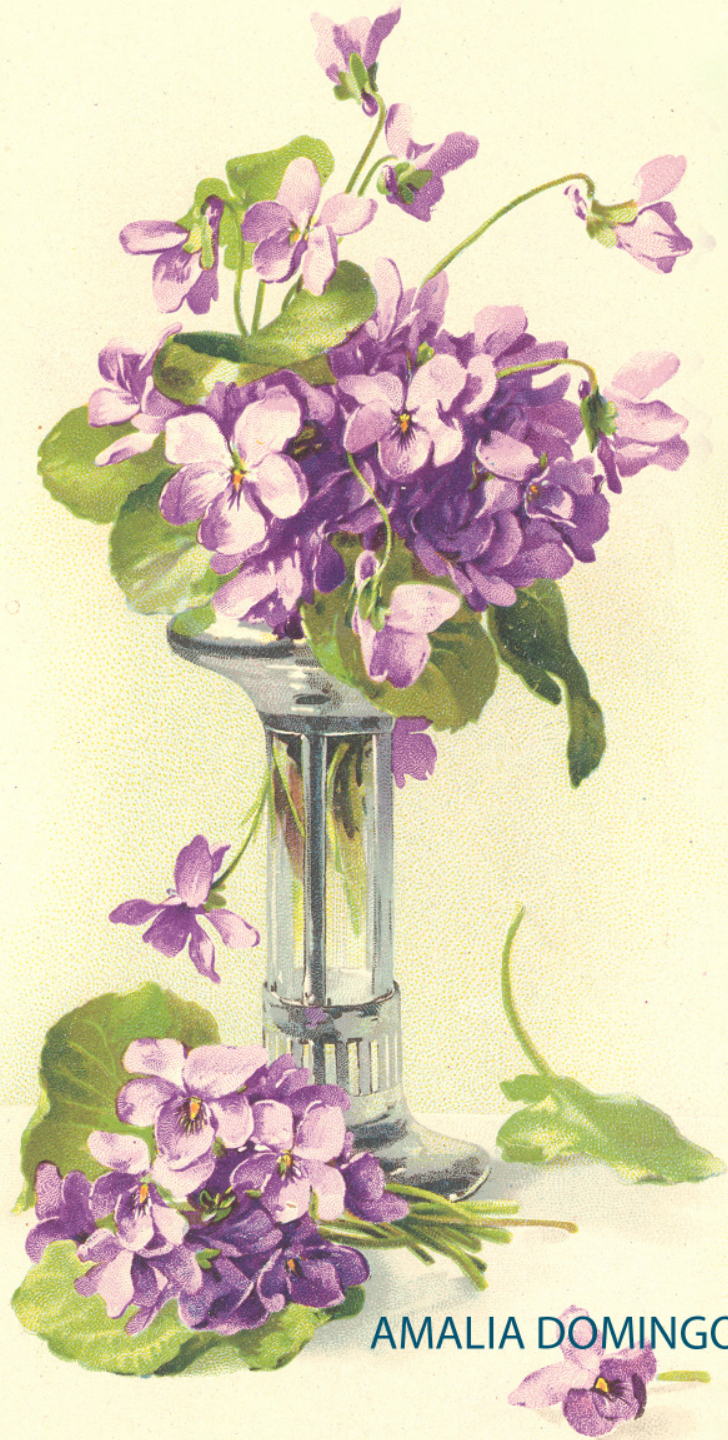


21

BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA



Cuentos espiritistas

AMALIA DOMINGO SOLER



Cuentos espiritistas

AMALIA DOMINGO SOLER

Edición anotada y posfacio de Amelina Correa Ramón

Amalia Domingo Soler nació en Sevilla en 1835. Su infancia y juventud estuvieron marcadas por una salud frágil y un grave problema de visión que casi la dejó invidente. Desde niña exhibió un gran amor por la letra impresa y a los diez años ya escribía sus primeros poemas. Después de la muerte de su madre, en 1860, se traslada a Madrid, donde se gana la vida con la costura y colaborando en diferentes revistas. Por entonces conoce el espiritismo, y queda fascinada con esta doctrina, a cuya difusión dedicará el resto de su vida. En 1876, aceptando la invitación del espiritista catalán Luis Llach, se traslada a Barcelona, donde dirige la publicación *La luz del porvenir* y ejerce de redactora jefe de *Luz y Unión*. En 1888 participa como vicepresidenta y única presencia femenina en el comité organizador del primer Congreso Internacional Espiritista, celebrado en la ciudad condal. Murió de una bronconeumonía el día 29 de abril de 1909. De su vasta producción, más de dos mil textos sobre espiritismo, destacan *Memorias del Padre Germán* (1900), *¡Te perdono!* *Memorias de un espíritu* (1904) y varios libros antológicos publicados tras su muerte.

[la autora]

[la obra]

Cuentos espiritistas, volumen antológico póstumo aparecido en 1926, contiene probablemente los relatos más valiosos que salieron de la prolífica pluma de Amalia Domingo Soler. Ateniéndose en ellos al subgénero de los «cuentos de aparecidos», de tanto éxito en toda Europa desde comienzos del siglo XIX, sus relatos, inspirados todavía por la inocencia romántica, logran captar el interés del lector ya desde sus párrafos iniciales, atrayendo su atención sobre un determinado elemento que será crucial en cada relato, para sumergirlo después en un cuadro de tensión dramática sabiamente dosificada, que llega a rozar el escalofrío en algunos de sus desenlaces. Títulos como «El ramo de violetas», «Las dos monjas», «El vestido blanco» o «¡No me quiero ir!» nos dan perfecta cuenta de la viveza imaginativa y la habilidad natural para contar historias que poseía la autora sevillana, y justifican por qué fue considerada en su época como la única escritora espiritista de algún mérito y por qué hoy sigue siendo leída en los principales círculos de espiritismo de todo el mundo.

Colección *Una Galería de Lecturas Pendientes*
Dirección y coordinación editorial: Jesús Jiménez Pelayo

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura
© 2010 JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura
© de la edición anotada y posfacio: Amelina Correa Ramón
Maquetación y diseño: Carmen Piñar
ISBN: 978-84-9959-009-7
D.L. : GR-700-2010

Ilustración de cubierta: Jarrón de violetas. Cromolitografía (1900 ca.)

índice

MIS IDEALES (PRELUDIO)	9
¡ESPÉRAME!	15
AÑO NUEVO, VIDA NUEVA	23
¡MERCEDES!	31
¡MURIÓ DE FRÍO!	39
EL AMOR NO ES UN MITO	47
QUIERO IR AL CIELO	57
EL ESPIRITISMO DEBE ESTUDIARSE	65
EL RAMO DE VIOLETAS	71
FLOR AZUL	79
EN CASA DEL MEMORIALISTA	87
LOS JUGUETES	95
LA HISTORIA OFRECIDA	99
FLOR DE LIS	107
EL VESTIDO BLANCO	115
LAS DOS MONJAS	129
EL CAMINITO DEL CIELO	137
¡NO ME QUIERO IR!	143
ESTRELLA...	151
NOTAS	157

POSFACIO

AMALIA DOMINGO SOLER Y SUS CUENTOS ESPIRITISTAS Amelina Correa Ramón	161
---	-----

MIS IDEALES (PRELUDIO)

Ni los antiguos sabios de la Grecia, ni los grandes pensadores de nuestros días, han podido escribir, ni definir una obra tan perfecta, tan llena de episodios interesantes y de sucesos conmovedores, como encierra ese volumen divino llamado hombre.

Ni Voltaire con su profundo estudio del corazón humano, ni el célebre Rousseau con su *Contrato Social*, ni el inolvidable Lord Byron con sus nostalgias sublimes y sus pesimismos desconcertantes; ni el autor del *Quijote*, Miguel de Cervantes Saavedra; ni el primer poeta y filósofo del siglo XIX, Victor Hugo, ninguno ha llegado a idear una tragedia con escenas tan emocionantes como se encuentran en la historia de algunos seres: que nunca la inventiva humana tiene tan vivos colores como la amarga realidad de la vida.

Yo he leído mucho, muchísimo en este mundo. A los diez años conocí el valor de lo que leía, y durante cuatro lustros he hojeado toda clase de libros, llegando a familiarizarme tanto con las novelas, crónicas, memorias, impresiones, historias y

relatos de viajes, que al comenzar a leer un volumen, por el prólogo deducía cuál sería el epílogo, hasta hacérseme monótona la lectura, y decir, como aquel indiferente del cuento, que cuando iba al teatro, se dormía tranquilo y al despertarse preguntaba a sus amigos: «¿Se casó, o se murió?». Así discurría yo al comenzar la lectura de un libro, hasta que decidí buscar la fuente de la historia humana en la frente del hombre y en la sonrisa de la mujer.

Cada ser humano que conozco, me sirve de modelo para mis estudios; y así como los médicos de nuestros días hacen sus experimentos de inoculaciones en distintas especies, y hasta prueban el efecto de sus medicinas en sí mismos, como lo hizo Samuel Hahnemann, el fundador de la homeopatía¹, y otro sabio cuyo nombre no recuerdo en este momento, que probó en sí mismo el efecto que producía el cloroformo, yo estudio, leo y tomo apuntes en esas criaturas que, si se las mira atentamente, se ve que llevan en su rostro un jeroglífico trazado por el lápiz del dolor.

El haberme dedicado a la propaganda del Espiritismo, me ha hecho conocer a muchísimos desgraciados. Algunos de ellos me han contado espontáneamente su historia; en otros me ha costado el trabajo de ir leyendo línea por línea en las arrugas de su frente, en la expresión de sus ojos, en la inflexión de su voz y en la amarga sonrisa de sus labios; y he creído en la verdad del Espiritismo, más que por sus fenómenos, por la influencia moralizadora que ejerce sobre el carácter, las costumbres y las pasiones humanas. Este fenómeno, producido por la comunicación de los espíritus, es superior en grado máximo a todos los aportes, apariciones, escritura directa y demás manifestaciones de los seres de ultratumba.

Nada es más difícil en la tierra que cambiar el modo de ser del hombre: hay vicios tan arraigados y malas costumbres tan inveteradas, que dominan en absoluto, y todo lo más que en una existencia se consigue, es avergonzarse de ellas y tratar de ocultarlas. Esto ya es algo, puesto que se comienza por evitar el dar mal ejemplo; pero dista mucho de ser lo suficiente para regenerarnos; mientras que la comunicación de los espíritus logra en algunos hombres lo más difícil, extirpar de

raíz pequeños defectos que suelen pasar inadvertidos para el mundo, pero que no por esto dejan de producir un daño inmenso al que los tiene.

Se nos dirá tal vez que la mayoría de los espiritistas tienen las mismas debilidades y flaquezas que los demás hombres, ¿quién lo duda?

El Espiritismo no ha venido a hacer santos; ha venido a operar una reforma grande, profunda, trascendental, y por esta razón su trabajo es lento; que mientras más gigantesca es la obra, más tiempo se necesita para llevarla a cabo; debiéndose también considerar que el Espiritismo encuentra a la humanidad sumergida en la más humillante degradación. Porque, ¿qué mayor envilecimiento para el espíritu que comprar su salvación por un puñado de oro, o creer que el acaso acumuló las moléculas que componen su cuerpo de igual manera que el simún amontona los granos de arena en el desierto?

Las religiones han empequeñecido al hombre; la falsa ciencia le ha enorgullecido, y el Espiritismo tiene que luchar con los ignorantes y con los fatuos, o sea con los tontos de buena fe y los mentecatos envanecidos con su afán de saber. Entre tanta cizaña tiene que implantar el ideal de la justicia, grande y justa, y despertar en el hombre el sentimiento de su dignidad, haciéndole comprender que no hay más cielo ni más infierno que nuestras obras, buenas o malas.

Tiene que demostrar el Espiritismo al obcecado materialista, que su yo pensante no es un poco de fósforo que en mayor o menor cantidad llena las cavidades de su cerebro, puesto que este, en un momento de crisis, queda inerte, la masa cerebral pierde su vibración y la rápida descomposición de la materia orgánica disgrega el cuerpo, mientras que el entendimiento y la voluntad que le hicieron funcionar siguen vibrando, el yo sobrevive revestido de otra envoltura menos grosera, pensando, sintiendo y queriendo.

Como se ve, el Espiritismo está llamado a verificar una revolución completa en todas las clases sociales, en todas las esferas de la vida, en todas las inteligencias, y obra tan colosal, no se puede consumir en un corto número de años: que le

cuesta mucho al hombre separarse de vicios que le complacen y de religiones que le tranquilizan con sofismas que parecen verdades mientras no se analizan a la luz de la razón. ¿Hay nada más cómodo que pecar, confesarse, recibir la absolución de nuestros pecados, y volver a pecar en la seguridad de que la bendición de un sacerdote ha de abrirnos las puertas del cielo?

¿Y qué diremos de los materialistas, que nada encuentran en la creación superior a ellos, creyéndose modestamente el cerebro del Universo?

¿Y dónde hay seres más felices que los indiferentes, que no se preocupan por nada? Decirles que estudien y averigüen por qué nacieron, es exigirles un inmenso sacrificio. El estudio del Espiritismo viene indudablemente a destruir la paz de algunas existencias que se deslizan en la molicie; flores inodoras, árboles improductivos.

El Espiritismo viene a despertar grandes remordimientos, a destruir muchas ilusiones engañosas; es el microscopio con el cual vemos nuestras ocultas miserias; como son nuestra envidia, nuestro solapado amor propio, nuestra falsa modestia, nuestra sorda murmuración, nuestra escondida avaricia y otros innumerables defectos, consecuencia natural de las anteriores causas, que en gran número pasan inadvertidos en la sociedad, como pasan a nuestra vista los millones de infusorios que se agitan en una gota de agua.

Para estudiar el Espiritismo, se necesita que el espíritu esté preparado para ello, bien por el progreso adquirido, bien porque sus muchos desaciertos le hayan colocado al borde del abismo, y tomando en serio el adagio a *grandes males, grandes determinaciones*, se decida a cauterizar las profundas llagas que le hacen vivir muriendo.

Es indudable que se necesita mucho valor para *leer* uno en sí mismo; por eso abundan los espiritistas convencidos, y escasean los que hacen firme propósito de corregirse de sus vicios cuanto les es humanamente posible; mas es innegable que el verdadero espiritista, el que se propone ir por la senda del progreso, llega a

poseer virtudes que forman en torno suyo una esplendente aureola, para lo cual cuenta con convicciones profundas, de que la generalidad carece.

Mucho ha de influir eficazmente en el hombre dotado de buena voluntad y de regular criterio, obtener por sí mismo o por otro comunicaciones razonadas, en las cuales le aconsejen los espíritus el cumplimiento estricto de su deber, y sin falsa adulación le den el parabién por sus buenos deseos, y sin acritud le reconvenzan cuando caiga, diciéndole que son muchos los seres que toman parte en sus penas y en sus alegrías. La certidumbre de ser amado y constantemente protegido es un valioso estímulo para la virtud y el progreso espiritual, estímulo que casi sólo los verdaderos espiritistas pueden tener; porque son los que tocan la realidad de la vida, libro inédito que enseña más que todos los volúmenes que se guardan en las bibliotecas de la tierra.

Ahora bien: ¿es beneficiosa la influencia del Espiritismo? ¿Estamos locos los que creemos que cuando se vulgarice su estudio muchas almas enfermas recobrarán la salud, y muchos crímenes dejarán de cometerse?

No somos locos, no; los días de la luz se acercan; la aurora del progreso ilumina el horizonte del porvenir. Los espiritistas son los centinelas avanzados, cuyo ejemplo estimula y dice: «Luchad, luchad con denuedo, y venceréis vuestras imperfecciones como las hemos vencido o tratamos de vencerlas nosotros. ¡Querer es poder! Seguid nuestras huellas y os llevaremos por un sendero de flores que nunca se marchitan, al conocimiento de las verdades supremas».

¡El infinito nos espera! ¡En nuestra patria no habrá aurora ni ocaso: en ella brillará siempre el sol esplendoroso del amor universal!

¡ESPÉROME!

En busca de luz para mis cansados ojos, fui un verano a Deva², a tomar los baños de su agitado mar, y entre los bañistas conocí a un matrimonio, y simpatizamos desde los primeros momentos que nos vimos. Ella era una mujer de cuarenta y cinco años, de distinguidos modales, y él un joven de veinticinco años, de arrogante figura y porte aristocrático.

Siempre iban juntos, y se les oía reír y charlar alegremente.

Una tarde, varios bañistas decidieron ir a pasear. Invitado Rafael, éste miró a Anita, como pidiéndole permiso.

—Sí, sí, ve —dijo ella—, mientras tanto daré un paseo con Amalia.

Cuando estuvimos solas paseando, dije a mi compañera, que era simpatiquísima:

—¡Cuán feliz se conoce que es usted con su esposo!

—¡Ah, sí! —contestó Anita—. Nos queremos tanto... No puede usted figurarse el cariño nuestro lo verdadero que es: tiene su historia, una historia muy original.

—¿Sí?

—Sí, Amalia, sí; historia que yo misma no me explico bien; cuando volvamos a Madrid quiero estudiar el espiritismo para comprender sus misterios.

—¿El espiritismo? ¿Y qué es eso?

(Entonces yo no conocía la escuela filosófica, en la cual, más tarde, encontré la vida).

—El espiritismo, según me han dicho, explica el modo cómo las almas vuelven a la tierra repetidas veces.

—¿Las almas?

—Sí: nuestro espíritu: así me lo ha dicho un espiritista. Dice que venimos a la tierra cuantas veces nos es necesario, para progresar y perfeccionarnos. ¡Oh! ¡Debe ser un estudio muy interesante!

—¿Y eso podrá ser cierto?

—Sí, Amalia; lo que es por mí, casi puedo jurar que los espíritus vuelven a la tierra. Mi matrimonio, mi felicidad, la debo a la vuelta de Rafael.

—¿A la vuelta de su marido?

—Sí, a su vuelta. Sentémonos y ya le contaré la historia de mi casamiento.

—Buena idea. Precisamente me preocupaban ustedes, por encontrar un *no sé qué* en sus costumbres viéndolos tan dichosos en un mundo de desesperados.

—Tiene usted razón, Amalia. Lo que es aquí, al que no piensa matarse, le falta poco. Yo creo que en este planeta, ser feliz es un egoísmo. No se puede ser dichoso viendo a tantos desgraciados. ¡Por eso no soy completamente feliz!

—¡Dichosa usted!

—¡Oh, muy dichosa! Mis días pasan serenos y tranquilos, si bien antes también he tenido mis sufrimientos.

—¿También?

—Ya lo creo; ¿quería usted que me eximiera de la ley natural? No; lo que hay es que yo he tenido la ventaja de padecer cuando menos se fija uno en ello, en la infancia.

Al nacer, perdí a mi madre. Mi padre contrajo segundas nupcias antes de cumplir yo dos años; y como mi madrastra era mujer vulgar, sin sentimiento, sin corazón, me trató, como era lógico, con desvío, golpeándome cuando le parecía. Así viví hasta la edad de siete años.

Mi padre vivía en una magnífica quinta de un opulento banquero, cuyos intereses administraba. Un verano, llegó a la quinta la esposa del banquero, con su hijo Rafael, niño que contaría doce años, el cual venía muy enfermo, y para distraerle, la señora suplicó a mi padre que me dejase vivir con ellos. Mi padre accedió. Yo saltaba de alegría cuando me vi separada de mi madrastra y me encontré en brazos de doña Magdalena, la madre de Rafael, que me besó repetidas veces, al mismo tiempo que decía a mi padre:

—¡Dichoso usted que tiene una niña!

Para abreviar, le diré que al principio pasaba todo el día al lado de Rafael, y doña Magdalena se encariñó tanto conmigo, que me hacía tener en su compañía por las noches. Desde entonces no he salido de su casa hasta este verano, que hemos tenido que venir aquí por Rafael.

El enfermito y yo nos habíamos hecho grandes amigos, y su madre estaba loca de alegría al ver que su hijo se ponía mejor. Pero al verano siguiente recayó el pobrecito, y ya no pudo dejar el lecho. Su madre, su padre y yo no le dejábamos ni un momento. Él era un niño muy formal, y yo, no teniendo mas que nueve años, parecía una mu-

jercita: de suerte que hablábamos como dos personas entradas en años. Una tarde, pocos días antes de morir, le dijo Rafael a su madre:

—Mira, mamá, si yo hubiera vivido, ya lo sabes, me hubiera casado con Anita; pero ahora me voy, y te ruego que no la desampares nunca, porque no quiero que padezca privaciones ni molestias de ningún género. Y tú —me dijo a mí—, espérame, que ya volveré a buscarte.

Sus padres lloraban, y yo también, porque Rafael lo era todo para ellos y para mí. Los diez días que vivió después de lo dicho, me repetía con frecuencia:

—Mira que no te cases, que me esperes, que yo vendré por ti; júrame que no te casarás.

Yo se lo juré cuantas veces quiso. El pobre murió por fin, repitiéndome:

—¡Espérame!... ¡Espérame!...

Yo entonces no daba valor a aquellas palabras, mayormente oyendo a su madre, que decía:

—¡Pobrecito! ¡Ha muerto delirando!

Doña Magdalena y su esposo quedaron inconsolables, porque era el único hijo que tenían, y se les había ido al otro mundo: yo fui la que les di alguna conformidad a aquellos dos seres desconsolados. En memoria de su hijo, me acariciaban, me complacían en todo, y yo con mi cariño les hacía la vida más llevadera. Al fin, como en la tierra todo se olvida, aquella familia volvió a entrar en la vida normal, y yo vivía feliz, muy feliz, porque mis protectores me adoraban.

Cuando cumplí quince años, principié a tener galanteadores. Doña Magdalena me decía siempre, que quería casarme a su gusto, con uno que fuera tan bueno como hubiera sido su hijo; pero yo, de vez en cuando, soñaba con Rafael, y oía claramente que este me decía: «¡espérame, espérame!»

A la mañana siguiente contaba mi sueño a doña Magdalena, y le añadía:

—No, no, yo no quiero casarme. ¿Y si Rafael vuelve?

—¡Criatura! ¡No seas loca! ¿Qué ha de volver? —decía ella—. ¡Ojalá! ¡Hijo de mi alma! Desde que te vi, te desee para él; pero como él se fue, yo no he de ser egoísta, y es justo que te cases y hagas a un hombre feliz; pero quisiera que esto fuese sin separarte de mí.

Lo mismo despierta que soñando, siempre me parecía oír la voz de Rafael, recordándome mi promesa de esperarle.

En aquel tiempo llegó de Cuba un hermano de mi protectora, casado, y su esposa venía muy enferma y en estado interesante. Se hospedaron en casa, y antes de tiempo, según opinaron los médicos, la joven dio a luz a un niño, muriendo la madre dos horas después.

No sé por qué, cuando vi a aquel niño tan pequeñito, lo estreché entre mis brazos, lo cubrí de besos e hice locuras con él. Doña Magdalena lloraba y decía:

—¡Ay! ¡Cómo me recuerda este niño a mi Rafael! Así nació: tan chiquitito, que parecía un juguete...

—Se criará en casa —replicaba yo.

—Así nos parecerá que ha vuelto Rafael; que le pongan el mismo nombre.

Y como aquella familia no hacía más que lo que yo deseaba, pusieronle al niño el nombre que yo había elegido. Vino una buena nodriza y yo me convertí en niñera.

El niño fue la alegría de la casa. Doña Magdalena no cabía en sí de gozo con el pequeñuelo; su esposo igualmente; su padre no digo nada; pero la preferida de Rafael era yo. Cuando comenzó a hablar, mi nombre fue el primero que pronunció. En fin, los años pasaron, y Rafael y yo nos seguimos amando con loco frenesí.

Tuve varias proposiciones para casarme ventajosamente; pero todo mi cariño era para Rafael. El día que cumplió veinte años, pidió Rafael mi mano con toda seriedad. En vano le hice presente la diferencia de edades, pues yo contaba diez y ocho años más que él. No hubo objeción alguna que no fuera desechada... Como ambos nos queríamos y la familia ansiaba nuestra felicidad, nos casamos, y hace seis años que vivimos todos como un paraíso.

—¿Y ha tenido usted hijos?

—Una niña preciosa, que se quedó con doña Magdalena, es decir, su abuela, pues ha sido como la madre de Rafael.

—¿Y por qué cree usted que Rafael ha vuelto a la tierra?

—Ahora le contaré. Mi marido, de niño, era sonámbulo, y bastantes sustos que me hizo pasar. A lo mejor se levantaba de la cama, se venía a mi cuarto, y principiaba a gritar:

—¡Anita!... ¡Anita!... ¡Ya estoy aquí!...

Yo me despertaba y veía a Rafael con los ojos cerrados, pálido como un muerto.

—Muchacho —le gritaba yo—, ¿a qué vienes aquí?

Y entonces despertaba y se echaba a llorar, porque era muy llorón, y ponía en revolución toda la casa. Poco a poco fue perdiendo aquella inquietante costumbre.

A los quince años volvió a las andadas del sonambulismo, para hacer y decir lo mismo. Por fin, nos casamos. Al principio todo iba bien, cuando una noche, mientras yo dormía tranquilamente, sentí que me tocaban en el hombro. Me volví y vi a Rafael con los ojos cerrados, medio incorporado y extremadamente pálido. Comprendí que estaba sonambulizado, y le dije:

—¡Rafael! ¡Rafael! ¡Despierta!

Pero él, sin hacerme caso, comenzó a decir lo de siempre:

—¡Anita! ¡Anita! Ya estoy aquí.

Sin saber por qué, me acordé en aquel momento del pequeño Rafael cuando me suplicaba que le esperase prometiendo volver, y maquinalmente le dije en voz muy baja:

—¿Eres tú, Rafael?

—Sí, he vuelto por ti, para hacerte dichosa con mi amor. ¡Mi amor!... que es más profundo que los mares y más inmenso que los cielos. ¡Te quiero tanto! ¡Tanto!... ¡Si tú lo supieras!... ¡hace ya muchos siglos que te quiero!... pero hasta ahora no he sido digno de vivir junto a ti... ¿Ves como he vuelto?... ¿Ves como has hecho bien en esperarme? ¡Cuánto te quiero, Anita!, ¡cuánto te quiero!... ¡Eres tan buena!...

Yo estaba embelesada; no sabía lo que me pasaba. Rafael enmudeció, se sonrió dulcemente, y abriendo los ojos me preguntó:

—¿Qué tienes? ¿Estás enferma?

—No —le contesté—. ¿Y tú, cómo te encuentras?

—Parece que tengo dolorida la cabeza.

Yo entonces le conté lo ocurrido, y decidimos no decir nada a la familia, para no exponernos a que nos juzgaran locos.

El hecho se ha repetido de tarde en tarde, con iguales palabras cariñosas: ¿Ves como he vuelto?

Y así estamos. Yo, para mí, creo que es el mismo espíritu, porque de niño tenía los mismos juegos que el otro, las mismas exigencias, tanto, que todos los de casa decían:

—¡Señor, parece que ha venido Rafael en cuerpo y alma!

Volvió Rafael de su excursión de pesca, y delante de todos abrazó a Anita, como un niño a su madre.

Cuando dejaron Deva, me dieron su dirección de Madrid, y allí nos volvimos a ver.

En Madrid se dedicaron los esposos a la lectura de las obras de Allan Kardec³, y ellos fueron los que despertaron en mí deseos de conocer tan hermosas doctrinas.

Bienaventurado el espíritu que dice «¡*Espérame!*!», si el eco lejano de una voz querida le contesta: «¡Te esperaré!».

AÑO NUEVO, VIDA NUEVA

Cuando conocí el Espiritismo, al llegar el primer día del año 73, quise emplear bien sus horas, y me dirigí a un hospital a visitar enfermos, acompañada de una joven amiga, parienta cercana de la superiora de aquel triste asilo.

Después de recorrer algunas salas, entramos a ver a la madre Rosario, que nos recibió cariñosamente, llamándome mucho la atención su porte verdaderamente señorial y majestuoso, pues a pesar de su hábito, se veía en ella a la mujer elegante, aristocrática, y bajo su blanca toca brillaban unos ojos grandes, negros, magnéticos y soñadores. Sus manos blancas y delgadas estrecharon las mías con verdadera efusión, y sonriéndose tristemente me dijo, afectuosa y atrayente:

—Ya sé por mi sobrina quién es usted; por eso no extraño que me mire con cierta curiosidad: los que escriben van buscando historias por todas partes, y yo tendré un placer en contarle a grandes rasgos la mía. Antes iremos a ver a mis pequeños enfermos, y luego hablaremos. Justamente hoy es un día muy triste para mí: amargos recuerdos me atormentan, y les agradeceré que me hagan un buen rato compañía.

Salió la monja: la seguimos y entramos en un saloncito, en donde había seis camas, ocupadas por otros tantos niños: Rosario los besó a todos, y acarició especialmente a uno que tendría tres años, y a quien en tan corta edad ya le habían amputado el pie derecho.

El niño recibió con marcada alegría los cariños de la superiora, y ésta me dijo:

—No puede usted figurarse cuánto quiero a este pequeñuelo y cuánto me intereso por él: me recuerda a otro niño a quien yo quise con toda mi alma, y si los muertos resucitaran, diría que este es aquel.

—¿Hace mucho que murió el que usted recuerda?

—Seis años.

—¡Quién sabe si es el mismo! Todo pudiera ser; aunque lo más cierto es que si usted lo lleva fotografiado en su mente, justo y natural me parece que en todas partes lo vea reproducido: que los muertos siempre viven en la memoria de aquellos que los supieron querer.

Rosario me miró fijamente, dio algunas órdenes a dos monjas, y volvimos a su aposento: nos sentamos, y ella, acercándose a mi lado y aproximando su boca a mi oído, me dijo en voz apenas perceptible:

—¿Usted cree que los muertos viven?

—Sí, señora.

—¿De veras lo cree usted?

—Sí, señora, que lo creo, y usted que tiene cara de ser muy entendida, me parece que lo cree también.

Rosario me miró, y sus ojos me dijeron que *sí creía*; pero sus labios dieron paso a estas palabras de rutina:

—No, yo no creo que los muertos resuciten hasta que llegue el día del juicio final.

—Bueno, bueno; dejemos a los muertos y hablemos de los vivos. Usted me ha prometido contarnos algo de su vida y milagros, y espero su interesante narración.

—Breve es mi historia —dijo Sor Rosario—. Hija del conde de Valdecañas, viví hasta los veinte años en un paraíso: amaba y era amada; y cuando tenía preparado mi traje nupcial, cuando mi madre me decía con santo regocijo: «¡Hija mía! desde año nuevo vida nueva», porque debía casarme con mi primo Felipe el día primero del año 50, cuando mis amigas se complacían en trenzar mis cabellos con hilos de perlas y colocaban en mi blanco vestido lindísimos ramos de azahar, llegó mi primo Felipe, pálido como un difunto, diciéndome: «¡Ay! Rosario, ¡yo me encuentro muy mal»; y tan malo se puso, que aquella misma noche murió, y yo me quedé en el mundo para repetir con amargura: ¡Año nuevo, vida nueva! Tan distinta vida hice, que abandoné los salones del gran mundo por los sombríos dormitorios de los hospitales; dejé mis galas, y vistiendo el hábito de las hermanas de la caridad, entregueme con tanto ardor a velar por los enfermos, que estuve a punto de perder la vida.

Para la convalecencia me mandaron a un asilo de niños, donde logré distraerme cuidando a los pequeñuelos.

Llegó el primer día del año 60, y me tocó estar de guardia en el torno: este dio la vuelta y recogí a un niño hermosísimo, muy bien vestidito, y entre la faja traía un papel escrito y un pedazo de cinta de la Virgen de la Regla.

—¿Y qué decía el papel?

—Que le pusieran al niño por nombre Felipe, y que se guardase toda la ropa que traía puesta y el pedazo de cinta, hasta que los padres de aquel hijo del misterio pudieran presentar la otra mitad para recoger en sus brazos el fruto de un amor desventurado.

Yo no puedo explicarle lo que sentí al ver a aquel niño; pero lo estreché contra mi pecho, y desde aquel día fui casi feliz. El pequeño Felipe llenó de santa alegría las horas de mi vida, y durante siete años no viví más que para él.

No puede imaginarse usted qué inteligencia tan desarrollada tenía. A los cinco años leía admirablemente, y a los seis escribía con rara perfección. Tenía una conversación tan amena, que a todos los de la casa nos tenía encantados. No era yo sola la que le quería, no; ¡era tan simpático!.., ¡tan entendido!... que al oírle, nadie hubiera dicho que quien hablaba era un niño.

El día que cumplió seis años, que era el día primero de enero, me decía él:

—Madre Rosario: ¿por qué dicen las otras madres «año nuevo, vida nueva», si hoy hacemos lo mismo que ayer?

—Para ti será vida nueva —le decía yo— si este año eres mejor que el pasado: esa es la vida nueva.

—¿No hay más vida que ésta? —me preguntaba Felipe.

—Sí, la del cielo, la del infierno, la del purgatorio.

—No digo esas —replicaba el niño—, otra tierra, otro mundo, otro planeta, digo yo.

No sabía qué contestación darle. Y pasó otro año, en el cual, demasiado egoísta en mi cariño, pedí a Dios constantemente que no aparecieran los padres de Felipe. Quería yo tanto a aquel niño, que estaba decidida a hacerle feliz, y sabía que mi familia haría por él todo cuanto yo quisiera. Ya le veía con su título de marqués ocupando los primeros puestos del Estado.

A mediados del 67, mi protegido comenzó a palidecer y a tener sueños extraordinarios, porque me decía muchas mañanas:

—Madre Rosario: hay otra tierra, yo la he visto esta noche. Hay otros hombres con unos vestidos que brillan como los rayos del sol, y me han dicho que me iré con ellos, que para año nuevo, vida nueva.

Yo me estremecía al oír aquellas relaciones, y conseguí llevarme a Felipe a una casa de campo; porque decían los médicos que viviendo al pie de la sierra, el aire puro de las montañas le sería muy beneficioso. Otra hermana y yo nos fuimos con Felipe a una quinta; pero el niño se fue enflaqueciendo, teniendo casi todas las noches sueños verdaderamente proféticos, diciéndonos de continuo:

—¡Ay, madre Rosario, qué triste es esta tierra!... ¡Si viera usted qué hermosa es la que veo de noche!... ¡Hay tantas flores!... ¡El cielo tiene todos los colores del iris!... ¡Qué ganas tengo que llegue el día de año nuevo, para empezar mi vida nueva! ¡Me han dicho que me iré pronto, muy pronto!...

Al oírle se me desgarraba el corazón, y sin saber por qué, tenía un miedo que llegase el día de año nuevo, que no se lo puede usted imaginar.

Al fin llegó la fecha fatal. Felipe hacía diez días que no se levantaba de la cama, y aquel día me daba tal horror de verle acostado, que le dije:

—Mira, te voy a vestir.

—Sí, sí —dijo el niño sonriéndose—, vístame, madre Rosario, que año nuevo, vida nueva.

Le vestí, le senté en una sillita baja, y yo detrás de él, en una alta. Comencé a peinarlo, que tenía un cabello hermosísimo; se me enredó un poco el peine y le dije:

—¿Te he hecho daño, Felipe?

—¡No! —contestó con voz muy rara.

Yo sentí un estremecimiento. Encontré en la voz del niño un timbre tan especial, que me incliné más para mirarlo. ¡Nunca he visto un semblante más hermoso! Estaba completamente transfigurado. No tenía su rostro la expresión habitual: era un ángel resplandeciente de luz; su mirada, fija en una ventana por la cual entraban los rayos del sol, parecía extasiarse en los horizontes del

infinito; tan encantado estaba, tan abstraído le vi, tan desprendido de los lazos materiales.

—¡Felipe! —le grité aterrada, porque vi junto a él una sombra diáfana—. ¡Felipe! ¡No me dejes!...

El niño, al oír mi voz, que era un grito del alma, se estremeció, y su espíritu volvió a la tierra (digámoslo así), me miró y me dijo con voz queda, muy apagada:

—¡No llores porque me cumplen la promesa! ¿No oyes lo que dicen?... que año nuevo, vida nueva...

Y volvió a quedarse en éxtasis, murmurando de vez en cuando:

—¡Vida nueva!... ¡Vida nueva!...

Y se fue con los ángeles el ángel de mi vida; y tuve entonces más sentimiento, muchísimo más, que con la muerte de mi primo Felipe.

Yo no tenía consuelo, no podía vivir, y creí volverme loca. ¡Cuánto sufrí! y sufro todavía al recordar aquellos inolvidables momentos.

En todos los niños veo a Felipe: me hago la ilusión que lo he de ver otra vez...

—¿Y por qué me preguntaba usted si yo creía que los muertos viven?

—Porque me parece que por la noche oigo la voz de Felipe, y como ya sé por mi sobrina que es usted espiritista, no sé por qué he creído que por medio de usted sabría si realmente Felipe está cerca de mí.

—Descuide usted, Rosario: a la primera ocasión que tengamos, preguntaremos por Felipe, y le daremos cuenta de lo que hayamos obtenido.

Y así fue. Un mes después, en un grupo familiar, preguntamos por aquel niño, y se obtuvo la siguiente comunicación de los espíritus, dirigida a Rosario:

«¡Amor de mi alma! ¡Amor de toda mi vida! ¡Bendita seas tú, que velas el sueño

de los enfermos y acoges a los niños huérfanos! ¡Para ti también llegará el año nuevo, y comenzarás la vida nueva!»

Un año más tarde, la madre Rosario había profesado el ideal espiritista, y vivía en Méjico, cumpliendo divinamente su misión de madre verdadera de familia.

¡MERCEDES!

En reunión de dos familias amigas y algunos conocidos, en los jardines de Recoletos, en Madrid, vinieron a aumentar el núcleo el conde de C. y su hija Cecilia, preciosa joven de veinte años. Espíritu alegre, revoltoso, infantil, era el reverso de la medalla del carácter de su padre, hombre grave, severo, taciturno, cuya mirada sinuosa y triste parecía horadar las sombras de su pasado o taladrar las brumas de su porvenir.

A la llegada del conde estábamos hablando de espiritismo, ya en pro unos, ya otros en contra. Cecilia dio rienda suelta a su buen humor, riéndose del tema alrededor de las *mesas danzantes*⁴. Pero nos sorprendió a todos de una manera increíble cuando confesó diciéndonos que ella había asistido a varios experimentos, habiendo observado que en cuanto apoyaba la punta de los dedos en una mesa, por grande que ésta fuera, en seguida adquiría movimiento.

Creímos que se burlaba de todos nosotros, y para demostrar la certeza de su aserto, hizo acercar una mesita redonda con pie de hierro, apoyó en el pequeño

velador su diestra mano y, efectivamente, la mesa comenzó a dar vueltas vertiginosamente de modo pasmoso.

Esto, como era natural, produjo risa general, y algunos formularon preguntas triviales, contestando la mesa con acompasados movimientos, lo que aumentó la broma y la hilaridad de los reunidos.

A mí, que ya conocía algo el espiritismo, no me gustaba mucho aquella escena cómica, pero me guardé muy bien de decir nada. La mayoría de los circunstantes eran alegres muchachas y jóvenes de buen humor, y aprovecharon aquel entretenimiento para hacer preguntas caprichosas alusivas a los amores de unos y otras, como si quisieran, burla burlando, saber el porvenir. La mesita parecía tomar parte en el regocijo de todos, siguiéndoles la alegre tarea de solaz y recreo.

Yo, que había pasado ya de la edad juvenil, traté de permanecer alejada de aquel juego simple, y traté de reunirme con el grupo de los que miraban indiferentes el hecho, por haber entrado en el otoño de las ilusiones de la vida.

Cecilia y otras amigas acabaron por sentarse en torno de la mesita, y esto atrajo la atención de todos, agrupándonos cerca de las jóvenes. Estando Adela conmigo, algo separadas del mayor número, vino el conde de C. a sentarse junto a nosotras, diciendo disgustado:

—Si Cecilia supiera lo que me molestan esas bromas, no daría lugar a ellas.

—Tampoco me hacen feliz a mí —dijo Adela—; pero, mirándolo bien, no hacen daño a nadie.

—Sí que hacen —contestó el conde—; ellos mismos se hacen a sí propios. ¿Cree usted que no están rodeados de espíritus ligeros? Descuide usted, que ya le diré a mi hija lo que viene al caso, cuando estemos solos.

Miré al conde fijamente, porque me sorprendió su modo de hablar; él comprendió mi extrañeza, y sonriendo ligeramente, me dijo con acento suave:

—No se asombre usted, Amalia, ni usted, Adela; la semilla espiritista germina, solamente que no todos difundimos la luz. Hace ya algunos años que conozco el espiritismo, pero mi familia lo ignora. Mi esposa y mis hijas son muy católicas. Cecilia es la única que tiene vagas nociones del espiritismo, y sería una buena médium vidente y de efectos tiptológicos⁵, si se desarrollasen sus facultades especiales, pues muchas veces ve junto a mí a Mercedes.

—¿A Mercedes?

—Sí, a Mercedes.

—¿Alguna hija de usted que murió acaso?

—No, no era mi hija; pero Cecilia la ha visto con frecuencia, en particular cuando estoy enfermo, que ella se constituye en mi enfermera, porque a pesar de su frivolidad, es un espíritu muy bueno y tiene por mí grandes simpatías. Más de una vez la he visto temblar y abrazarse a mí diciendo:

—¡Ay, papá! ¿Qué es esto? ¿No ves?

—¿Qué? —le he dicho yo.

—Que aquí hay una niña que te acaricia. ¡Es tan bonita!

Y yo le he preguntado las señas de aquella niña, y me ha descrito exactamente la figura de Mercedes.

—¿Esa Mercedes era hija de algunos amigos de usted?

—No, no sé a qué familia pertenecía; lo que sé es que por ella entré en reflexión, y por ella me hice pensador, y por ella me he resignado; pues ya sabe usted muy bien que soy lo que se llama un noble arruinado. A Mercedes, y sólo a ella, debo mi regeneración.

—Despierta usted nuestra curiosidad, y ya deseamos saber quién es esa Mercedes.

—Algún pecadillo de su juventud —dijo Adela riéndose.

—No, no —dijo el conde vivamente—. Mercedes fue un ángel que pasó por la tierra sin que el hálito del hombre empañara el brillo de su frente purísima.

—Cada vez despierta usted más nuestro interés.

—Es un episodio de mi historia que no he contado a nadie.

—¡Ah! ¡Si es un secreto...!

—Lo es, y no lo es; para mí tiene una gran significación; para otros no tendría nada de particular. Hoy no sé por qué he pronunciado su nombre delante de ustedes...

—Esto es, sin duda, porque debe haber llegado la ocasión propicia de que usted cuente algo de su vida.

—Todo puede ser. Usted, Amalia, que del vuelo de un pájaro forma una historia, es la más apta para mis confidencias, pues estoy seguro que aprovechará mi relación sin perder el más leve detalle.

—Si usted me autoriza para ello...

—Sí que le autorizo. Se trata de un caso verídico, que puede dar alguna enseñanza sobre las simpatías o la atracción de los espíritus en sucesivas existencias. Comienzo:

Me casé muy joven. Mi padre me arregló la novia, pero... no encontré en mi esposa ese algo inexplicable, ese misterioso *no sé qué* que hace feliz a un hombre. Ella creo que tampoco lo halló en mí. Nunca hemos tenido el más leve disgusto, pero jamás hemos sentido alegría al vernos, ni dolor al separarnos. Dos hijas débiles y enfermizas vinieron a desunirnos más aún, porque su estado delicado hacía necesario que pasaran casi todo el año en el campo. Mi esposa las acompañaba, y yo iba a verlas de tarde en tarde.

Un verano, que me encontraba solo en Madrid con dos criados, me reunía con algunos amigos en el café Oriental, y una noche vino un joven poeta muy entusiasmado, diciéndonos:

—He oído cantar a una niña ciega, que es una verdadera notabilidad. ¡Qué voz! ¡Qué sentimiento!, y sobre todo ¡qué modo de improvisar!... Ya veréis; les he dicho que a las once vinieran a la calle de Preciados. Os digo que es digna de oírse aquella pobre ciegucecita.

Seguimos hablando, cuando de pronto se levanta el poeta y exclama:

—Ya me parece que la oigo.

Y salió, volviendo a los pocos momentos acompañado de un chico corcovado, que tocaba una mala guitarra, de una muchacha de unos catorce años, tipo andaluz, y una niña que todo lo más contaría doce abriles. Esta última, en cuanto la vi, me llamó vivamente la atención, y no solamente a mí, sino a todos mis amigos. Era blanca como la nieve, pero con la palidez de una estatua, con el cabello rubio, tan rubio, que parecía albina; rizado naturalmente, lo llevaba recogido en dos hermosas trenzas. Sus facciones eran delicadas, y sobre todo sus ojos; tenía puesta una venda color de rosa, que daba vuelta a su cabeza; llevaba un vestido gris, y nada en ella revelaba a la mendiga de oficio: al contrario, revelaba maneras aristocráticas y su porte era distinguido.

—Aquí tenéis a Pepa —dijo el poeta presentándonosla, y añadiendo—: canta la *soledad* de un modo admirable; a este chicuelo, que se llama Antonio, buen muchacho, que toca la guitarra, y a Mercedes, que improvisa y canta maravillosamente. ¡Ya veréis! ¡Vais a oír!

Efectivamente, Pepa cantó algunas coplas bastante bien, y luego Mercedes, comenzó su canto de un modo tan dulce, tan exquisito, que hizo apresurar los latidos de mi corazón. Su voz me llegaba al alma y llenábame de encanto celestial.

Todos aplaudimos; todos dijeron:

—Esta criatura es una notabilidad; ¡es un crimen que cante por la calle!

Sólo yo enmudecí y no dije nada: sentía demasiado, el poeta me dijo:

—Conde: ¿no dices nada? ¿No te gusta?

—¡Me gusta! —contesté.

Mercedes, al oír mi voz, se acercó a mí, y las dos horas que estuvo en el café, no se apartó de mi lado. La hice sentar, tomó lo que quiso; improvisó de nuevo, y tanto nos entusiasmó a todos, que la citamos para la tarde siguiente, en casa de un escritor. Allí fue Mercedes con Pepa y Antonio, y varios poetas hicieron improvisar a la niña sobre varios temas y en diferentes metros, dejándolos absortos. Yo cada vez estaba más encantado de Mercedes, y ella prefería mi compañía a todos. Al oír mi voz, decíame con dulce acento:

—Quiero estar donde estás tú.

Quisimos saber quién fuese aquella niña. Pepa nos contó lo siguiente:

—Mercedes no sabemos de quién es hija. Se la llevaron a mi madre para que la criara. Durante algún tiempo, cada seis meses, una señora venía, hablaba con mi madre y le daba mucho dinero, recomendando el cuidado de Mercedes. Hace cuatro años que la misteriosa señora no va a ver a mi madre. Los recursos se agotaron y mi madre nos hace salir a cantar por la calle. Mercedes, además de ser ciega de nacimiento, según dicen, padece de dolores en los ojos, por cuyo motivo siempre lleva una venda, pues preservados del frío, le duelen menos.

Todos miramos a Mercedes con doble interés.

Este relato aumentó nuestra simpatía por la niña ciega. Al día siguiente fui a hablar con la madre de Pepa, y me dijo que Antonio había dicho la verdad.

Prometí protegerles y le prohibí que salieran a cantar por la calle.

Mercedes se alegró mucho, y más contenta se puso aún cuando con Pepa y Antonio la hice ir a mi casa a pasear por el jardín.

Nunca olvidaré aquella época de mi vida. Todas las tardes, durante tres meses, esperé con afán que sonaran las cuatro de la tarde, en que llegaba Mercedes con Antonio.

¡Qué tardes en el jardín! Nos sentábamos a orillas de un estanque los tres y hablábamos. Mercedes contaba sus penas y su tristeza por no hallar a su madre. De pronto se sonreía y me decía con voz acariciadora:

—¡Escucha!...

Y comenzaba a improvisar y a cantar. Antonio se sentaba a sus pies, y así pasábamos las horas felices.

Se iban, y al separarme de Mercedes sentía yo siempre infinita tristeza. ¿Por qué? No me lo explicaba.

Por último, una mañana recibí carta de mi esposa diciéndome que inmediatamente volara a su lado, que estaba muriendo mi hija Clotilde.

Volvía la vida real. Sentí un dolor desconocido luchando con diversas emociones; sin saber por qué, nunca le había dicho nada de mi estado a Mercedes: la dejaba cantar como los pájaros, y yo enmudecía; pero aquella tarde, cuando llegó, le dije con voz balbuciente:

—Tengo que marchar esta misma noche.

—¿Por qué? —dijo Mercedes angustiada.

—Porque me ha escrito mi esposa diciéndome que una de mis hijas se está muriendo.

Decir yo estas palabras y caer Mercedes muerta, todo fue uno... Renuncio a pintar la confusión, la turbación que se apoderó de mí, desgarrándoseme el pecho al ver la violenta desesperación del pobre Antonio, que me decía:

—¡Tú la has muerto, tú!...

Vinieron médicos, se le hizo la autopsia, y declararon que había muerto de una hipertrofia en el corazón. La hice enterrar en mi panteón, y cuando entonces no me volví loco, no me volveré nunca.

Son emociones éstas más para sentirlas que para explicarlas.

Antonio —¡el pobre murió luego, de pena!— y a Pepa y a su madre no las vimos.

Yo me entregué al estudio del espiritismo en un viaje que hice a Francia, y desde entonces me explico lo que sentí por Mercedes, cuyo espíritu se comunica conmigo de vez en cuando.

Ella es la que me inspira sabios sentimientos. Dice que hace siglos ella y yo venimos pagando grandes deudas.

—¿Y Antonio se ha comunicado con usted?

—Mercedes me habla a veces de él: por ella he sabido que murió de pena. ¡Pobrecillo! ¡Es un espíritu muy agradecido!

—¡Quién había de pensar que era usted tan entendido espiritista!

—Sí, Amalia, sí; al Espiritismo le debo la vida, porque le debo el darme cuenta de mis sensaciones: ¡por él me comunico con Mercedes!

Cecilia en aquel momento se acercó a nosotros, y el conde se levantó diciendo:

—Adiós, Amalia; mañana le traeré a usted unas notas.

Al día siguiente me entregó el conde una colección de comunicaciones de Mercedes, en las cuales se sentía palpitar un mundo de sentimientos, de poesía y de amor.

¡Noble espíritu!, te saludamos y te rogamos que nos cuentes tu historia, ¡habla, Mercedes!

¡MURIÓ DE FRÍO!

Una tarde fui con mi amiga Herminia Guzmán a una casa de campo que posee en Carabanchel, sitio de su preferencia, porque allí pasó su primera juventud con sus padres; allí se casó; allí sonrió a su primer hijo y allí derramó sus primeras lágrimas. Hoy Herminia, mujer muy buena, es profundamente desgraciada, a causa de su marido y de sus hijos, sin otra ventaja en medio de su desventura, que la de una posición adinerada. Suaviza sus amarguras la fe religiosa, esperándolo todo del amor y de la justicia divina.

Al llegar a la quinta, lo primero que hizo fue enseñarme la casa. Luego nos refugiarnos en el gabinete que ella ocupara de soltera, donde me mostró retratos, poesías de sus compañeras de colegio, y por último una cajita de raso blanco, en cuya tapa había bordadas con seda azul estas palabras: «¡Murió de frío!» La caja contenía una flor seca y un rizo de cabellos rubios como el oro.

—Esto tendrá su historia —dije a Herminia.

—Y muy triste por cierto: ¡pobre niño! ¡Cuánto me quería!

—¿Ha muerto el que te dio esta flor?

—Sí, murió; los ángeles no pueden vivir en la tierra. ¡Si le hubieras conocido! Sus ojos hablaban más que sus labios. —¡Cuéntame, cuéntame!

—Estando una tarde en casa del capataz, que está aquí cerca, vi venir una pobre anciana, ciega, lanzando lastimeros ayes, apoyada en el hombro de un niño que tendría unos diez años.

Llamáronme la atención, porque no iban sucios ni harapientos, y el niño era una figura por extremo delicada, con unos cabellos rubios hermosísimos y unos ojos grandes y melancólicos. Antes que ellos me hablaran, les salí al encuentro, y pregunté a la anciana si se había muerto alguien de su familia, o le había sucedido alguna desgracia. Al oír mi voz la pobre vieja redobló su llanto, y con sollozos entrecortados me contó sus penas. Había perdido a su marido, a su hija, a su yerno, quedándose sólo con su nieto enfermo, con palpitaciones en el corazón, sin fuerza para el trabajo. Vivían con un hermano de su esposo; pero este se había cansado de mantenerlos y les había arrojado a la calle pretextando que no podía ni quería holgazanes en su casa. ¡Ay! Los holgazanes eran una anciana ciega y un niño enfermo que no podía tenerse en pie.

Yo me conmoví tanto, que les dije:

—No se apure usted señora.

Hablé a la mujer del capataz, y la misma noche ya pudieron dormir bajo un techo amigo aquellos desheredados de la fortuna y del mundo.

—¡Qué contento para ellos! ¿No?

—Ya lo creo; mucho más cuando se persuadieron de que a mí lado tenían amparo y consuelo para toda su vida. Mis protegidos supieron captarse las simpatías de todos los de la casa; amos y criados competíamos en darles pruebas de cariño para hacerles grata la existencia.

Paula se hacía útil; a pesar de no ver la luz del día, hacía medias, cosía, y nunca quería estar ociosa. ¡Pobre mujer!, ¡cuán buena era! Guillén, el niño, era un encanto, por su talento, su dulzura y su inalterable resignación. El infeliz se ahogaba; no podía dormir acostado. ¡Y jamás se quejaba! Lo único que solía decir era que sentía frío. Yo creo que era más frío del alma que del cuerpo, porque, según podía adivinarse, mortificábase verse necesitado de vivir a expensas de otros. Apenas tomaba alimento, y yo, conociendo su excesiva delicadeza, me lo llevaba a paseo y le contaba historias. Eran éstas las mejores horas de su vida. Yo le amaba con todo mi corazón.

—¿Qué edad tenías entonces?

—Diez y ocho años, y él catorce; pero Guillén no parecía representar más de diez.

Una tarde, paseando por el campo, nos encontramos en el suelo una moneda, una peseta que yo recogí y se la di a Guillén, diciéndole:

—Toma, para ti, para comprar lo que quieras; ¿qué deseas adquirir?

—Para mí, nada —dijo el niño—; para ti... ¡deseo tantas cosas!...

Y la mirada de Guillén irradiaba una luz divina.

—¿Deseas muchas cosas?... ¿Y qué cosas son esas? —le dije sonriéndome.

—¡Qué cosas son esas!... Quisiera estar sano; porque trabajaría, sería escultor, haría tu estatua de mármol blanco, y como sería una obra admirable, ganaría con ella el primer premio; después tendría mucho dinero, llevaría a mi pobre abuela en coche y la acompañaría al teatro. Llegaría a ser rico, muy rico, y entonces...

—¿Y entonces, qué?... —le pregunté, viendo que callaba.

—Entonces, si tú me querías... me casaba contigo. Pero... nada de esto es posible. Estoy enfermo, muy enfermo; tengo siempre tanto frío... Sólo cuando estoy a tu lado se me quita ese temblor convulsivo que agita violentamente todo mi ser.

Al día siguiente, no vino Guillén a verme como de costumbre, y fui yo a buscarle, llena de inquietud. Díjome la ciega que su nieto había salido para comprar una cosa que me gustaría mucho. Ya estábamos todos inquietos por su tardanza, cuando vimos venir a Guillén. Yo salí corriendo a su encuentro. Venía pálido como un difunto, temblaba dominado por el frío; pero su mirada expresaba una profunda satisfacción. Presentome una lindísima camelia blanca, diciéndome:

—Mira: el primer dinero que me ha dado la Providencia, lo he gastado en la flor que más le gusta. Querían más dinero por ella; pero tanto he suplicado, que al fin me la dieron por la peseta hallada en nuestro paseo. ¿Estás contenta?

No supe qué contestar. Las lágrimas resbalaron por mis mejillas, considerando cuán frágil era la vida del pobre niño. El médico nos había dicho en secreto que Guillén se nos quedaría muerto de un momento a otro, cuando menos lo pensáramos.

¡Pobre Guillén! Mezcló sus lagrimas a las mías y me envolvió en una de esas miradas de amor inefable, cuya expresión nadie sabría traducir bien a nuestro lenguaje.

Puse en un búcaro con agua la flor, que duró lozana más de quince días. En ese tiempo, Guillén se agravó y todos le veíamos ya camino del sepulcro.

—Enséñame la camelia —me dijo, cuando ya apenas tenía aliento para hablar.

Fui por ella, se la presenté, y mirándola exclamó:

—¡Qué lástima! Las hojas de esta flor quieren desprenderse de su tallo, como mi alma quiere desligarse de mi cuerpo; no te la lleves, déjamela mirar; verás, cuando caiga la primera hoja, mi cuerpo caerá también.

Oyendo estas desconsoladoras palabras, hice un movimiento brusco, agitóse la flor, y como pequeñas mariposas, algunas hojas se desprendieron. Guillén las miró angustiosamente y murmuró con voz apagada:

—Los cuerpos son las hojas del árbol de la vida; cuando las hojas caen, algunas almas lloran: ¿quién llorará por mí?

Copiosas lágrimas afluyeron a mis ojos; pero Guillén ya no me veía; su espíritu se desprendía de su cárcel terrestre para lanzarse en el infinito espacio.

—¡Guillén! —grité angustiada.

El niño se estremeció y me miró fijamente.

—¡Guillén! —grité de nuevo.

Incorpórese entonces un poco y respondió con voz casi ininteligible:

—Aquí hace mucho frío; no quiero estar aquí.

...Y se fue aquella alma de fuego, dejándome tanto frío en el corazón, que han pasado veintidós años y estoy tiritando aún; y eso que algunas veces los espíritus vienen a consolarme.

—¿Sí?... ¿qué me dices?

—Tanto he sufrido, que he apelado a todo, hasta aceptar el espiritismo, que según dicen muchos, es una locura,

—¿De modo que tú eres espiritista?

—No sé si lo soy; lo que sí puedo decirte es que al morir Guillén me quedé tan desconsolada, que mi dolor llegó a asustar seriamente a mi familia y a mi confesor.

—¿Y la pobre ciega?

—La infeliz decía que estaba contenta con la muerte de su nieto, porque como conocía muy bien su carácter, sabía que él sufría muchísimo. Por su comprensión no era un niño, sino un hombre pensador que al verse impotente por sus dolencias, se consumía. La pobre vieja vivió pacíficamente seis años más.

A poco de morir el único ser que me ha amado en el mundo, después de mis padres, conocí al que más tarde fue mi marido. Mi familia arregló el casamiento, creyendo que olvidaría mi primer amor. Con mi primer hijo creí en la felicidad; pero pronto me convencí de que una cosa es crear la familia, y otra crearse las simpatías en el seno de la misma. Espíritus rebeldes, indómitos, de perversas intenciones, me han rodeado, para hacerme sufrir y recordar más y más a aquel niño de rubios cabellos, de dulce mirada y maravillosa inteligencia, que tan feliz me hacía con su cariño.

Un día le conté a mi confesor cuánto me atormentaba y a la vez me halagaba aquel recuerdo, y mi confesor, que era muy estudioso y sabio, al verme desesperada me dijo:

—Mira, hija, para tu consuelo voy a abrirte un camino que está anatematizado por la Iglesia. Aquí para entre los dos, muchas cosas excomulgan las religiones movidas por intereses puramente terrenales. Has de saber que las almas viven después de dejar su cuerpo, y prosiguen su existencia en cumplimiento de eternas leyes. Desde la más remota antigüedad, los muertos se han comunicado con los vivos. Llama a Guillén con tu deseo, y tal vez te concederán los espíritus el consuelo de ponerte en relación, si no con él precisamente, con algún ser del espacio que te hable de él y de la vida espiritual. A nadie hables de lo que acabo de decirte, y entrégate en brazos del espiritismo, que es nuestra Providencia.

Aquella misma noche, mientras esperaba a mi esposo, que siempre se retira al amanecer, ensayé el consejo de mi confesor, y nada obtuve. Seguí durante dos meses deseando esperanzada, hasta que al fin una noche —hacía diez años que Guillén había muerto—, me pareció que me hablaban al oído, muy quedo. Presté toda mi atención, y comprendí algunas palabras incoherentes, sin ilación alguna. En estos ensayos de algunas noches, pude obtener al fin algunas comunicaciones por escrito.

—¿Las tienes?

—Sí, aquí. Están dentro de esta cajita.

Y abriendo y levantando un doble fondo, sacó varios papeles cuidadosamente doblados, con fechas distintas.

—Lee este —me dijo Herminia.

Y me entregó un papel con la siguiente comunicación, escrita con letra casi microscópica:

«¡Herminia! ¡Ten valor! Ten fe y espera resignada, que también para ti lucirán días mejores. Tú, más dichosa que otros seres, has visto sonreír la felicidad, simbolizada en un niño que te amaba como saben amar los espíritus de luz. El está contigo, te inspira fortaleza en las duras pruebas de tu vida. Murió de frío, como mueren todos los seres acostumbrados al calor de otra vida. No pueden resistir la temperatura glacial de ese mundo.

El niño enfermizo que tú amparaste y quisiste, fue ayer el hombre fuerte que te salvó de una muerte cierta, muerte espantosa, porque debías morir en una hoguera, y él, que te amaba como aman las almas grandes, arrojó todas las iras inquisitoriales, llegando a la heroicidad del sacrificio por salvarte en aras del amor.

Volvió a la tierra para saldar una pequeña cuenta. Sufrió mucho hasta que te conoció. Entonces su espíritu tendió el vuelo, llevándose la visión de la única felicidad terrestre. Murió de frío; pero hoy siente el calor de la vida infinita. Hoy es tu ángel tutelar, y jamás te abandonará».

—Es preciosa esta comunicación.

—Sobre todo, consoladora. Tendría muchas más, pero como sufro tanto y mi cabeza está tan conturbada, los mismos espíritus me aconsejan que procure rehuir las emociones fuertes que recibo con los dictados de ultratumba.

Yo también, como Guillén, moriré de frío. El espiritismo, sin embargo, me ha hecho un gran bien, un bien inmenso.

Herminia calló. De sus ojos cayeron dos perlas.

¡Cuánto deseamos que nuestro adelanto nos permita salir de este planeta! Aquí hay una enfermedad contagiosa: la mayoría de los terrenales mueren de frío.

EL AMOR NO ES UN MITO

Era una noche hermosa de verano, cuando estábamos varios amigos reunidos en el Salón del Prado, en Madrid, junto a la fuente de las Cuatro Estaciones.

No sé por qué, nos dio la humorada de hablar sobre el espiritismo y el amor. La discusión era muy animada: casi todos se reían a costa del amor y del espiritismo, echando a volar disparatadas ocurrencias y chistes graciosísimos, a que tanto se prestan las dos sublimidades, miradas a ras de tierra.

Nos llamó la atención la mudez de Leopoldo, el más dicharachero y el más elocuente de todas las veces. Este joven es ilustrado y conocido escritor. Le preguntaron:

—¿Qué le sucede, señor trapense? ¿Está usted enfermo?

—No —contestó Leopoldo—, pero he recibido hoy una carta que ha despertado en mí dolorosos recuerdos, y estoy en un estado de ánimo especial, como cuando la memoria retrocede, se abisma en el pasado, y por razón natural, lo que

nos rodea no consigue atraer nuestra atención. Tal es así, que he estado lejos de vuestras discusiones, abstraído en mis pensamientos.

—Mira —le dijo un joven marino—, nos hemos estado riendo del espiritismo y del amor, de los fenómenos del uno y de los efectos del otro.

—Pues habéis perdido lastimosamente el tiempo.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Si no das otra explicación...

—Vamos, hable usted, Leopoldo —dijo una lindísima joven llamada Luisa—. Confunda usted a estos descreídos con su elocuente palabra.

—¡Ay! amiga mía: inútil peroración; los hombres de hoy necesitan hechos, y no palabras. Yo pertenezco en cuerpo y alma a mi época, y confieso ingenuamente que ni los discursos de los más floridos tribunos, filósofos y políticos, logran convencerme. Soy tomista; necesito tocar para creer; nuestra generación es así, positivista por excelencia. ¿Cómo quiere usted, Luisa, que conociendo el terreno que piso, me aventure a arrojar la semilla, si sé que resbalará y no germinará ni un solo grano? Se ríen ustedes de los fenómenos espiritistas y niegan el amor; ríanse y niéguenlo cuanto quieran: ya variarán de opinión cuando las circunstancias los hagan variar por fuerza, como sucedió conmigo.

—Pues cuéntenos eso —exclamaron varios a la vez.

—Sí, sí, hable usted —replicó Luisa.

La indicación de esta última decidió a Leopoldo a manifestarse comunicativo, y dijo:

—Conste que de la historia que os voy a contar no soy el protagonista: no he sido más que testigo. ¿Os acordáis de Sofía Burgos?

—Mucho —contestó Luisa—, que lástima de muchacha, era guapísima.

—Pues bien: Sofía fue mi compañera de la infancia; nos queríamos fraternalmente; y yo la hubiera amado de otra manera... si Álvarez no se hubiera adelantado.

—¿No era primo de ella? —preguntó Luisa.

—Sí: eran primos hermanos; los tres nos criamos juntos, y nos queríamos entrañablemente. Juntos estudiábamos nuestras lecciones: nos llamaban los *inseparables*, Sofía amaba a su prometido con delirio, y yo deseaba que se casaran para que tuvieran hijos y con ellos crearme una familia; porque ninguna mujer me llamaba la atención. Mi ilusión hubiera sido Sofía, y no siendo ella, nadie lograba cautivarme; ya porque no tenía tiempo de buscar nuevas ilusiones, ya porque todas las horas que tenía disponibles las pasaba en su casa. Cuando llegaban las vacaciones, me iba con ella y su familia al campo. Las noches de invierno, ya se sabía, con ella al teatro y al café y a las reuniones... Y ¿no es cierto que queriéndola tanto como la queríamos Álvarez y yo, al morir Sofía debíamos haber pensado en atentar contra nuestra vida, faltándonos la suya?

—El amor no existe —dijo el marino—, ¿no lo decía yo?

—La generalidad no diré que sienta como se debe sentir; pero hay quien muere de amor.

—Mentira, mentira —replicaron— y la prueba la tienes en ti mismo y en Álvarez, que alguien me ha dicho que se casaba en Londres con una riquísima heredera.

—Es verdad que se casa; hoy he tenido carta suya: a ella me refería cuando os he dicho que una carta había despertado en mí dolorosos recuerdos. Pero esto no se opone a que mi alma volara tras de Sofía cuando mi amiga dejó la tierra. Escuchad.

Todos acercamos nuestras sillas, estrechando el círculo que formábamos. Leopoldo se quitó el sombrero, se pasó la mano por la frente y comenzó diciendo:

—Yo siempre me había reído de las simpatías de los espíritus, pero ya no dudo de que son hijas de algo que desconocemos. He dicho que Sofía adoraba a su

prometido, y este era esclavo de su amada; pues bien, un año antes de morir Sofía, comenzó ésta a ponerse triste, sin que logran distraerla ni los tiernos cuidados de su familia, ni los desvelos de Álvarez, ni mis atenciones: pasábase largas horas sentada en una butaca con los ojos cerrados y a veces me decía:

—No sé que tengo, Leopoldo: se me figura que soy un viajero que da la vuelta al mundo buscando algo que no encuentra. Soy ingrata; todos me queréis mucho, y a veces sueño que he de hallar a un ser que me querrá más que vosotros, ¡ay!, pero nunca llega. ¿Sabes tú dónde está, Leopoldo?

Y la pobre enferma lloraba desconsolada. «No hagáis caso, decían los médicos, son delirios de la juventud». Mas entre tanto, Sofía iba palideciendo, y en sus hermosos ojos se apagaba la llama de la vida.

Seis meses antes de morir, estaba mi pobre amiga, una noche, más decaída que de costumbre, cuando de pronto se levantó exclamando:

—Quiero ir al café del Siglo, de la calle Mayor; ¿vamos?

Y como su menor deseo era una ley para todos nosotros, a sus padres les faltó tiempo para complacerla. Salimos, y Sofía se apoyó en mi brazo, diciéndome al oído:

—No se por qué el corazón me da que muy pronto voy a encontrar aquello que tanto anhelo.

Calló, viendo que Álvarez se aproximaba, pues con él no tenía la fraternal confianza que conmigo.

Llegamos al café, nos sentamos, reuniéronse con nosotros dos familias amigas, y Sofía se puso tan animada y risueña como cuando estaba sana y buena. Álvarez la miraba encantado, y murmuraba a mi oído:

—¡Quién sabe! ¡Es tan joven! ¡Quizá sufra un cambio su naturaleza! ¿No ves cómo se ríe?

Porque Sofía hablaba más que todos, haciendo broma con cuantos la rodeaban. En esto se oye cerca de nosotros una voz infantil que grita:

—Señores: *La Correspondencia de España*.

Era un niño de unos diez años, pobremente vestido, de simpática figura. Acercese, dio la vuelta a la mesa, y cuando llegó junto a Sofía, le presentó no sé qué periódico con caricaturas, diciéndole:

—Con esto se alegran los corazones tristes; cómprelo usted.

La ocurrencia del chicuelo nos hizo reír a todos. Sofía, en particular, fue la que más se fijó en él.

—¿Y quién te ha dicho que yo tengo el corazón triste?

—No sé —contestó el muchacho todo confuso—; pero usted tiene cara de ser muy buena, y mi madre dice que para los buenos son todas las tristezas.

—Se conoce que tu madre no es tonta —dijo Sofía.

—¡Qué ha de ser tonta!, si todas las vecinas vienen a consultar con ella.

—Echará las cartas —dijo Álvarez riéndose.

—Mi madre no hace esas brujerías —replicó el niño, algo amostazado.

—¡Vaya, qué ocurrencias tienes tú también! —exclamó Sofía, mirando a su prometido con cierto enojo. —Mira, no hagas caso —añadió mirando al niño—. ¿Quieres café? Tienes cara de tener mucho frío.

—Sí que lo tengo, señorita.

—Pues verás cómo vas a entrar en calor. Tráete una silla y siéntate.

No se hizo de rogar el chiquillo: se trajo una silla, y sentándose junto a Sofía, le sirvieron un café con media tostada, ¿y qué les diré a ustedes? Que pasamos el rato

entretenidos con la conversación de aquel niño, que parecía un hombre de gran experiencia por sus lógicos razonamientos. A todos nos llamó la atención, pero más especialmente a Sofía, que le hizo mil preguntas. Álvarez me decía en voz baja:

—¿No la ves qué contenta está? Es preciso que todas las noches la traigamos al café; se ha distraído más que en el teatro.

Desde aquella noche, Sofía cambió por completo. Ya no la veíamos abismada en sus pensamientos, ni me volvió a hablar de sus sueños.

En el café, el niño Elías venía a pasar con nosotros largos ratos. Como Sofía lo prefería tanto y notábamos en él tanta inteligencia, nos interesamos por su suerte, y así supimos que era huérfano de padre, que tenía madre y dos hermanas y que se pasaba su vida en la calle vendiendo periódicos.

La intemperie y las necesidades iban destruyendo el endeble organismo del muchacho.

El padre de Sofía habló con la madre del vendedor de periódicos, que vio el cielo abierto cuando comprendió que a su hijo lo harían hombre. Fue ingresado en un colegio, e iba a comer diariamente con Sofía.

Álvarez, viendo a su amada ir de bien en mejor, le propuso efectuar su proyectado enlace. Accedió ella gustosa a sus deseos.

—Sólo una gracia te pido —le replicó—: que me dejes querer a Elías. Siento por él un cariño que no se parece al que profeso a los demás: yo no sé si a los hijos se querrá del modo que yo quiero a ese niño.

Pasaron unos días entre risas y juegos, ilusiones y esperanzas. Sofía era completamente feliz cuando correteaba por el jardín con Elías, como dos chiquitines traviosos.

Un día fuimos al Retiro. Levantose en mal hora un aire muy frío, y Sofía comenzó a toser: aunque trataba de ocultarlo, advertimos que en su pañuelo había algunas

manchas de sangre. Álvarez no supo disimular su alarma; pero Elías se le acercó y le dijo por lo bajo:

—No ponga usted el semblante triste, que se asustará Sofía.

Miramos al niño y vimos que se enjugaba furtivas lágrimas, que quiso aparentar serenidad y comenzó a tararear una canción que encantaba a Sofía. ¡Un niño nos daba lecciones de entereza!

Llegamos a casa. Sofía se acostó y ¡ya no se levantó más!

Álvarez estaba desesperado al ver apagarse aquella luz de su existencia. Elías consolaba al prometido de Sofía y cuidaba a ésta con ternura sin igual.

Ya próxima a la agonía, y en momentos de lucidez, llamome para decirme quedamente:

—¿Te acuerdas? Ya te decía que yo era un viajero que buscaba algo. Pues mira, ya he llegado al término de mi viaje: encontré lo que buscaba. Era un ser que me quiere más que todos vosotros. ¡Ese ser es Elías!

A esto levantó la voz llamando a toda su familia, despidiéndose de todos con frases conmovedoras.

—¡Adiós —dijo a Álvarez—, mi amado de la tierra!...

Y luego, mirando a Elías, se iluminó su semblante con una sonrisa divina. —¡Hasta luego! ¡No tardes!...

Y expiró.

Nuestra desesperación llegó al extremo. Los padres de Sofía, yo no se cómo aún tienen ojos para llorar. Álvarez, daba compasión verle... Yo vivía sin sombra, porque para mi Sofía lo era todo. Sin embargo, todos nos hemos ido consolando, menos Elías; ese ni gritó, ni derramó una lágrima, ni pronunció una sola palabra. Pero a los tres meses de morir Sofía, murió él de consunción, diciendo poco antes de lanzar su postrer suspiro:

—Me voy, porque ella me espera.

Álvarez se indignaba contra sí mismo, y decía:

—¡Un niño me ha vencido! ¡Él ha sabido morir!... mientras yo vivo.

Una noche vino a mi cuarto Álvarez, gritando como un loco:

—¡Leopoldo! ¡He visto a Sofía! No creas que deliro, no. Estaba pensando en el heroico Elías, cuando oí la voz de Sofía, diciéndome claramente: «¡Tú no has muerto, porque no debías morir; tranquilízate, tranquilízate!»

Yo me asusté más que Álvarez, y le aconsejé que se fuera a viajar para distraerse. El se fue a Inglaterra, y yo estudié el espiritismo para hallar una solución a los presentimientos de Sofía, y a la muerte de aquel pobre niño. Había en todo este proceso enigmático un hecho indesmentible.

Cuatro seres queríamos con delirio a Sofía: sus padres, su prometido y yo; y a pesar de nuestro amor, que era inmenso, vino un ser extraño, un niño, y ella le amó más que a todos nosotros, y él la quiso más que todos nosotros juntos, puesto que murió por ella. ¿Qué prueba esto? El espiritismo me da la clave de todo el misterio, cuando menos me lo explica. Álvarez, como yo, estudió también las obras de autores espiritistas, y aunque a ustedes les causará risa lo que les voy a decir, Álvarez me escribe diciéndome que se casa, y lo hace porque el espíritu de Sofía se comunica con él y le ha aconsejado que se case. Resultado: que hay quien se muere por amor, y los espíritus sobreviven al cuerpo material. Yo tengo algunas comunicaciones de Sofía.

Luisa le dijo en voz baja a Leopoldo sí tendría inconveniente en dejarle leer los dictados del espíritu de la enamorada, y dándoselos, añadió el joven:

—Después de leídos, podéis dárselos a Amalia.

Al día siguiente vino Luisa a verme y me entregó la carta de Álvarez, que contenía varias comunicaciones de Sofía. Una de ellas decía lo que sigue:

«Hay amores que nacen en la tierra; hay afectos que vienen de otros mundos. Tú me has querido como se puede amar en este planeta. Tú eres un espíritu muy joven aún; el mío, en cambio, es muy viejo; y a pesar de que para los terrenales mi muerte ha sido para ti una desgracia, en realidad has ganado ciento por uno, porque yo tengo una larga historia, y los espíritus que han llorado mucho, se unen mejor con sus compañeros de infortunio. Por esto Elías era tan simpático para mí. Juntos sucumbimos en el circo de Roma; juntos hemos sido descuartizados por los caballos del desierto; juntos nos han quemado vivos en las hogueras de la Inquisición; juntos hemos sido degollados en la memorable noche de San Bartolomé; juntos hemos comido el pan de la esclavitud. Su pena era la mía: mi dolor su dolor. Por eso en la tierra, con ser tantos los amores que me rodeaban, me faltaba algo, ¡sentía que me faltaba él!

¡No debía yo unirme con nadie en la tierra hasta que hallara al amado que tantas veces murió por mí! Tú eras para mí un niño: busca un alma como la tuya, joven y sencilla, y continúa escribiendo tu historia, en cuyas páginas ni el fuego ni la sangre han dejado sus huellas. Adiós».

El amor no es un mito Los espíritus simpatizan, se buscan y se aman. Cuando en la tierra veamos familias desunidas, no juzguemos a la ligera: ¡quién sabe aquellos espíritus lo distantes que están unos de otros! ¡Pero el amor existe, no lo dudemos, porque el amor es la poesía de los mundos!

¡QUIERO IR AL CIELO!

Siempre he sido amante de la verdad, y como en las visitas de pésame se miente tanto, nunca he acudido a ver a mis amigos en los primeros momentos de llorar la pérdida del ser amado, sino después del duelo oficial, cuando en torno de la viuda afligida, o de la madre desolada no ha habido una caterva de seres indiferentes que llevan el luto en el traje y la alegría o la indiferencia en el alma.

Por eso, cuando Clementina perdió a su esposo, no fui a verla hasta que se quedó sola con sus hijos y sus recuerdos; Clementina estaba inconsolable. Yo, que ya tenía algunas nociones de espiritismo, traté de hacerle comprender que tras la tumba germinaba la vida; pero Clementina se reía amargamente de mis palabras, diciéndome con triste ironía:

—Los que se van, no vuelven; esos son cuentos de viejas y leyendas de ilusos; el espiritismo es otra de las muchas farsas del mundo.

Una noche que estábamos hablando sobre si los muertos se comunicaban o no, entró el doctor Sánchez, amigo íntimo que fue del esposo de Clementina, a quien

ella respetaba muchísimo, por su preclaro talento, oyó nuestra charla, y sonriéndose bondadosamente, dijo en tono festivo:

—Señores: escucho con gusto su discusión sobre muertos y espíritus.

Y exclamó Clementina:

—Figúrese usted qué disparate sostiene Amalia: asegura que los muertos se comunican. Si tal cosa sucediera, ya hubiera venido mi Pepe a decirme: «¡Clementina, no llores, que aquí estoy yo!»

El doctor la miró fijamente y, volviéndose a mí, me preguntó:

—¿Es usted espiritista?

—Quiero serlo.

—Yo también.

—¡Usted!... —gritó Clementina en el colmo del asombro.

—Sí, yo; ¿por qué te admiras?

—¿Usted, tan formal y tan sabio?... Mi Pepe decía que no había en el mundo dos hombres como usted.

—Tu marido me miraba con los ojos del cariño, y este es el cristal de más aumento que se conoce; pero dejando a un lado mi suficiencia, lo que yo puedo decirte es que hay muertos que se comunican; no diré que sean todos, pero yo he tenido pruebas innegables de la comunicación de los espíritus.

—Explíquese, por Dios; cuénteme... ¡Ay, si yo pudiese hablar con mi Pepe!...

—Si te hablo así, es para demostrarte que es muy aventurado decir sin conocimiento de causa: tal cosa no puede ser. Creer a ciegas, denota sobra de ignorancia, y negar porque sí, escasez de entendimiento. Dudar es de sabios; creer, es de tontos; negar, es de locos.

—¡Ah! no; si usted me asegura que hay muertos que se comunican, lo creeré; me merece toda la confianza.

—Lo que voy a contarte no es para convencerte de si es verdad o no la comunicación de los espíritus; por otra parte, creyendo ciegamente en mí, correrías peligro de engañarte. Créeme, Clementina, el hombre puede abdicar de todos sus derechos, hacer donación de todos sus bienes, pero no de su criterio, pero no de su razón. Ahora escucha:

A los diez y ocho años me enamoré de Lidia, hermosa criatura, de la que podía decirse con Campoamor:

«Es tan bella esa mujer, que bien se puede decir: *Sólo por verla... nacer; después de verla... morir*»⁶.

Durante un año, viví en el paraíso. Lidia me quería con delirio, y vivíamos el uno para el otro. Andrés, mi hermano mayor, que estaba viajando, al volver y al ver a Lidia, quedó prendado de su belleza y de su bondad; pero supo ocultar su admiración y arregló las cosas de manera que mi padre me hiciera marchar a Sevilla, para acompañar a un hermano suyo, deán de la Catedral, que estaba enfermo. Aprovechándose de mi ausencia, mi hermano interceptó nuestras cartas, y dijo a Lidia que yo estaba resuelto a seguir la carrera eclesiástica, por cuya causa me había reunido con mi tío el deán. Así pudo Andrés lograr que le concediera su mano, aunque no su corazón. Mi madre, cuyas ilusiones se cifraban en que yo fuera sacerdote, creyendo la infeliz, en su ignorancia, que así me abría las puertas del cielo, ayudó a mi hermano en su inicua obra. Hízose el casamiento sin yo saberlo; los novios se fueron a viajar, y mi madre vino a Sevilla, a prepararme para recibir el fatal golpe.

Creía yo en el amor de Lidia con tanta fe, la creía tan buena... tan santa... tan pura... que cuando mi madre, después de decirme que Dios me llamaba para ser uno de sus ministros, me participó el casamiento de Lidia con mi hermano, perdí la razón, de cuyas resultas estuve más de dos años demente. Al recobrar la lucidez de mi inteligencia, supe que Lidia había muerto a los diez meses de casada.

Mi pobre madre, arrepentida de su obra, se convirtió en mi ángel tutelar: no me abandonó ni un segundo mientras estuve loco, ni después de recobrado el juicio: e hizo bien, porque yo conservaba tal odio a mi hermano, que hubiera sido un segundo Caín sin remordimiento alguno. Mi madre había ayudado a mi desgracia; pero empleó después todo su cariño en reparar el mal hecho. Viendo que rechazaba yo el sacerdocio eclesiástico, ella misma se encargó de buscarme esposa, y me casé con una joven muy buena, a la cual hablé con toda franqueza, porque la imagen de Lidia no se borraba de mi mente. Conformose a todo, y me casé por transigir, por complacer a mi madre y por ver si teniendo hijos vivía mejor.

Tuve mucha suerte, pues mi compañera ha sido discretísima. Su dulzura y su conformidad consiguieron despertar en mi alma un hondo afecto, que era menos que amor y más que amistad. Cinco hijos, dos mujeres y tres varones, inundaron mi casa de muñecas y caballos, y entre mi madre, mi esposa y mis hijos, para el mundo he sido un hombre feliz, mientras que me he creído desgraciado.

Mi hermano mayor se estableció en La Habana, desde donde sostenía correspondencia con mi madre. Así pasaron diez y seis años. Por fin, una mañana entró mi madre en mi despacho, llorando; se sentó a mi lado, cogió mis manos entre las suyas y me dijo:

—Felipe, tu hermano Andrés se ha casado nuevamente. Quiere volver a su país; quiere que tú le perdones; quiere que yo sea la madrina de su primer hijo. Si él pecó, bastante castigado ha sido. El rencor es propio de almas ruines, y como tú eres bueno, no me podrás negar lo que voy a pedirte. Reflexiona que cuanto mayor es la ofensa, es más grande el que perdona. Tu hermano te escribe: lee.

Y me entregó una carta de Andrés, escrita con la mayor humildad, acompañada de algunas líneas muy expresivas de su esposa.

Por un momento se me representó mi juventud, mi perdida felicidad, la perfidia de mi hermano; pero la entrada de una de mis hijas, que vino a referirme sus culpas con motivo de haberle roto su hermano una muñeca, hizo olvidarme de mi

agitación, y al sentarla en mis rodillas miré a mi pobre madre, que me suplicaba con sus ojos, y le dije:

—No puedo negarle a usted nada, madre mía. Cuando venga Andrés, iré con toda la familia al muelle, y nada le diré de lo pasado. ¿Está usted contenta?

La pobre me abrazó y me besó como si yo fuese un chiquillo: parecía loca de alegría. Un mes después llegó mi hermano a Sevilla, acompañado de su esposa.

Fuimos a recibirle. Cuando le vi, no le conocí; parecía un viejo setentón, y eso que aún no contaba cincuenta años. Yo, en cambio, tenía más de cuarenta, y nadie me echaba treinta. Al verle, me convencí de que en la culpa va la penitencia. Nos abrazamos fraternalmente. Mi madre, emocionada, nos estrechó a ambos en su seno, exclamando:

—¡Ahora ya no me importa morir!

La esposa de mi hermano a todos nos fue muy simpática: era uno de esos seres vividores que se granjean el cariño de todos.

Formamos todos una sola familia. Mi cuñada Anita intimó mucho con mi mujer; mi hermano se convirtió en abuelo de mis hijos, y tanto los mimó, que al preguntarles quién era Dios, decían que su tío Andrés. Al ver aquel cuadro, sentíame conmovido, y decía para mí: Este hombre que hoy es la alegría de mi casa, fue ayer mi desgracia, la causa de mi locura y del perjurio de Lidia. ¡Pobre niña!... ¡Tan buena... tan hermosa...!

Seis meses después, se verificó el parto de Anita, que tuvo una niña preciosa: mi madre y yo fuimos padrinos. Se le puso por nombre Consuelo.

Desde el nacimiento de aquella niña me sentí feliz, sin explicarme la causa entonces; el inmenso vacío de mí corazón se llenó por completo con las inocentes caricias de la niñita mimada de todos.

Entre Consuelo y yo se estableció un cariño tal, que ni ella quería estar con nadie más que conmigo, ni yo gozaba con nada, sino teniéndola en mis brazos y llenán-

dola de caricias y de besos. Seis años, fui completamente feliz. Lo que turbaba mi dicha era que mi sobrina aún no tenía dos años cuando ya me decía: «¡Tío, quiero ir al cielo!», frase que repetía con frecuencia, especialmente cuando por las noches fijaba su expresiva mirada en las estrellas.

De pequeña se crió robusta; pero al ir creciendo enflaqueció y se puso pálida. Sus grandes ojos adquirieron una expresión melancólica, y cuando comenzó a andar diríase que dejó de ser niña, convirtiéndose en mujer.

Yo, como médico, adivinaba el germen de una enfermedad incurable. La hice pasar largas temporadas en el campo, al pie de la sierra, y prolongué sus días en la tierra cuanto la ciencia puede prolongarlos.

Dábamos largos paseos por la tarde, y aún me parece verla con su vestido blanco y sus largas trenzas, pues tenía un cabello hermosísimo, que nunca permití se lo cortaran. Al regresar a casa solía detenerse mirando al espacio, a la vez que con la mayor dulzura me decía:

—Tío, quiero ir allá...

Y señalaba el horizonte.

—¿Pero no estás bien aquí? —le replicaba yo—; ¿no te queremos todos mucho?... ¿Qué quieres?... ¿Qué deseas? Dímelo y te lo daré.

—No te enfades —añadía ella acariciándome—, yo no te puedo decir qué me falta, ni qué deseo... pero... ¡quiero ir al cielo!

Y como una luz que se apaga, se fue acabando la vida de Consuelo.

Predijo la hora de su muerte, sin equivocarse ni en un segundo; quiso que toda la familia rodeara su lecho; llamó a su padre y a mí, nos juntó las manos, y con una voz dulcísima que aún vibra en mis oídos, nos dijo:

—¡No me lloréis, porque me voy al cielo!...

Y quedó muerta con la suavidad de un pájaro que dobla la cabecita.

Sus padres se resignaron, pero yo estuve próximo a perder por segunda vez la razón. No podía acostumbrarme a su ausencia. Iba frecuentemente a visitar su sepultura, cuando un año después oí hablar de espiritismo, y sin decir nada a mi familia, asistí a una sesión espiritista.

Evoqué mentalmente el espíritu de Consuelo, y los médiums empezaron a escribir. Una joven, al terminar, dijo sonriéndose:

—No entiendo lo que he escrito: no responde a las preguntas que se han hecho; es una comunicación de carácter íntimo, y hay un nombre desconocido.

—¿Qué nombre es ese? —pregunté con emoción.

—Lidia.

Al oír aquel nombre, no sé lo que experimenté; pero arrebaté a la joven el papel que tenía en la mano, y salí de la habitación llorando a lágrima viva. Dos amigos me siguieron, me calmaron, y cuando estuve tranquilo, uno de ellos me leyó la comunicación, y tantas veces la leí después, que quedó grabada en mi memoria. Decía así:

«¡Pobre alma enferma! ¡Calma tu impaciencia! Para que salieras de ese mundo limpio de pecado, volví a la tierra. ¡Ya has perdonado!... y perdonadas te serán tus culpas en el cielo, donde te espera el espíritu de tu Lidia».

No puedo describir la conmoción que experimenté: comprendí perfectamente que Lidia y Consuelo eran un mismo ser. Entonces comprendí y me di explicación racional del ciego amor que yo había sentido por Consuelo. Sin necesidad de asistir a más sesiones, me convencí de que los muertos viven, y comprendí que estaba tan debilitado mi cerebro, que no le convenía recibir fuertes emociones. Pero desde entonces soy en secreto un convencido espiritista.

Clementina escuchó atentamente tan interesante relato y le sirvió de gran consuelo. Estudió luego las obras de Allan Kardec, y formó un grupo familiar, dirigido por el doctor Sánchez, el cual, siempre que tomaba el lápiz para ensayarse en la mediumnidad, trazaba las mismas palabras:

«¡Quiero ir al cielo!»

EL ESPIRITISMO DEBE ESTUDIARSE

Quince personas nos reunimos una noche en Madrid, en el café del Siglo, y sólo éramos tres espiritistas: un médico, su esposa y yo. Los demás eran librepensadores, materialistas, ateos del todo. Riéronse grandemente del espiritismo, diciendo un joven ingeniero, andaluz por más señas, y con mucha gracia:

—Señores, hoy he pasado un rato divertidísimo. Vino a verme un condiscípulo, y me dijo que se iba a Roma a cumplir una penitencia que le había impuesto un espíritu; y que quise, que no, me leyó una comunicación interminable. Nunca he oído una sarta de disparates semejantes. ¡Qué galicismos! ¡Qué anacronismos! ¡Qué metáforas! ¡Qué hipérbolos! ¡Qué sintaxis tan admirable! Repito, señores, que es el escrito más estúpido que he oído en toda mi vida. Y lo que a mí me llama la atención es que este muchacho no es ningún tonto: en todas las asignaturas ha tenido la nota de sobresaliente, y no porque sus parientes se las hayan comprado, no, nada de eso; porque el pobre es solo en el mundo y ha hecho su carrera con mil apuros. Yo hoy lo miraba y decía en mi interior: ¿Si se habrá vuelto loco este muchacho?... Le hablé de varias cosas, y me contestó muy acorde, pero en seguida me volvía a hablar de sus espíritus, añadiendo que ve a su madre y a toda su parentela, y anun-

ciándome que yo era uno de los elegidos, según le había dicho su espíritu familiar, e invitándome a prepararme para hacer grandes trabajos en pro del espiritismo. Al oír tal desatino, no pude contenerme por más tiempo, me eché a reír a carcajadas; el pobre muchacho se amoscó, y se fue, diciéndome con entonación profética:

—¡Desgraciado! tú huyes de la luz; ¡ay de los que prefieren las tinieblas!

—Sin duda —dijo el médico—, ese chico estará obsesado, y su espíritu obsesor le inspira esos papeles ridículos.

—¿Y qué es eso de obsesado?

—Según Allan Kardec, es la subyugación que ejerce un espíritu sobre un individuo; pero semejante dominación nunca tiene lugar sin participación del que la sufre, ya por su debilidad, ya por su deseo. Esos desgraciados también se llaman *poseídos*, pero no existen poseídos en el sentido vulgar de la palabra. La voz *poseído* debe sólo entenderse en el sentido de la dependencia absoluta en que puede encontrarse el alma respecto de espíritus imperfectos que la subyugan. Su amigo debe haberse dejado dominar por algún ser invisible, que se divierte con él, como un chiquillo con los soldados de plomo.

—No se ofenda usted, Aguilar, pero yo no puedo digerir que hombres formales como usted y otros muchos crean tan de buena fe en esos espíritus, en esas subyugaciones, en esas inspiraciones, en esos dictados de ultratumba, que para mí no son otra cosa que aberraciones del entendimiento humano.

Se acercó el brigadier Montero, hombre de pocas palabras, ilustrado, que se escuchaba siempre con respeto, y comenzó diciendo que, a su entender, antes de ridiculizar el espiritismo, lo lógico era estudiarlo.

—¿Y quién pierde el tiempo en semejante tontería? ¿Quién cree en la otra vida, si sabemos hasta la evidencia, que muerto el perro...?

—Señores —replicó Montero—, ¿os acordáis de mi hija Julia? Creo que alguno de vosotros asistió a su entierro.

—¿No nos hemos de acordar? —contestaron varios—. ¡Qué lástima de muchacha! Ha sido una de las jóvenes más bellas que se han paseado en Madrid.

—¡Era un ángel!

—¡Una criatura adorable!

—Crea usted, señor Montero, que su hija vive en la memoria de cuantos tuvieron la dicha de tratarla.

—Pues bien, señores, aquella joven tan hermosa, tan noble, tan buena, ¡que fue el encanto de mi vida!... se dejó dominar por un ser invisible, y desde que nació estuvo obsesada y se complació en vivir sujeta a una voluntad que no fue la de sus padres, ni la de sus hermanos, ni la de sus amigas, ni la del hombre que la quiso tanto, que al verla muerta perdió la razón. Estuvo dominada por un espíritu los veinte años que permaneció en la tierra, pero dominada en absoluto.

—¿Es posible? —dijo el ingeniero—. Crea usted, señor Montero, que su voto para mí es de gran valía, y quizá sea usted el único que me haría cambiar de parecer, si me diese explicaciones de lo que observó en su hija, ahora o en otra ocasión que crea usted más oportuna.

—Ahora es la mejor, porque cuando se tiene conocimiento exacto de la verdad, ésta no debe ocultarse. He oído cómo os burlabais del espiritismo, y francamente, me duele ver hombres entendidos malgastando su tiempo en negar lo que no conocen.

Seis mil estrellas vemos en el cielo a simple vista, pero con el telescopio se ven cuarenta millones de puntos luminosos, sin contar las miríadas que escapan al objetivo astronómico.

En la gota de agua no vemos los millones de infusorios, pero con el microscopio los distinguimos. Ciegos son los que niegan la luz del sol.

Veinte años ha sido para mí la vida de mi hija un misterio enigmático. Cuando por quinta vez me dijo mi esposa que iba a darme un nuevo vástago, sentí, sin expli-

carne la causa, una emoción que no había sentido al nacer los otros cuatro hijos. Inés dio a la luz a una niña preciosísima. ¡Y fue tan dócil, tan buena, tan cariñosa! Notamos todos los de casa que la niña siempre miraba a un punto fijo, se reía, agitaba las manos y hacía esfuerzos por trasladarse a aquel punto. La primera palabra que pronunció no fue la que dicen todos los niños, de papá o mamá; ella dijo: ¡*El nene, el nene!*, y siempre señalaba, como si viera a alguien.

Cuando la dejábamos en la cuna, se ponía de modo que siempre dejaba sitio desocupado para que se acostara otro, y cuando yo la levantaba, me decía muy contenta: «*El nene está aquí!*»; y señalaba el lado que ella había dejado vacío. Transcurrió así su infancia. Todos los de la casa nos convencimos que Julia veía a un ser invisible para nosotros; mi madre y mi esposa decían que veía al ángel de la guarda; pero yo, que entonces era materialista, creía que mi hija no tenía los cinco sentidos cabales, y la hice reconocer por algunos alienistas, que no hicieron más que admirar su precoz inteligencia.

Al fin, nos acostumbramos a aquel compañero invisible, que entonces en nada perjudicaba a mi hija, la cual, a los diez años, leía y escribía correctamente, tocaba el piano con verdadera inspiración, dibujaba admirablemente, y se convertía en maestra de sus hermanos mayores. Aprendió idiomas con pasmosa facilidad y lo mismo las labores más delicadas de su sexo. Influyó en mi modo de ser de tal manera, que yo mismo no me conocía. Llegué a convertirme en un amante de mi familia, yo que desdeñaba antes los goces del hogar, por mis aficiones aventureras.

Mientras ella vivió, fui feliz; lo único que me disgustaba, era cuando me hablaba de *él*, del ser invisible para nosotros y perfectamente visible para ella. A nuestras observaciones cuando le decíamos que su visión era ilusoria, nos persuadía de lo contrario diciéndonos: «Ese ser que vive conmigo, lo he visto en mi cuna, ha jugado conmigo, me ha facilitado mis estudios; por él sé mucho más que mis hermanos; él me habla de otra patria, de otra vida; le quiero con toda mi alma, cuando no le veo, sufro terriblemente; sin él no podría vivir».

Yo pensé que casándola se le olvidarían las quimeras. La presenté en sociedad a los diez y seis años, causando admiración general, que aparte de su belleza y de su talento, cantaba como el ruiseñor, bailaba con suprema elegancia, y era amable y discreta como un ser ideal. Me pidieron su mano hombres de gran posición social, entre ellos el joven marqués de la Peña.

Julia para todos tenía una sonrisa celestial, una frase encantadora; pero a nadie concedía una sola esperanza.

Cuando yo la interrogaba al respecto, me decía:

—Papá, *él* no quiere que me case; *él* me quiere para sí, y a mi nadie me gusta sino *él*. ¡Si le vieras!... ¡Es tan hermoso!... Lleva una toga de terciopelo negro; tiene unos ojos... ¡ah! ¡Unos ojos divinos! ¿Cómo he de querer yo a un hombre de los de aquí? Cesa en tus pretensiones; déjame que en la tierra viva para ti, para mi madre, para mis hermanos, para los pobres; pero no me unas a otro ser, que yo estoy desposada con él desde antes de venir a este mundo.

Yo, entonces, creía que mi hija estaba alucinada, y para ocultar lo que yo creía un defecto, me guardaba muy bien de decir a nadie las conversaciones que tenía con Julia, ni aun a su madre, y así vivimos hasta que cumplió veinte años. Un joven, oficial de artillería, se enamoró de mi hija con tal delirio, que me daba lástima; ella también le compadecía, y le distinguía con su amistad, y aun hubo momentos que le miraba de un modo muy expresivo; pero de pronto se entristecía, se ponía nerviosa; en estado violento, hasta concluir por llorar. Palideció, negose a tomar alimento, debilitándose de tal modo, que no pudo dejar el lecho. Los médicos no pudieron definir su enfermedad. Muy tranquila, y hasta risueña, me dijo el día antes de morir estas palabras:

—Papá, no te desesperes por mi partida. Soy un desterrado que vuelvo a mi patria. No sé como explicarte lo que pasa por mí, porque yo no me lo explico muy bien: tengo gran confusión en mis ideas. Si aquí tú eres mi padre, si aquí tengo familia, allá la tengo también. ¿Comprendes tú esto? Allá me esperan otros deu-

dos, otros amores más puros que los de aquí. Yo vine a la tierra para pagarte una deuda, y he sido el ángel de tu hogar, por eso. Ahora *él* me espera, *él*, a quien he conocido antes que a ti; *él*, que es dueño de mi alma; ¡mírale cuán hermoso es! ¿No lo ves?

Y mi hija me indicaba que *él* estaba allí, junto a nosotros.

Yo, ignorante, creía que deliraba mi hija, por más que estaba acostumbrado a aquellas confidencias. Se despidió de todos nosotros; y, sonriendo dulcemente, reclinó su cabeza en mi hombro y quedó muerta sin agonía; la agonía fue para nosotros, que nos quedamos inconsolables. Mi madre, de edad avanzada, murió del sentimiento, y mi esposa, desde entonces, no ha tenido un día bueno. A mí no me ha costado la vida, porque sé que volveré a verla.

La formal declaración de Montero causó profunda sensación en sus oyentes, tanto, que muchos de aquellos incrédulos estudiaron el espiritismo, y hoy, no sólo son adeptos, sino entusiastas propagandistas. Llamándole aparte, le dije yo:

—Señor Montero: mañana hemos de hablar ambos.

EL RAMO DE VIOLETAS

Entre los amigos que dejé en Madrid, se cuentan don Andrés del Valle y su esposa, Cristina Ruiz: son dos seres unidos por verdadero cariño.

Una tarde fui con ellos a un lindo huerto de su propiedad, que cultiva Andrés con mucho esmero. Llamome la atención los muchos cuadros que había de violetas.

—¡Qué delirio tenéis por esta flor humilde! —dije a mis amigos.

—Lo que es Andrés —contestó Cristina—, se vuelve loco por las violetas, y por darle gusto en todo, tengo yo el cuidado de que el jardinero las cuide esmeradamente, y eso... que no debía hacerlo.

—¿Por qué? —pregunté.

—Bien sabe él por qué.

Andrés se sonrió y me dijo al oído con misterio: —Cristina tiene razón; las violetas me recuerdan una afección que tuve en mi vida, grande, profunda, inmensa, que si la muerte no se hubiese puesto por medio, ¡quién sabe a dónde hubiera yo ido a parar!

—Ya ves, ya ves cómo se explica —replicó Cristina riéndose alegremente—, y esa pasión la sintió después de casado.

—¿Sí?... ¿Es posible?

—Y tan posible, hija, y tan posible.

—Parece mentira; nadie diría que Andrés ha roto un plato en toda su vida...

—Sí, fíate en la Virgen y no corras; ya tuve entonces mis disgustillos; pero, vamos, una vez, creo que hasta los santos pecan, y es preciso tener indulgencia.

—Tenga usted entendido, Amalia —dijo Andrés con gravedad—, que en cierto modo yo no le falté a mi esposa: fue un amor puramente platónico; fue un afecto que no nació en este mundo.

—¡A mí con esas! —arguyó Cristina, dando cariñosos golpecitos en el hombro de su marido—. Yo lo que sé es que tú la querías, y que aquella temporada de todo te ocupabas menos de mí.

—¿Y qué fue ello? ¿Se puede saber?

—Sí, sí, anda, cuéntale a Amalia tus amores, y así te distraerás mientras yo voy a preparar la merienda.

Cuando estuvimos solos, le dije a Andrés: —¿Conque también tiene usted su historia?

—¿Quién no la tiene, amiga mía? Sólo que unos la cuentan y otros se la callan. La mía no cuenta más que un episodio; pero ese, crea usted que no lo olvidaré en mi vida. Lo que voy a contar me sucedió hace veinte años, y hacía diez que estaba casado con Cristina.

Yo me casé convencido de que quería mucho a mi esposa. Vivíamos tranquilamente, como nos ve usted ahora: ella entregada a sus costumbres católicas, y yo a mis libros y a mis experimentos químicos. Murió mi padre, y tuvimos que ir a

Sevilla para arreglar los asuntos familiares. Una tarde que salí con Cristina, la dejé en la Catedral, y yo me fui a dar un paseo por las calles. El azar me llevó a la calle de San Fernando. Iba mirando distraídamente, cuando acerté a fijar mis ojos en una ventana baja, donde había sentada una niña que apenas contaría catorce años, Era blanca, blanquísima, pero con la palidez del marfil; de ojos grandes, muy grandes, tristes, extremadamente tristes. Tenía la cabeza reclinada sobre la reja, y una de sus rubias trenzas tocaba en la acera: su cabello era magnífico. Mirarla y estremecerme, fue todo uno. Mirome ella a su vez, y noté, no sin sorpresa, que se ruborizó, y se levantó mirándome fijamente: parecía que sus ojos me interrogaban diciéndome: ¿quién eres?

Seguí mi camino, y en toda la tarde no pude olvidar la figura de aquella niña, que sin tener nada de particular, me impresionó tanto. Nada dije a Cristina. A la tarde siguiente, volví a pasar; vi otra vez a la niña, y... ¿para qué repetirle lo mismo? La miré, me miró; la seguí viendo todos los días más de una vez, y comprendí con profundo sentimiento que la pobre niña era sordomuda. Algunas veces había un niño junto a ella, y los dos se hablaban por medio de signos.

Me inspiró tanta compasión... Sus ojos me hablaban con tal elocuencia, que una tarde compré un precioso ramo de violetas, y al pasar se lo dejé en la ventana. Lo tomó y se sonrió; pero tan tristemente, que me pareció escuchar un gemido. No sé lo que me inspiraba aquella criatura; yo no veía en ella a la mujer, porque era una niña demacrada, escuálida; parecía más bien un cadáver embalsamado, que una persona viva: sólo sus ojos tenían reflejos de vida, pero de una vida amarga, dolorosa... Yo sufría al verla; parecía que me trituraban el corazón; pero adoraba aquel sufrimiento. Dos meses la estuve viendo diariamente. Un día pasé como de costumbre y hallé la ventana cerrada. Decirle lo que sufrí, me es imposible; a mí mismo me asustaba la intensidad de mi dolor. Durante ocho días, no viví, y como yo respetaba mi posición, no quise preguntar a ninguno de los criados que veía salir de la casa: tuve fuerza de voluntad bastante para ser discreto. ¿Qué era yo para aquella niña? ¡Nada! ¡Nada podía ser!... y sin embargo, yo sabía que ella me amaba, y yo sentía por ella lo que no se siente más que una vez en la eterna vida del espíritu.

Al noveno día, al llegar cerca de la casa, vi la ventana abierta: ahogué un grito de alegría, y atravesé la calle para acercarme a la ventana. ¿Qué vi, que me agarré a la reja como un loco? En el fondo de la habitación un altar con muchas luces, y en el suelo, sobre almohadones de raso azul, estaba colocado el cadáver de la pobre niña.

¿Qué le diré, Amalia, qué le diré? Quedé petrificado, no sabiendo lo que pasaba por mí. A pesar de mi turbación, reparé que entraban muchas mujeres a ver a la difunta, y las seguí. Al entrar en la sala mortuoria, yo que nunca me había arrodillado, me hincé de rodillas junto al cadáver, y entonces vi que sobre su pecho había un ramo de flores secas; me incliné más y reconocí el ramillete de violetas que yo le había dado, quince días antes de su muerte. ¿Cuánto tiempo estuve allí? Lo ignoro.

Cuando me di cuenta de que existía, me encontré en mi lecho, rodeado de mi familia. A mis preguntas de lo sucedido, díjome mi esposa que me había dado un accidente viendo a una niña muerta.

Alguien me conoció, haciéndome trasportar a mi casa. Quince días estuve delirando y hablando inconexamente de un ramo de violetas y de una niña.

Al oír esto, estreché las manos de Cristina, diciéndole:

—Perdóname; cuando esté bien ya te lo contaré todo; no me juzgues sin oírme.

Mi esposa, modelo de discreción, nada me contestó.

La primera vez que salí de casa apoyado en el brazo de Cristina, ésta me llevó a pasear por la calle de mis sueños. Ella leyó en mi pensamiento y me dijo sonriéndose:

—¡Tranquilízate, no te fatigues; todo lo sé!

—¿Todo?

—¡Sí, todo!... Vamos a sentarnos a los jardines, y hablaremos.

Mí esposa me contó entonces:

—La doncella de la niña que ha muerto es sobrina del ama de llaves de tu hermana, y durante tu enfermedad, la pobre muchacha ha venido a pasar algunos días con su tía.

La muerte de la niña muda la dejó muy trastornada; y sin saber ella con quién hablaba, refirióme que su señorita había querido tanto a un joven, y nos contó todos los pormenores de tus platónicos galanteos. Esto, como puedes comprender, me hizo sufrir mucho, porque llovía sobre mojado. Tu conducta durante estos dos meses me daba a conocer que en ti pasaba algo extraordinario, y tu enfermedad y tu delirio han venido a demostrarme que tu corazón ya no era mío. Al mismo tiempo, cuando la doncella de la muda me contaba lo desgraciada que ha sido esa infeliz, me daba mucha compasión, ¡pobrecita! Tu ramo de violetas la hizo completamente feliz; ha sido el único obsequio que ha recibido en toda su vida. Desde que se lo diste, no lo separó de su lado, e hizo prometer a su padre que se lo pondrían en el pecho después de muerta. Como tú viste, respetaron su voluntad, y con él ha sido enterrada. ¡Pobre criatura! En su casa, dice la doncella que nadie le hacía caso.

—Pues, ¿y su madre? —pregunté a mi esposa.

—No tenía madre. Dicen que murió cuando nació la pobre sordomuda. Ha tenido madrastra y hermanos que se burlaban de ella; se iban de paseo y la dejaban abandonada en poder de los criados. Sin duda tú has sido el único ser que la ha querido en el mundo.

Al oír esto, sentí que el llanto afluía a mis ojos. Cristina exclamó:

—Llora: yo también lloro; los muertos no pueden inspirar celos.

—Si soy culpable, no lo sé —dije mirando a mi esposa—; pero te puedo jurar que en esa niña yo no veía a la mujer; sufría al mirarla.

—Sí, lo comprendo. Su doncella dice que la pobrecita estaba en el último gra-

do de tisis; que parecía un esqueleto; que siempre le faltaba aire para respirar, y aunque sintiera frío, se ponía en la ventana, porque dentro de casa se ahogaba.

—¡Pobre niña! Yo comprendía que agonizaba, y tomaba parte en su agonía.

Restablecido ya, volvimos a Madrid, y entramos en nuestra vida normal. Siempre hay en mi mente un recuerdo para la niña muda: y, en memoria del ramo de violetas que ella tanto amó, tengo un gusto especial en cultivar esas humildes y delicadas flores.

—¿Y no ha sabido usted nada de ella?

—¿Cómo si no he sabido?

—Una persona que no miente, me dijo hace mucho tiempo que usted era espiritista, y que por su esposa lo ocultaba.

—No la han informado mal, Pero esto es un secreto mío de la mayor importancia. Cristina es católica fanática, y por ningún estilo quiero que sepa que me comunico con la niña muda.

No es capaz mi esposa de comprender lo que es un espíritu. ¡Quién sabe lo que se figuraría!

A usted puedo decirle que en las sesiones espiritistas de un grupo familiar, hablo con la niña de mis amores castos, que es un espíritu de gran elevación, de gran sentimiento.

—¿Y qué le ha dicho el espíritu de esa niña?

—Vea usted la última comunicación obtenida:

Y, sacando un papel de su cartera, leyó lo que sigue:

«¡Violetas! ¡Queridas violetas! ¡Humildes flores de la tierra! ¡Vuestra delicada fragancia embalsamó los últimos días de una pobre muda! ¡Violetas! ¡Flores de mi alma! vosotras me dijisteis: «Un ser te ama... ¡te llorará cuando mueras!» ¡Oh! ¡Entonces yo no quería morir, porque había encontrado la realidad de mis sueños!...

Yo veía en mi mente, desde muy pequeña, a un hombre, a quien esperaba siempre, ¡siempre! Cuando te vi exclamé: «¡Ya está aquí!» Sentí una emoción desconocida, dolorosa tal vez, porque mi débil organismo ya no podía sentir sensaciones. ¡Sólo tu ramo de violetas le daba calor a mi corazón! Aquellas flores me decían: «Vete tranquila, él llorará por ti...» ¡Y has llorado! ¡Si tú supieras quién soy!

Nuestros espíritus hace mucho tiempo que están unidos. Sí, estamos enlazados como el placer y el dolor.

Como la luz y la sombra.

Como la voz y el eco.

Como la flor y el fruto.

Como el tronco y las hojas.

Como la nube y la lluvia.

¡Cuánto nos hemos querido!

¡Cultiva, cultiva las violetas! Su perfume te hablará de la pobre muda de la tierra. ¡Espíritu de larga historia que en todas sus existencias te ha consagrado su profundo amor!»

Decirle a usted, Amalia, lo que yo gozo con estas comunicaciones, es imposible. Muchas otras guardo de ella, y otro día le contaré algo de nuestra historia. Cristina viene y hago punto final. Digamos como los masones cuando se acerca un profano: «¡Llueve!»

¡Cuántos misterios guarda la humanidad!

¡Quién diría, al ver a aquella pobre muda enferma, casi exánime, que era un espíritu tan lleno de vida, tan ávido de amor!... ¡Un incendio de pasión!... ¡Cuán poco gozó en la tierra! Sólo un ramo de violetas cifró su felicidad.

Ella también se asemejó a esa delicada flor. Vivió entre las hojas de su infortunio: el perfume de su alma no embalsamó, se disipó en el espacio. ¡Pobre niña!

FLOR AZUL

I

¡Cuán cierto es que, en algunas ocasiones de la vida, la palabra más insignificante, el suceso más sencillo, despierta en nosotros un mundo de recuerdos! En mí misma lo acabo de experimentar. Hojeando unos periódicos de América, me fijé en el anuncio de una nueva tienda de modas, que decía así: *A la Flor Azul*. Al leer este nombre, me estremecí involuntariamente: mis ojos se humedecieron sin que hiciera el menor esfuerzo, y murmuré: «¡Pobres seres! ¡Cuánto sufrieron!»

Permanecí largo rato coordinando recuerdos, e indudablemente algún amigo invisible me ha ayudado en mi trabajo, porque salvando una gran distancia, un buen número de años, me he hallado como por encanto en el lugar de la acción donde se desarrolló uno de los dramas que, pasando inadvertidos para el mundo, no por eso dejan de producir honda impresión en aquellos que tomaron parte en sus múltiples escenas, y hasta en los espectadores pasivos que miraron su desenvolvimiento y presenciaron su desenlace.

Conocí en Madrid, hace mucho tiempo, a un pobre memorialista muy desgraciado y digno de mejor suerte, por su buen corazón, por su conformidad y su fino trato. Vivía en compañía de su abuela, anciana octogenaria, que a pesar de sus ochenta inviernos, cuidaba a su nieto y procuraba hacerle menos penosa su triste existencia. Anselmo era un hombre de unos cuarenta años, de figura distinguida, finos modales, revelando su mirada tan profundo abatimiento, que al verle se ponía triste todo el que tuviera corazón sensible. Cuando no estaba ocupado en su trabajo, quedábase como en éxtasis, con la mirada perdida en el aire, los codos apoyados sobre la mesa, descansando la barba entre las manos, en cuya posición se estaba horas y horas, según me contaba su abuela, la señora Rita.

A todos los vecinos de la calle inspiraban simpatías aquellos dos seres, que a pesar de vivir en la mayor miseria, siempre socorrían a esos pobres niños callejeros que se encuentran en el mundo sin saber a qué familia pertenecen.

La señora Rita hacía medias para todas las vecinas del barrio, con tal celeridad, que llamaba la atención; y nunca le faltaba trabajo ni buen humor para contar chascarrillos; así es que en su pobre morada, en particular por la noche, siempre había tres o cuatro mujeres y grupos de chiquillos, ansiosos de que la buena anciana les contara cosas.

Anselmo, separado de su abuela por su viejo biombo, permanecía sentado junto a su pobre mesita, en espera de sus parroquianos, y raras veces abandonaba su puesto, prefiriendo su soledad a la alegre conversación de las tertulianas de la señora Rita.

Algunas veces que pasaba yo un ratito hablando con la viejecita, solía tomar parte en nuestro diálogo, y cuando esto sucedía, la señora Rita se ponía contentísima, porque todo su afán era ver a su nieto distraído. Con frecuencia me decía:

—No sé que haría yo para quitarle esa tristeza que le consume.

—¿Y siempre ha tenido ese carácter? —le pregunté.

—No sé: es una historia muy larga; un día se la contaré.

II

Una noche, mientras hablaba con Anselmo y su abuelita, llegó un muchacho, hijo de un herbolario, con muchas tiras de papel blanco, en las cuales quiso que el memorialista escribiera ciertos nombres con letra clara, para que se leyeran bien. Como no se trataba de secretos, y además hacía frío, Anselmo no pasó a su despacho, y en la mesa que les servía para comer se puso a escribir los nombres que el chico le iba dictando, nombres de hierbas y flores medicinales. Llegaron a la última tira, y dijo el muchacho:

—No me acuerdo bien del nombre; pero ponga usted *Flor Azul*, que ya sabemos en casa lo que es.

—¡Flor Azul! —gritó Anselmo, levantándose maquinalmente y dejándose caer de nuevo, pálido como un cadáver.

—Vete, muchacho, vete... —añadió con voz trémula—, yo no escribo ese nombre.

Y cubriéndose el rostro con las manos, comenzó a sollozar, reprimiéndose primero; pero su emoción aumentaba, y concluyó por lanzar gemidos.

El chico se quedó como quien ve visiones, y la señora Rita, con su dulzura habitual, acompañó al muchacho hasta dejarle en la calle; después volvió, tocó en el hombro a su nieto y le dijo:

—Vaya, hombre, que no hay para tanto.

Anselmo levantó la cabeza y me sorprendió la expresión de su rostro: la vida irradiaba en sus ojos negros. En aquellos instantes, no revelaba aquel profundo desaliento, aquella tristeza acostumbrada, sino que, muy al contrario, sus mejillas, siempre pálidas, estaban ligeramente sonrosadas; su frente, cubierta de sudor; hasta sus cabellos lacios, parecía que habían adquirido vida. Era otro hombre. Miró a la pobre anciana con enojo y le dijo con voz alterada:

—¿Cómo tiene usted valor de decirme que no hay para tanto? ¿Usted sabe cómo yo vivo? ¡Si mi vida es horrible!... ¡Si mi desesperación es espantosa!... ¡Si en mi corazón hay un volcán que me consume!... Si yo no puedo explicar cómo vivo, y oculto de continuo mi dolor... ¡Que no hay para tanto!...

La señora Rita, por toda contestación, se dejó caer en la silla y se puso a llorar. Anselmo, en cuanto vio su llanto, se dominó y díjole dulcemente:

—Perdóneme; no sé lo que me digo: no me haga caso.

No hay situación más embarazosa que cuando uno sirve de espectador en esos dramas íntimos. No se sabe qué hacer: si uno se queda, cree que estorba; si uno se marcha, parece que no toma interés en las penas de sus amigos. En ese estado me hallaba viendo a Anselmo, que comenzó a pasearse, y a la señora Rita sumergida en tristes meditaciones. Por fin me levanté, y Anselmo, comprendiendo mi intención, me dijo con acento suplicante:

—No se vaya usted, que no nos molesta; al contrario, si quisiera quedarse a cenar con nosotros, se lo agradecería más de lo que usted puede imaginar. Yo necesito hablar, contar mis penas. Hay momentos que si el hombre no hablara, se asfixiaría, y esta noche me encuentro en ese estado: el peso enorme de mis recuerdos me agobia hasta el extremo de no poder yo solo llevar tanta carga. Ayúdeme usted, Amalia, amiga mía.

La señora Rita unió sus ruegos a los de su nieto; se levantó diligente, preparó la cena, cerraron la puerta para que nadie nos molestara, y nos sentamos a la mesa.

Pocos eran los manjares, pero aun sobró más de la mitad, porque Anselmo estaba demasiado agitado, y su abuela intranquila. Terminada la cena, nuestro amigo comenzó de esta manera su relato:

III

—Los que sufren se entienden fácilmente; y como usted no es dichosa, habrá comprendido que yo vivo sin vivir.

—Ciertamente, más de una vez se lo he dicho a su abuela, y ella me contestaba: «Es una historia muy larga de contar».

—Tiene razón que es muy larga; no le contaré más que el resumen, para que vea usted que no soy ningún loco, ya que por tal pudiera tomarme después de la escena que presencié hace poco.

Si pudiera creerse, como algunos aseguran, que el alma vive siempre, y que muchas veces viene a la tierra animando distintos cuerpos y haciendo diversos papeles en la comedia humana, yo diría que los individuos de mi familia habían sido enemigos unos de otros en existencias anteriores, habiendo venido con resabios de sus antiguos odios en su última existencia. Mis familias paterna y materna vivían en guerra continua: mi madre se casó a disgusto de sus padres; mi abuelo la maldijo, y mi pobre abuela, aquí presente, siguiendo entonces la corriente de las circunstancias, y para evitar disgustos, me negó, cuando vine al mundo, sus cariñosos besos. Casi puedo decir que ni los de mi madre recibí; pues, en continua guerra con mi padre, le abandonó cuando yo contaba seis u ocho meses.

El autor de mis días me miró más bien como un estorbo que como un hijo: sólo una hermana suya se compadeció de mi orfandad, me llevó a su casa, donde vivía con otro hermano sacerdote, mientras mi padre se entregaba por completo a su trabajo favorito, a conspirar, lo que le valió estar casi siempre encarcelado.

Mi tío me educó a su manera. Empeñose en que siguiera la carrera eclesiástica, y a los diez y ocho años estaba yo tan entusiasmado con mis estudios, que ya me veía con la mitra de obispo o el capelo de cardenal. De mi madre nada se sabía: mis tíos hablaban de ella como de un diablo escapado del infierno.

Una tarde, mientras con otros compañeros de estudios paseábamos por el campo, vimos en las afueras de la Puerta de Toledo un gran corro de gente alrededor de un charlatán que anunciaba los maravillosos ejercicios que iba a ejecutar *Flor Azul*, en la cuerda. Nos abrimos paso hasta colocarnos en primera fila, y se presentó ante mis ojos un cuadro que nunca olvidaré. Una mujer de edad regular, vestida de titiritera, acompañada de dos payasos; un hombre disfrazado de moro, de rostro repulsivo, agitaba un látigo, con el cual más de una vez cruzaba el rostro de aquellos desgraciados. Sentada sobre un tambor, había una niña de catorce años, de extraordinaria belleza: mis compañeros y yo quedamos encantados admirando aquella figura verdaderamente celestial: parecía una víctima esperando el momento del sacrificio; tan triste y tan desconsolada era la expresión de sus grandes ojos azules.

Al fin llegole su turno, y la pobre niña comenzó a trabajar en dos cuerdas y a dar saltos mortales con admirable ligereza: el público aplaudía frenéticamente, y *Flor Azul* se veía obligada a repetir sus saltos. La infeliz estaba cansada; pero el moro le daba un latigazo en las piernas cuando la pobre niña se disponía a bajar, obligándola a trabajar de nuevo. Indignáronse unos, aplaudieron otros; y en medio de estas opuestas manifestaciones del público, hubo de darle un vértigo a la pobre niña, que desde considerable altura cayó en tierra sin lanzar un solo grito.

La titiritera que antes había trabajado, se lanzó sobre ella, exclamando:

—¡Hija mía!...

Pero el moro la separó bruscamente, diciendo: —Ya se levantará, que es una pezonesa; arriba, señorita, arriba...

Y como la niña no se moviese, agitó el látigo sobre la infortunada víctima. Ante proceder tan cruel, no sé qué sentí, pero me lancé al centro del círculo, seguido de mis compañeros, y cogí en mis brazos a *Flor Azul*, que estaba sin sentido. El pueblo, siempre impresionable, al ver mi acción, se puso en contra de aquel hombre sin alma, que trataba a aquellos infelices lo mismo que si fueran fieras, y

la indignación subió de punto viendo que con bruscos ademanes intentaba arrebatarme a la desmayada niña, que yo defendía entre mis brazos.

No puedo explicar el tumulto que allí se armó, porque todo mi afán fue llevarme a *Flor Azul*. Dos de mis compañeros y varias mujeres me ayudaron en mi humanitario empeño, y subiendo a un coche la llevé al hospital, donde yo tenía muchas relaciones, por mi tío. La infeliz se había fracturado ambas piernas. Cuando recobró el sentido, y se vio en un lecho rodeada de gente extraña, lo primero que hizo fue juntar las manos en actitud suplicante, diciendo:

—¡Señores! ¡Tened compasión de mí! ¡No me entreguen al señor Morán, que me mataría!

Tal horror le causaba su brutal dueño y los bárbaros ejercicios en que la ocupaba. Y sin proferir una queja, dejó obrar a los médicos, que le hicieron la primera cura maravillados del valor de una niña tan débil, tan desgraciada y tan hermosa...

A este punto del relato, Anselmo prorrumpió en sollozos y le era imposible continuar su narración. La viejecita me tocó en el hombro, y haciéndome una seña, salimos del aposento, y me dijo tristemente:

—Vuelva mañana, Amalia; mi nieto la necesita para desahogar su pecho con usted; pero hoy está imposible.

Y nos despedimos para el día siguiente.

EN CASA DEL MEMORIALISTA

No falté al día siguiente a casa de Anselmo el memorialista, a la hora del día anterior, donde me esperaban con impaciencia, para cenar juntos la abuela, el nieto y yo. Para reanudar la historia de *Flor Azul*, pregunté a Anselmo:

—Y los titiriteros, ¿no reclamaron a la pobre niña, de las piernas fracturadas?

—¡Qué la habían de reclamar! ¿No ve usted, que comprendieron que *Flor Azul* revelaría su inicuo proceder, por el cual hubieran sido condenados a presidio?

Yo sí que los busqué; hice que la policía siguiera su pista, pero todo fue inútil. Para no cansarla, abreviaré mi relato y le diré que *Flor Azul* estuvo cuatro meses en el hospital, dos entre la vida y la muerte, perjudicándola muchísimo el miedo de que el señor Morán fuera por ella. De su madre no hablaba mal, al contrario, la compadecía; pero en hablando de él, se horrorizaba y horrorizaba a los demás la relación de los martirios que la había hecho sufrir.

Mi tío, el deán, se interesó por mi protegida, de tal manera que durante su estancia en el hospital no le faltó nada; y como era tan simpática y tan cariñosa, todos

la querían. El día que abandonó aquel triste asilo, las hermanas de la caridad, los médicos, los practicantes, las enfermas y los empleados, todos la despidieron con inequívocas muestras de cariñosa estimación.

Cuando *Flor Azul* se vio dentro del coche con mis tíos y conmigo, para venir a pasar la convalecencia en nuestra compañía, su gozo fue extraordinario; y cuando se vio dentro de casa y supo que no saldría nunca sola, nos demostró su gratitud de una manera verdaderamente conmovedora.

¡Qué días aquellos, tan hermosos! Nuestra casita se convirtió en un paraíso. *Flor Azul* en poco tiempo recobró la salud y la agilidad. Mi tío estaba encantado con ella; mi tía lo mismo; y yo era tan feliz, tan completamente dichoso, que hasta me causaba miedo tanta felicidad.

Por aquella época vino mi padre, que al ver a *Flor Azul* quedó hechizado como los demás, y preguntó a su hermano qué pensaba hacer de aquella niña.

—No sé —dijo mi tío—; desde que la vi hice el propósito de consagrarla a Dios, y sigo en la misma idea; pero te confieso que ya siento separarla de mi lado. No puedes formarte idea de su bondad, de la dulzura de su carácter y de su aplicación al estudio. La pobrecita no sabía nada, y yo me complazco en instruirla.

—Pues no te desprendas de ella —dijo mi padre—. Hazte cargo que tienes una hija; mañana la casas, y tendrás chiquillos que arranquen las hojas de tu breviario.

Yo, que amaba a *Flor Azul* con toda mi alma; que desde el momento que la vi no podía estudiar, porque sólo veía en mis libros su imagen y su nombre; aprovechando la disposición de ánimo de mi padre, les dije que quería confesarles un secreto. Entonces les participé cuanto sentía. Mi padre me apoyó fuertemente, pues no gustaba que yo siguiera la carrera de la Iglesia, y mi tío se dejó convencer después de muchos ruegos. Corrí como un loco a decirle a *Flor Azul* que ya no sería sacerdote y que cuando fuera un buen maestro me casaría. La niña me miró, preguntándome con sus ojos quién sería la elegida de mi corazón. Yo nada le dije,

pero ella me comprendió, pues la vi palidecer y ruborizarse y juntar sus manos, como quien da gracias a lo desconocido.

¡Ay, Amalia, amiga mía! Cinco años viví en el cielo de mis amorosas ilusiones. *Flor Azul*, sin embargo de haber pasado su infancia entre el cieno, a semejanza del armiño pasó sobre el lodo sin mancharse. ¡Era un ángel! Su alma, completamente virgen, no amó a nadie en el mundo más que a mí, y su inteligencia, que había permanecido inactiva, se despertó al suave calor de la educación. Mi tía la enseñó las labores y ocupaciones femeniles. De su pasado no conservó *Flor Azul* más que un invencible temor de que pudieran un día robarla sus antiguos verdugos. Vivía exclusivamente para nosotros, y su hermosura aumentó con el desarrollo de su inteligencia y la posesión de la felicidad.

Cinco años transcurrieron, después de los cuales, viendo mis tíos que la niña era ya mujer y que yo ganaba lo suficiente para vivir en familia, resolvieron casarnos. Se preparó todo para la boda, y una hermosa mañana de primavera nos fuimos temprano a la iglesia, donde mi tío nos dio la bendición. Acto continuo subimos a un coche, acompañados de dos familias amigas, dirigiéndonos a una casa de campo, donde pasamos el día alegremente. Por primera vez, *Flor Azul*, apoyada en mi brazo, me habló de las dulcísimas esperanzas que abrigaba para el porvenir; me contó todas las impresiones que había sentido desde el momento en que me vio; me abrió su virgen corazón, y leí en él mi nombre, grabado con caracteres indelebles.

¡Cuán hermosa estaba *Flor Azul* sin más galas que su maravillosa hermosura! Porque, humilde y modesta, no permitió que se hiciera ningún gasto: un vestido blanco de muselina, el mismo que le sirviera para su primera comunión, constituía todo su adorno.

A las cinco de la tarde —nunca lo olvidaré—, llegó el sacristán de la parroquia de mi tío, diciéndole que fuera inmediatamente, que una moribunda reclamaba sus auxilios.

Este incidente nos contrarió a todos, y se concluyó la fiesta, yéndose mi tío con el sacristán y retirándonos nosotros a casa, en compañía de los convidados, que no

tardaron en despedirse y retirarse a las suyas. Pero transcurría el tiempo, y mi tío no regresaba.

Ya mi esposa y yo estábamos inquietos por la tardanza, y hasta mi padre estaba contrariado, cuando llegó el sacristán diciéndonos que nos fuéramos con él mi padre, mi esposa y yo, que era indispensable nuestra presencia cerca de la moribunda.

Flor Azul se abrazó a mí diciendo:

—No sé qué tengo: creo que voy a perderte.

Yo también, sin poder explicar la causa, tenía miedo.

Mi padre fue el único que se quedó sereno y nos dijo:

—Si no fuera porque mi hermano es un santo y se lo merece todo, os aseguro que no iríamos; en fin, el mal camino andar lo pronto; vamos, muchachos, seguidme.

Y se fue delante, con el sacristán. Yo le seguí, llevando a mi esposa casi a remolque: la infeliz, apoyada en mi brazo, murmuraba a mi oído;

—¡Creo que voy a perderte!... y si te pierdo, me moriré; ¡sin ti no quiero la vida!

Los temores de ella iban aumentando los míos. No tuvimos que andar mucho; pronto llegamos a la casa, que era de pobrísimo aspecto.

Cruzamos un patio; el sacristán empujó una puerta y entramos en un chiribitil húmedo y sombrío. Mi tío estaba sentado junto a un lecho miserable, en el cual se veía, entre harapos, una figura humana. Aquella forma, al vernos, se incorporó y lanzó un grito llamando a mi padre. Este se acercó a la enferma, la contempló un instante, y luego, volviéndose a mí, me dijo con voz trémula:

—¡Abraza a tu madre!

Yo no sé que sentí, si gozo o terror; no tuve tiempo para distinguirlo, viendo a mi madre coger de la mano a *Flor Azul* y oyendo que le decía:

—¡Hija mía!... ¡tú eres mi hija!... ¡Perdona a tu pobre madre!...

Y expiró...

Anselmo, abrumado por sus recuerdos, quedó sumido en triste meditación. Ni su abuela ni yo nos atrevimos a interrumpir, hasta que él reanudó su relato, diciendo:

—Si alguna vez he deseado la muerte, y que la tierra nos tragase a todos, fue aquella noche. No sé el tiempo que permanecemos sin decir una palabra, sin respirar. *Flor Azul*, como un lirio tronchado, cayó junto a su madre; mi tío quedó clavado en su silla, transido de dolor; mi padre, iracundo y amenazador, miraba a la muerta, murmurando palabras incoherentes; y yo no sé lo que pensaba, pero veía mi felicidad destruida, porque *Flor Azul*, siendo mi hermana, no podía ser mi esposa. Hay momentos en que la locura es un bien inapreciable: en aquel instante yo deseé perder la razón o la vida; pero no fui digno de tal merced, si bien tuve el consuelo de no ver sufrir a mi hermana, porque la luz de su inteligencia se apagó por completo. Cuando volvió a la vida de relación, una sonrisa estúpida se dibujó en sus labios, nos miró y entonó una canción que nunca le habíamos oído.

Seis meses vivió así, durante los cuales mi tío envejeció por veinte años. Mi padre nos dejó de nuevo y yo recibí el último suspiro de *Flor Azul*, que se fue apagando como una lámpara sin aceite.

—¿Y no recobró la inteligencia?

—No; y me alegré con toda mi alma, porque así no padeció. Cuando la dejé en la sepultura, me entregué a una muda desesperación, y lo que es peor, al vicio de la embriaguez, para olvidar... Mi tío, cansado de sufrir, quiso mudar de vida y se fue a su pueblo natal con su hermana, adonde yo no quise seguirle. Por entonces murió mi abuelo materno, y esta pobre anciana, al ser dueña de sus acciones,

me buscó, y gracias a sus consejos y a sus ruegos y súplicas, perdí el vicio de la bebida, que me perjudicó muchísimo en mi carrera, a causa de la fea reputación que adquirí. En los buenos colegios donde daba lección, me cerraron las puertas, y descendiendo en la escala social, me hundí en la miseria en que usted me ve. Hoy no tengo vicios, pero como nada me une a la vida, no doy ni un solo paso en mi mejoramiento; espero la muerte como único consuelo, y creo que no me he dejado morir, por esta pobre anciana.

—¿Y por qué no ha tratado usted de crearse una familia? Aún es joven, y el amor de los hijos habría podido trocar su desesperación en dulce tranquilidad.

—No se ama más que una vez en la vida, y yo di a *Flor Azul* toda la ternura de mi alma.

Me inspiró tanto afecto y respeto el pobre memorialista, que traté de iniciarlo en el espiritismo, por ver si hallaba consuelo en nuestra doctrina. A los pocos días, después de leer las obras de Allan Kardec, me decía Anselmo conmovido;

—Amalia, sería un ingrato si no la dijera que le debo más que la vida, pues hoy creo en la supervivencia del alma, *Flor Azul* se ha comunicado conmigo, no me cabe duda; lea usted.

Y me entregó un papel lleno de manchas azuladas: las lágrimas del pobre Anselmo habían indudablemente caído sobre las letras. Era una comunicación ternísima y conmovedora, que terminaba con estas palabras:

«Los dos hemos faltado a la ley suprema, y por esto, al acercar nuestros labios a la copa de la felicidad, los lazos humanos nos impidieron formar divinos lazos de amor: que no merecían ser dichosos los que un día menospreciaron el amor y la justicia.

Nuestros espíritus hace muchos siglos que se aman. El día de las almas es eterno... Después de algunas existencias expiatorias, realizaremos nuestro hermoso sueño. ¡Espérame!, que también te espera en el espacio, *Flor Azul*».

Cuando conocí a Anselmo, que no tenía ninguna creencia, inspiraba profunda compasión; y cuando se entregó de lleno al estudio de la filosofía espírita, si no era feliz, estaba muy lejos de ser desgraciado, pues tenía la certidumbre de que no estaba solo en la tierra, que le amaba y le protegía desde ultratumba el ángel de sus amores, su inolvidable *Flor Azul*.

LOS JUGUETES

I

¿Qué son los juguetes? Alhajillas curiosas y de poco valor, que sirven para entretenimiento de los niños.

De este modo han calificado los hombres formales a esa caterva de objetos que llenan los escaparates de las quincallerías; pues sabido es que en esas tiendas de gran lujo donde se encuentran maravillas del arte para adornar salones y gabinetes, hay también, en abundancia, toda clase de juguetes, colocados con gusto artístico en los aparadores, donde se ven casas en miniatura, desde la cocina hasta la alcoba, desde el comedor hasta el salón de recepciones, ocupando todas las piezas las muñecas correspondientes y los muebles propios de cada habitación.

Con frecuencia, cuando paso por una de esas grandes tiendas donde abundan preciosísimos juguetes, los miro con profunda atención, y digo para mí:

«¡Qué gran papel desempeñan en la vida del hombre esas muñecas, coches, caballos, cajitas llenas de platitos de porcelana y lucientes cacerolitas de metal blanco! Estos objetos son los llamados, los elegidos, para despertar en él el primer deseo. Por ellos, se dibuja en sus labios una dulcísima sonrisa; por ellos asoman a sus ojos las primeras lágrimas, y por ellos, recibe los primeros golpes, que ocasionan al tierno ser los primeros arranques de la ira».

Sabido es de todos que las niñas, antes de pronunciar el dulcísimo nombre de madre, ya quieren serlo, y miran con afán las muñecas, extendiendo hacia ellas sus bracitos y dando gritos de alegría, cuando una madre amorosa o una nodriza complaciente pone en sus manos una de esas muñequitas de ojos azules y rubia cabellera. Así también, al niño, antes de convertir en caballo el bastón de su abuelo, se le van los ojos tras los pacíficos bridones de madera o de cartón, que esperan, resignados, morir a manos de los Calígulas y Nerones de todos los tiempos, pues nadie más amante de la destrucción que los chiquillos, que con el afán de saber cómo está hecho el juguete, lo destrozan sin piedad, recibiendo en premio de su *científica curiosidad*, un leve castigo por parte de sus padres, malhumorados por haber gastado inútilmente su dinero.

¡En cuántas historias son los juguetes los primeros protagonistas!

El haber visto una hermosa muñeca traída de Nueva York y un tren de mercancías al cual servía de maquinista un niño de cuatro años, ha despertado en mi mente multitud de recuerdos, y entre ellos un sencillo episodio y una historia conmovedora.

II

Hace pocos meses dejó la tierra un niño cuando acababa de cumplir el sexto año de su vida terrestre. Habíale tocado en suerte un padre amorosísimo, que se convirtió en esclavo del pequeño tiranuelo. Era este un espíritu rebelde, descontentadizo, caprichoso, hasta el punto de no querer a su madre más que a

temporadas; pero todo le era dispensado, porque el pobrecillo casi siempre estaba enfermo.

Tendría cuatro años, cuando yendo un día con sus padres, vio en una tienda un velocípedo, que se empeñó en poseer. Contra su costumbre, el padre no accedió a los deseos del niño, que pronto se distrajo con la adquisición de otro juguete.

Transcurrieron dos años. El pequeño héroe de nuestra historia vivía en una ciudad puramente agrícola, donde no había ninguna tienda de juguetes de lujo; y habiendo caído gravemente enfermo, el día antes de morir dijo a su madre con el mayor cariño estas palabras:

—Mamá, hace mucho tiempo que te pedí un velocípedo, y no me lo compraste; tráeme uno, que quiero levantarme y me pasearé en él. Anda, mamá, que ya estoy bueno, y quiero un velocípedo, porque he de hacer un largo viaje.

Su pobre madre tuvo que salir de la estancia para dar rienda suelta a su llanto: sabía fijamente que su hijo iba a morir, y lamentaba no poder complacerle en lo último que deseaba.

Afortunadamente llegó una amiga suya en aquellos críticos momentos, y al informarse de lo que deseaba el enfermito, salió presurosa y volvió a poco rato con el objeto codiciado, con un velocípedo que poseía una parienta suya.

Lo llevaron inmediatamente al cuarto del niño, que al verle, hizo que le vistieran; con sin igual ligereza se sentó en el caballo, y sin nadie enseñarle, lo puso en movimiento y recorrió la habitación en todas direcciones, exclamando:

—Dejadme, dejadme, que me voy muy lejos.

Paseó todo el tiempo que quiso. Pasó después a su lecho, y a cuantos amigos entraban a verle, les decía alegremente que tenía ya su velocípedo para emprender el viaje que tenía proyectado e ir lejos... ¡muy lejos!

Y en efecto, a la mañana siguiente se fue a la eternidad.

En la breve existencia de aquel tierno ser, uno de sus episodios más interesantes fue el recuerdo que conservó del velocípedo que sólo viera una vez, y que utilizó para dar su *último paseo* en la tierra.

A su pobre madre le queda la melancólica *satisfacción* de haber satisfecho el postrer deseo de su hijo.

He referido el episodio. En otro artículo iré la conmovedora historia a que me he referido, tal como me la contó una amiga mía en una noche de invierno, sentadas ambas junto a la chimenea, ella esperando ansiosamente que llegase su marido, a quien adoraba, y yo tratando de distraerla para que se le hiciera el tiempo menos largo.

Siempre que veo una muñeca, me acuerdo de la historia a que aludo y contaré en otra parte, y creo que los juguetes desempeñan un gran papel en la vida del hombre. Ellos despiertan sus primeros deseos, desarrollan sus primeros afectos, avivan su curiosidad, y muchos sabios que hoy admira el mundo por sus maravillosos descubrimientos, ya revelaban en su infancia la precocidad de su inteligencia rompiendo sus juguetes para ver el resorte que los ponía en movimiento.

Todo en la creación está íntimamente relacionado: nada hay pequeño, nada inútil.

Si el descubrimiento de un planeta es el goce supremo del sabio astrónomo, un caballo de madera proporciona igual goce al pequeñito que lo desea con toda la ansiedad de su alma.

LA HISTORIA OFRECIDA

I

El gabinete en que me hallaba estaba amueblado con gran lujo; pero ni sus ricos cortinajes de raso azul, ni sus sillones dorados, ni su velador de palo de rosa con incrustaciones de nácar, que era una maravilla del arte, ni sus rinconeras que sostenían canastillas doradas llenas de flores, llamaban mi atención, porque todas mis miradas estaban fijas en una hermosísima muñeca que parecía una niña de dos años, vestida con su traje de raso blanco y un sombrero de paja de Italia adornado con plumas crema y una mariposa de esmeraldas.

—¡Qué muñeca tan preciosa! —dije con entusiasmo—; no me canso de mirarla.

—Demasiado buena; porque tú ya sabes lo que es mi hija, que parece que tiene fuego en las manos —me contestó Celia—. Como mi Pepe es tan amante de sus hijos, no le duele gastar el dinero en esas cosas. Con lo que él se gasta en juguetes, habría para hacer felices a dos o tres familias pobres.

—No hay hombre que no tenga algún defecto; más vale que a él le dé por ahí.

—Ya lo creo. Y no te figures que yo le acrimino, antes al contrario, le ayudo en su manía. Si quieres verlo contento, que yo entre en su despacho a enseñarle tambores y fusiles para Manuel y Alfredo. Si le vieras jugar, te reirías. Los chiquillos van a esperarle a la puerta de la Audiencia, y él, en cuanto ve a sus hijos, se olvida de todo: coge a la niña en brazos y cruza la Puerta del Sol con Aurora en un brazo y la muñeca en el otro.

Al hablar de muñecas, voy a contarte la historia de mi casamiento, que tiene sus ribetes de novela, y te autorizo para que la publiques cambiando los nombres y el lugar de la acción.

—No temas, seré la discreción personificada.

—Ya sabes que a los catorce años me casó mi padre con un anciano millonario. A los diez y ocho quedé viuda y dueña de una inmensa fortuna. Tuve, como puedes presumir, muchos adoradores, y mi mano muchos pretendientes. Era muy rica, y todos me halagaban; pero yo quería casarme enamorada, y ninguno de mis amadores había logrado interesar mi corazón.

Por entretenimiento, más que por virtud, entré a formar parte de varias sociedades benéficas, y una semana fui con otra señora a visitar a una pobre familia, compuesta de cinco individuos, tres de los cuales estaban postrados en el lecho del dolor. Mi compañera y yo nos sentamos, y a poco de estar allí, se oyó toser en el cuarto inmediato. Sin darme cuenta de lo que hacía, pregunté: —¿Quién tose ahí?

—Un vecino —me dijeron—, un muchacho muy pobre y muy orgulloso; la tisis lo mata; no puede trabajar; y sin embargo, a nadie pide nada, ni quiere ir al hospital.

—¿Y en qué trabajaba?

—Estudiaba para abogado. Estaba en casa de un juez, que le quería mucho; pero murió aquel señor, y la familia puso en la calle al protegido. Siguió el pobre

estudiando con mil apuros, y tanto ha trabajado para ganarse la vida, que se ha ganado la muerte.

—¡Pobre joven!

—Sí, es un infeliz; no tiene más falta sino el ser muy orgulloso: aunque lo maten, no dirá que se muere de hambre.

Mientras más me hablaban de él, más me interesaba aquel ser tan desgraciado. Volvió a toser con gran fatiga, y yo, levantándome como movida por misterioso resorte, salí y llamé a la puerta del cuarto del enfermo. Oí pasos, y el que es hoy mi marido y me hace la más dichosa de las mujeres, abrió la puerta y me preguntó con sequedad qué deseaba.

Quedeme cortada, sin acertar a responder; no hacía más que mirarle. Por fin, disimulando cuanto pude, le dije que buscaba quien se encargase de dibujar varios manteles de altar, para bordarlos las niñas de un colegio del cual era yo fundadora. Ofreciome la única silla que había en el cuarto, y él se quedó en pie apoyado contra una mesita. Un catre sin colchón, con la silla, la mesita y un cofre, constituían el mueblaje; se conocía que él estaba violento; pero trató de dominarse, y me preguntó si me corrían mucha prisa los dibujos. Yo le contesté lo mejor que pude, cuando de pronto, como el infeliz estaba de pie, y, según se supo después, hacía dos días que no tomaba alimento, le vi palidecer y caer, antes de poder yo sostenerlo.

Pedí auxilio, salieron los vecinos de las otras buhardillas, y a más de una mujer compasiva la vi llorar, diciendo al mismo tiempo:

—¡Pobrecillo! Se muere de hambre, pero él se tiene la culpa; es muy orgulloso.

Inmediatamente le hice llevar una buena cama; le mandé mi médico, y una de aquellas vecinas se ofreció para cuidarle. Por fortuna, no estaba tísico: lo que tenía era que se moría de inanición.

Yo estaba enamoradísima de él, y él de mí; pero con su dichoso orgullo, se callaba como un muerto. Le busqué una colocación en casa de un abogado, y a los seis

meses no parecía el mismo: había resucitado. Yo estaba impacientísima, esperando que me dijeran sus labios lo que me decían sus ojos.

Así pasamos un año. Un día fue mi doncella a su casa a llevarle unos libros, y al volver me dijo:

—¿A que no sabe usted lo que tenía el señor García encima de su mesa? ¡Una muñeca!, una muñeca muy hermosa. Porque la toqué con la punta de un libro, me echó una mirada... y cogiéndola con gran cuidado, la puso sobre la cama.

Al oír estas palabras cogí la pluma y le escribí una carta llena de disparates, pi-diéndole explicaciones por qué tenía una muñeca en su poder.

No sé los castillos que formé en mi imaginación. Yo quería a mi Pepe con delirio; el abogado en cuya casa trabajaba, lo quería como un padre: me decía que era lo más bueno que se había conocido; que era todo un caballero. No puedes figurarte lo que sufrí aquel día; los celos me devoraban. Yo pensaba: «¿Si será casado, y esa muñeca será recuerdo de alguna hija suya?» Llegó la noche, y vino mi Pepe muy serio y muy triste: por vez primera me habló de *tú*, diciéndome con voz conmovida:

—Celia, habrás extrañado que no te hayan dicho mis labios lo que habrás leído en mis ojos. Yo te amo como mereces ser amada, y mi única felicidad hubiera sido casarme contigo; pero grandes obstáculos nos separan: el primero, tu inmensa fortuna; el segundo... la historia de mi vida. Voy a dejarte por esta noche todo lo que más amo en la tierra: los fragmentos del diario de mi protector, que él mismo me entregó, y la muñeca, que vale para mí más que todos los tesoros de la tierra. Mañana volveré a recoger lo que es parte integrante de mi vida. ¡Adiós!

Y estrechando mi mano entre las suyas, me miró con profunda pena y se fue.

Yo me quedé que no sabía lo que pasaba. Ni me atrevía a tocar el rollo de papeles, ni a abrir una caja forrada de terciopelo verde que había dejado sobre mi mesita de labor.

Por fin, abrí la caja y saqué una muñeca preciosa, vestida con un traje de glase azul, muy descolorido, y una gorrita de encajes, blanca, muy ajada. Al verla, sin

poderme contener, me eché a llorar; cubrí de besos la muñeca, la apreté contra mi pecho, como si fuera una criatura la coloqué en mi falda y me puse a leer con avidez lo que ahora te leeré.

Levantóse Celia, salió, y a poco rato volvió con un legajo de papeles amarillentos, se sentó, y con acento conmovido, leyó lo siguiente:

II

«¡Qué horrible es el crimen! Ayer Anselmo era un hombre honrado, educaba a su hijo en la religión, y todas las noches le hacía rezar por el alma de su madre. Hoy es un asesino convicto y confeso: su tierno niño será mañana el hijo de un ajusticiado.

¡Y cuán hermoso es Pepito! ¡Con su frente blanca como las azucenas y sus ojos negros y tristes como su porvenir!

¡Cuánto quiere a su padre! ¡Qué inteligencia tan precoz! ¡Parece un viejo, y aún no tiene ocho años! ¡Pobre niño! ¡Cuánto perjudica a su salud el aire mefítico del calabozo! ¡Cuánto me quiere! ¡Cuánto me dice con sus miradas! ¡Con ellas me pide la vida de su padre!

Pepito está enfermo: ¿qué haré yo para distraerle? Una idea me ocurre: voy a llevarle una compañera, ¡una muñeca! El es muy pacífico; estoy seguro que le gustan más los juguetes de las niñas que los que usan los niños; con todo, le llevaré una muñeca y una caja de soldados de plomo...

Hoy, al salir del calabozo, he llorado como un chiquillo. Pepito vio la muñeca, se abrazó a ella y la cubrió de besos. ¡Qué contento se ha puesto!... Sus ojos han brillado de placer: no sabía si llorar o reír; no encontraba sitio donde colocar la muñeca, y por último ha creído que sobre sus rodillas estaba mejor que en ninguna parte.

Me dice Anselmo que desde que tiene los juguetes su hijo, come con más apetito, juega con los soldados de plomo para divertir a la muñeca; cuando se acuesta la coloca junto a él, y hasta en sueños le habla y le pregunta si le quiere mucho...

¡Qué día el de ayer tan horrible! Mientras Anselmo estuvo fuera del calabozo para escuchar su sentencia de muerte, hice salir a Pepito con la muñeca y sus soldados, y le traje a mi casa, donde permanecerá. ¡Pobre niño! ¡Todo lo ha comprendido!... ¡Qué horror! Pero ni en medio de su angustia abandona a su muñeca, a su compañerita, como él la llama: la oprime contra su pecho y no exhala ni una queja».

A estos fragmentos acompañaba esta carta:

«Celia: ya habrás comprendido que el hijo del ajusticiado soy yo. El mismo juez que dictó su sentencia de muerte, me sirvió de padre, me hizo tomar y usar otro apellido de mis antepasados, y mientras él vivió fui hasta cierto punto feliz, porque hallé en él un espíritu que supo comprenderme. Su muerte instantánea y el egoísta proceder de su familia conmigo, me hundieron en la miseria y en la desesperación. Al verme enfermo, acaricié durante algún tiempo la idea del suicidio: dos veces he querido morir, y en ambas, al besar por última vez a la compañera de mi cautiverio, mi muñeca, me pareció escuchar la voz de mi protector diciéndome: «¡Espera!», y he caído de rodillas llorando como un niño.

Ya sabes la historia de la muñeca que te inspiró tantos celos; ella me recuerda los dolores y las alegrías de mi niñez.

Abrazado a ella he dormido muchas veces: para mí es un objeto sagrado, que conservaré eternamente.

Eres joven, bella y riquísima: olvídate, porque entre los dos media un imposible. Tú serás feliz, porque mereces serlo; y yo lo seré, sabiendo que eres dichosa».

III

La lectura de esta carta me dejó como te puedes figurar. Si amaba a Pepe con todo mi corazón, desde aquel instante me pareció imposible poder vivir sin él; y lo primero que hice fue guardar la muñeca y escribirle una carta que le hizo venir más que aprisa.

Pero no se arregló todo como yo deseaba; tuve que esperar cerca de dos años. Lo que sí conseguí fue que dejase la muñeca en depósito. El se licenció de abogado, y no se cuándo se hubiera llevado a efecto nuestra unión, si un incidente extraordinario no hubiese quitado a mi Pepe los escrúpulos que tenía de casarse conmigo siendo él pobre y yo rica.

Ya estaba resuelta a hacer donación de mis bienes a varios parientes y quedarme pobre para casarme con Pepe, cuando una noche vino mucho más tarde que de costumbre, y al preguntarle por su tardanza, me dijo que había estado en una reunión espiritista; que le había complacido tanto, que iba a comprar libros y que estudiaríamos los dos.

Como yo no tenía más afán que complacerle, me faltó tiempo al día siguiente para comprar cuantos libros espiritistas encontré en las librerías de Madrid. Pepe lo tomó con tal entusiasmo, que organizamos un grupo familiar y obtuvimos muy buenas comunicaciones. Pepe resultó médium; pero los mismos espíritus aconsejaron que dejase de escribir, porque como es tan sensible, se conmovía demasiado.

Una noche, nunca lo olvidaré, tuvimos un susto horrible. Púsose él a escribir; estaba pálido como un difunto. Inspirado por el espíritu de su protector, escribió con rapidez estas palabras:

«¡Qué papel tan importante representan en la vida del niño los juguetes! ¡Hijo mío! Acepta los bienes de la tierra, que el buen rico es la providencia de los pobres; y cuando tengas hijos, haz que éstos lleven juguetes a los hijos de los encarcelados. Estoy contento de ti».

Dejó Pepe de escribir, miró a todos lados como un loco, gritando: «¡Padre mío! ¡Llévame contigo!...»

Nos costó muchísimo tranquilizarle. El decía que había visto a su protector y quería irse tras él. Enterose de lo que había escrito, se cotejó la letra de la comunicación con el manuscrito que él guardaba, y era la misma.

Al fin se convenció de que era una insensatez rechazar la felicidad; y un mes más tarde fui su esposa.

En diez años que llevamos de casados, no ha existido una nubecilla que empañase el cielo de nuestra dicha. Pepe es bonísimo, y en algunos días del año vamos a muchas casas pobres a remediar cuantos infortunios podemos.

IV

Se oyó ruido de un carruaje que entraba en el patio, y Celia salió corriendo a recibir a su marido en la escalera, volviendo a poco rato con su esposo, que se dejó caer en un sillón diciendo:

—¡Qué bien está uno en su casa!

Celia no había guardado el manuscrito; su marido reparó en él, y miró a su esposa, la que le dijo:

—Ahora lo guardaré: se lo he leído a Amalia. Como ella escribe, le puede ser útil.

—Escriba usted —replicó Pepe con acento emocionado—; diga usted que la comunicación de los espíritus es una verdad innegable, y que los juguetes son media vida para los niños.

FLOR DE LIS

I

Conozco a una jovencita llamada Luisa, cuya historia es aún un libro en blanco. Hija de padres muy pobres, vive en medio de la más grande miseria; cinco hermanos menores la aturden a gritos, la molestan con sus exigencias y la hacen trabajar más de lo que puede. Cuenta Luisa diez y seis años; trabaja en un taller de ropa blanca, ganando un escaso jornal, que lo entrega a sus padres, los que no pueden dar a su hija bonitos trajes y otras cosas que desea la niña para realzar las gracias de su juventud. Ayer me decía la madre de Luisa, casi llorando: —¡Cuán atribulada vivo! Como Luisa trabaja tanto y no disfruta de nada, pues ni manta tiene en su camita, me ha dicho esta mañana: «Madre, ¿sabe usted qué estoy pensando? Que si yo me muriera, ganaba ciento por uno». Y no sé, me miró de un modo tan extraño, que me dio miedo. Se ha ido a trabajar y estoy deseando que llegue la noche para volverla a ver. ¡Ay! ¡Qué desgraciados somos los pobres!

Sin darme cuenta, lloré por el porvenir de su hija, recordando la historia de otra joven.

II

Mi amiga Isabel se casó con Leoncio, empleado en el Ministerio de Hacienda, amándose extremadamente. En el banquete de la boda reinó una alegría general. Leoncio estuvo contentísimo, y su esposa me decía por lo bajo: «¿Querrás creer que tengo miedo de tanta felicidad?». . . Al día siguiente la volví a ver; estaba risueña, pero creí vislumbrar alguna nube en el cielo de su dicha, y le dije al oído:

—¿Qué tienes? ¿Has sufrido algún disgusto?

—Sí... y no.

—Cuéntame, ¿qué te sucede?

—Una cosa muy rara. Anoche, cuando ya solos nos abandonamos uno en brazos del otro, de pronto Leoncio palideció, retrocediendo algunos pasos y murmurando con voz apagada:

—¿Flor de Lis?

Como puedes comprender, me asusté no poco, porque vi a Leoncio desfigurado, con el cabello erizado y los ojos casi fuera de sus órbitas. Yo no sabía que hacer, y me daba vergüenza llamar a la doncella; corrí al tocador y empañé mi pañuelo en agua florida y se lo puse en la frente a mi esposo, el cual parecía un loco, hablando solo. Por fin se serenó, y al pedirle explicaciones de lo ocurrido, me dijo suplicante:

—Isabel, si me amas no me recuerdes nunca el suceso de esta noche.

No insistí en mis preguntas; nos acostamos, pero yo no pude dormir en toda la noche. Hoy, aunque él lo disimula, está triste, preocupado. Veremos en qué para todo esto.

III

Dos meses después, vino a verme Isabel, que se abrazó a mí llorando amargamente y diciéndome entre sollozos: —¡Ay, Amalia! ¡Qué desgracia la mía!

Cuando la vi más tranquila, le pedí me explicara sus penas.

—Pronto están contadas: mi marido está loco.

—Eso no puede ser; ayer estuve hablando con él, y le encontré como siempre, cuerdo.

—¡Ah!, es que su locura es particular. ¿Te acuerdas de lo de la noche de mi boda?

—Sí, Flor de Lis...

—Pues con frecuencia se repite la misma escena. Casi todas las noches tenemos la misma historia: el día lo pasa perfectamente: va a la oficina, vuelve, y vamos a cenar con mis padres, y todos juntos al café, al teatro, donde yo quiera ir; pero al llegar a casa y entrar en nuestro cuarto y comenzar a desnudarnos, da principio la tragedia. Se agarra convulsivamente a mi brazo, repite frases incoherentes, y señalando a un rincón, me dice al oído:

—¡Reza, reza por el alma de Flor de Lis!

Vuelve a tranquilizarse, nos acostamos, él se duerme, y a veces soñando llama a Flor de Lis. Yo estoy molestísima, disgustada. Cuando le interrogo, me dice:

—Isabel, no me hables de eso; a ti sola quiero en el mundo, que por tu amor he sido criminal; no me preguntes nada.

Todos estamos como sobre ascuas. Mi madre quiere que un médico alienista reconozca el estado de Leoncio, pero no me atrevo, por no saber cómo lo tomará mi marido. Por otra parte, veo que él no está bien: se le ve enflaquecer; así es que vivo en un infierno y a la vez en la gloria, porque él me quiere con delirio. Hoy le

he dicho que venga a buscarme aquí, con ánimo de que le veas tú y me digas tu opinión, pero no te des por entendida de nada: ¡discreción!

Seguimos hablando del asunto, hasta que llegó un amigo mío, ferviente espiritista, médico eminente y gran observador de la fenomenología, a la que consagraba sus estudios más profundos.

A poco rato vino Leoncio, y yo, de intento, hice rodar la conversación sobre espiritismo.

Enrique, que es elocuentísimo, contó varias aventuras de sus viajes; habló de presentimientos, de apariciones, de venganzas, de obsesiones, y observé que Leoncio le escuchaba atentamente, hasta el punto que al decir Isabel: «Vámonos, que ya es tarde», su marido le replicó:

—Siéntate, siéntate, que lo que dice este caballero nos interesa a los dos.

Enrique siguió hablando y contestando a varias preguntas de Leoncio; éste, por último, le dijo:

—Nunca hice caso del espiritismo, ni creo en él; pero si usted me lo permite, voy a contarle lo que me sucede. Pero antes referiré un episodio de mi vida de soltero.

Isabel miró a su esposo asombrada. Él la comprendió y le dijo gravemente:

—A grandes males, grandes remedios; yo estoy enfermo, sufro y te hago sufrir, y ya que la casualidad me presenta un hombre de tan profundos conocimientos como es este caballero, quisiera saber si estoy loco, o si estoy cuerdo. Comienzo, pues, mi confesión:

IV

De soltero no engañé nunca a mujer alguna; compraba el amor hecho. Una tarde vi a dos jóvenes que me llamaron vivamente la atención, en particular una de ellas, morena, pálida, con ojos retadores... Su compañera, blanca y rubia, era un tipo más vulgar, y hablaba y reía ruidosamente. Púseme al lado de ellas; comencé a decirles tonterías, y la rubia siguió la broma alegremente, mientras que la morena no me contestó ni una sola palabra. A mis palabras insinuantes me dirigió una sonrisa tristísima, que parecía la avanzada anunciadora de un raudal de lágrimas.

Su silencio hizo exclamar a la rubia, en son de mofa: «¿Te has vuelto muda, Flor de Lis?»

Seguí la pista de aquella niña, y supe que era huérfana recogida por una pobre lavandera que la prohió. Se llamaba María, pero por su afición a las flores de lis y al color granate, dieron en llamarla con el nombre de la aristocrática flor.

Trabajaba en una modistería de sombreros, y el fruto de sus labores lo entregaba íntegro a su madre adoptiva.

Flor de Lis consiguió despertar mi sentimiento. Durante dos años, todas las noches iba a buscarla al taller; la acompañaba a su casa, subía a su cuarto, y su madre adoptiva me recibía con el mayor cariño, sentándonos los tres y charlando familiarmente. Frecuentemente solía decirme Flor de Lis, a solas: «Yo soy poco para ti: te casarás con otra, lo sé; y, el día que tú te cases, me moriré. Tú lo eres todo para mí; yo para ti no soy más que un dulce entretenimiento. Siempre que te vas, pienso: ¡quién sabe si le veré más!»

Y la pobre niña tenía razón, pues nunca se me ocurrió hacerla mi esposa, ni tampoco me asaltó la idea de abusar de su inmenso cariño. A su lado me hallaba bien, y olvidaba teatros, reuniones, familia y amigos, sin preocuparme de nuestro porvenir.

Luchaba conmigo mismo, haciéndome el propósito de no volverla a ver, ya que no iba a ser mi esposa, pero instintivamente olvidaba todo plan forjado, y volvía, atraído poderosamente por el cariño de Flor de Lis.

Una noche, que era el santo de mi madre, se daba un gran baile en mi casa, y tuve que dejar de ir a ver a Flor de Lis. Aquella noche conocí a la mujer que hace dos meses es mi esposa. Isabel absorbió desde entonces toda mi atención, toda mi alma. Intenté varias veces escribir o visitar a Flor de Lis para explicarle mi vida y mis proyectos de casamiento con otra mujer, mas no lo hice, no me atreví a confesarle mis intimidades, sintiendo a la vez profunda lástima por ella, sabiendo lo buena y amorosa que siempre estuvo conmigo y lo mucho que me amaba.

En fin, me casé con Isabel, y cuando llegó la noche, en el momento de quedarme solo con mi esposa, se me presentó.

Flor de Lis, vestida de blanco, con el cabello suelto y una flor de lis sobre el corazón. Desde entonces, casi todas las noches se repite la aparición. No he tenido valor para preguntar si ha muerto: me encuentro asombrado, aturdido: no sé si estoy loco, o cuerdo.

¿Es que mi remordimiento me hace ver su imagen? ¿Es que su sombra me persigue después de muerta? ¿No se disgrega todo en la tumba? Yo vivo mal, y hago sufrir a Isabel, que es lo que más siento.

—Lo más probable es que Flor de Lis habrá muerto —dijo Enrique—. Mañana iremos Amalia y yo a ver lo que hay de cierto. Entonces, con conocimiento de causa, haré cuanto esté de mi parte por separar a usted de ese espíritu que sufre y hace sufrir.

Isabel quedó apesadumbrada al saber que su felicidad fuera la muerte de aquella pobre niña. Se empeñó en ser también de la partida, para saber lo que había sido de Flor de Lis.

V

Al día siguiente fuimos los tres a la calle de Embajadores y entramos en la casa que nos había indicado Leoncio. En el portal encontramos a dos mujeres, y mi amiga Isabel preguntó a una de ellas:

—¿Vive aquí Flor de Lis?

—Vivía, señora, vivía.

—¿Se ha mudado?

—Sí, al cementerio.

—¿Hace mucho que ha muerto?

—Más de dos meses.

—¿Y de qué murió? —pregunté.

—¡De pena! ¡Pobrecilla!

—¿De pena?

—Sí, señora; y a mí nada me extraña; ¡tenía que suceder!...

—¿Por qué? —balbuceó Isabel.

—Toma, porque los peces no viven fuera del agua, y Flor de Lis no vivía como viven los de su clase. Como era tan señorita, no quería ningún trabajador. Por eso se enamoró de un hombre sin entrañas, que la llenó de ilusiones la cabeza, y luego... ¡si te he visto no me acuerdo! Flor de Lis, como era muy reservada y sentida, se fue consumiendo, poco a poco, como candil sin aceite; y una noche, cosiendo, se quedó muerta... ¡Pobrecilla!

—¿Y Narcisa, su madre adoptiva? —preguntó Enrique.

—Hace quince días que murió en el hospital, maldiciendo al que la había dejado sin hija.

Isabel, oyendo esto, no pudo contener su llanto. Las dos mujeres la miraron con extrañeza, y Enrique puso fin a aquella escena, haciéndonos marchar más que de prisa.

VI

Al llegar a casa, encontramos esperándonos a Leoncio. Bastole ver a su esposa para comprender que Flor de Lis había muerto, pues Isabel sollozaba sin consuelo.

Enrique se encargó de la curación de Leoncio. Isabel, sin poderlo remediar, siempre estaba triste, hasta que dio a luz a una niña preciosa, que volvió la alegría a mis buenos amigos. En recuerdo de la infeliz obrera, llamaron a la recién nacida Flor de Lis, amada con delirio por sus padres.

Enrique, como si presintiera un algo misterioso, cuando veía a Isabel con la pequeña en brazos, murmuraba:

¡Qué misteriosa es la vida!

¡Cuántas, cuántas mujeres jóvenes y hermosas sienten frío en el alma, y mueren como Flor de Lis!

EL VESTIDO BLANCO

I

Estando un verano en la ciudad de X..., fui una tarde a pasear por el campo con unas amigas, y Celia nos propuso visitar una quinta habitada por una familia amiga suya. Aceptamos y fuimos a una mansión que parecía un palacio de hadas. Los dueños de la posesión nos recibieron afectuosamente, y sin saber por qué, me llamó la atención un hombre, al parecer anciano, que al saludar se inclinaba como las flores marchitas.

Celia le dijo a una de las señoras de la casa, señalando al mencionado caballero:

—¡Qué cambiado encuentro a tu cuñado, Isabel! Al pronto no le conocí. No parece ni su sombra. ¿Ha estado enfermo?

—¡Ah! —contestó Isabel—: ahora no es nada: se ha consolado mucho; pero al principio creímos que se iba a quedar idiotizado o loco. La pérdida de su hija Inés le trastornó la cabeza.

Yo escuchaba aquel diálogo, interrumpido por la llegada de una niña que se abrazó a su madre diciendo:

—Mamá, ¿verdad que me pondrás el vestido blanco, nuevo?

—No, Elvira —dijo Isabel—, que te pondrás perdida.

—No iré al huerto —dijo la niña.

—Juega, tontona. El vestido blanco es para salir.

—Pues yo me lo quiero poner hoy

Y Elvira comenzó a llorar con el mayor desconsuelo.

En esto llegó un caballero, y abrazando a la pequeñuela, le preguntó cariñosamente:

—¿Qué tienes, hija mía? ¿Por qué lloras?

—Porque es una caprichosa —dijo Isabel—: quiere ponerse el vestido nuevo para echarlo a perder.

—¿Y por no ajar un vestido dejas llorar a la niña? No quiero que llore; no quiero tener recuerdos ni remordimientos como mi hermano Paco. Corre, hija mía, corre y dile a la abuelita de mi parte que te ponga en seguida el vestido nuevo.

Elvira se fue gritando:

—¡Abuelita!... ¡Abuelita!... dice papá que me pongas el vestidito blanco.

Volvió luego engalanada con sus atavíos de nieve y se abrazó a su madre diciendo:

—¿Verdad, mamá, que estoy muy bonita?

Ésta la acarició sus hermosos rizos, y luego, mirando a su marido, le dijo:

—Le dejas hacer todo lo que se le antoja.

—Mira, Isabel, mientras yo viva no quiero ver llorar a mis hijos; te lo repito, acuérdate de Paco.

—Pero, hombre, ¿qué tiene que ver una cosa con otra? —replicó Isabel.

Luego añadió:

—Ya que está vestida, llévatela a paseo.

—Sí, sí —gritó Elvira, radiante de alegría—. Llévame a la playa y luego al café.

—Convenido —dijo su padre.

Y despidiéndose de nosotras, se fue con su hijita, que tendría sólo unos cinco años.

Isabel y Celia me llevaron a pasear por los dilatados jardines que rodeaban la casa, y traté de sondear a Isabel:

—¡Qué bueno parece su esposo! Está loco por sus hijos.

—Lo puede usted asegurar. Los adora, y desde que ocurrió lo de su hermano, más todavía.

—¿Y qué pasó? Cuéntanos —dijo Celia—; es decir, si no soy indiscreta.

—Sí, os lo contaré. Ya sé que Amalia escribe mucho, y esto quizá le podrá servir para trazar algún artículo de duendes y aparecidos. ¿Cree usted en el espiritismo? —me preguntó Isabel, mirándome fijamente.

—Sí, señora; creo, ¿y usted?

—Yo no, es decir, no quiero meterme en esas cosas. Me daría miedo hablar con los muertos. Sólo de ver un entierro, me horrorizo... Conque, si hablara con los difuntos... ¡ni quiero pensarlo!

—Pero si no se les ve, señora; está usted mal informada.

—Usted sí que lo está: mi cuñado Paco los ha visto tan claros como nos vemos nosotras. A su hija la ve casi todos los días.

—¿De veras? —dijo Celia—; pues si yo creía que eso era farsa. Que diga Amalia: siempre la sermoneo porque escribe de esas cosas, porque, vamos, para mí los espiritistas de buena fe, o son tontos, o son locos; y los que van con segunda intención, son unos embaucadores, que con la engañifa de los muertos explotan a los vivos.

—Habrá de todo —replicó Isabel—; pero yo puedo asegurarle que mi cuñado no es tonto, ni loco, ni capaz de engañar a nadie. Cree firmemente en los espíritus y en su comunicación, porque ha tenido pruebas. Mi marido también es espiritista convencido. Yo, no, y eso que también he visto algo.

—Entonces usted dice como los cardenales que condenaron a Galileo: *no quiero mirar*.

—Yo no digo nada; pero... ¡qué quiere usted!, me muero de susto, sólo de pensarlo.

—Pero, ¿qué pasó? Cuéntanos —exclamó Celia.

—Sí; ya os lo contaré; pero vámonos al otro lado, que no quiero junto al jardín de Paco, porque, según dice, ve a su hija muy a menudo entre las flores.

—No creas esos disparates —dijo Celia—; es imposible; tu cuñado ve visiones.

—No son visiones; que mi marido también ha visto a mi sobrina.

—Si seguís disputando, perderemos el tiempo, vendrá la demás familia y no podrá Isabel contarnos esa historia.

—Tiene usted razón, Amalia —replicó Isabel—: vamos al hecho. Mi cuñado Paco es un hombre bueno, muy caballero, todo lo que se quiera, pero con muy mal genio, es decir, malo precisamente, no; muy raro, amigo de hacer su voluntad y someter a sus caprichos hasta a los gatos.

A su esposa, que era una santa, la hizo mártir: la pobre murió consumida; parecía un esqueleto; y la infeliz murió con el sentimiento de dejar a una niña de tres años, ¡pobrecita!, angelical criatura que aún me parece que la estoy viendo, tan expresiva, tan cariñosa, A mí me quería muchísimo; pero casi nunca venía a mi casa, porque su padre decía que yo no sirvo para contrariar a los niños, y que para educarlos bien, sin pegarles, sin usar la menor violencia, no hay nada mejor que no darles gusto en nada; que si están consentidos en salir, hacerlos quedar en casa; si quieren un manjar, darles de comer de todo menos de aquello que desean; y la pobre Inés, los trece años que estuvo en este mundo, fue víctima de una contrariedad continua. Mi marido, que es un ángel, hacía cuanto podía por endulzar la vida de Inés; pero a lo mejor le decía su hermano:

—Para educar a mis hijos no necesito preceptores.

Y mi esposo, para evitar mayores disgustos, se callaba, y a veces venía diciéndome:

—Dios quiera que Inés se muera pronto, porque así dejará de sufrir.

Llegó para mi hija Beatriz el día de su primera comunión, y como Inés tenía la misma edad que mi hija, mi marido insinuó a su hermano que las dos primas debían ir juntas a confesar y comulgar, y que él se encargaría de regalar el vestido a Inés, para que ambas fueran iguales. Paco convino en ello y dejó venir a Inés a casa, donde yo tenía dos costureras haciendo los trajes de las niñas, que eran de muselina blanca, adornados con plegados de tul, velos de céfiro y coronas de campanillas silvestres.

La víspera del gran día se probaron cada una su vestido, e Inés en particular, estaba encantadora, porque era mucho más bonita que mi hija; y la pobre, que por los caprichos de su padre siempre iba hecha un adefesio, a pesar de ser una rica heredera —pues, sólo por parte de su madre, tenía dos millones de duros, al verse tan elegante, estaba loca de alegría: se miraba al espejo y hacía cortesías, diciéndome:

—¡Ay, tía de mi alma! ¡Parezco otra! ¡Qué bien estoy!

—Es verdad. Pareces un ángel —le decía mi Beatriz—. ¡Como eres tan blanca!

—Pues tú no te puedes quejar —replicaba mi esposo mirando embobado a nuestra hija—; estoy seguro que seréis las dos niñas más hermosas que entrarán en la iglesia.

—Está visto —dijo Paco con sequedad—, que no sabes criar hijos; si Inés estuviera aquí dos días, echabas por tierra todo mi trabajo.

La pobre Inés, en cuanto oyó a su padre, salió temblando de la habitación; mi hija se fue tras de ella, y mi marido, conociendo el carácter de su hermano, le dijo:

—Paco: no vayas a agriar la fiesta de mañana; te estoy leyendo en los ojos que serás capaz de no dejar a Inés que se ponga el vestido, porque la infeliz ha creído que le iba bien. ¿No ves que es muy natural?

—Tú no conoces a Inés —replicó Paco—; es muy orgullosa, y si yo no humillara su soberbia, sabe Dios dónde llegaría.

—No digas disparates —contesté yo—: si es la criatura más buena que hay en la tierra: amiga de hacer limosnas, humilde hasta la exageración. Te quejas de vicio; tienes una hija que no te la mereces.

—Bien, bien —replicó él—: más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena; hasta mañana. Y se fue con su hija.

A poco, mandó al aya de la niña y a la doncella, por el vestido de Inés, con el pretexto de que quería que su hija se vistiese en su casa.

Esta nueva disposición nos disgustó muchísimo, porque habíamos quedado en que Inés vendría para que la peinara mi camarera, del mismo modo que a Beatriz; y mi marido decía:

—¡No sé por qué le temo al día de mañana!

No en vano le temía. Al día siguiente vino Paco con su hija, vestida de negro, diciendo que la niña no se encontraba bien, y que por esto no había permitido que se vistiera. Inés, con aquella paciencia de santa, apoyó lo que decía su padre.

—Pues esperemos a otro día que estés buena —dije yo.

—No, no —replicó Paco—; ¡qué tontería! Nada, nada; una persona ha de saber mirarlo todo con indiferencia.

La pobre Inés, en un momento que pudo hablar a solas conmigo, me dijo:

—Es inútil que esperemos a otro día; no me lo dejará poner; le conozco bien. Basta que yo tenga un deseo, para que no lo vea cumplido. Ha guardado el vestido en una de sus cómodas, y esta mañana me dijo:

«—El día está muy frío; no quiero que estrenes el vestido, que te podrías constipar».

«—Entonces, no iré», dije yo.

«—Sí, sí; para recibir a Dios no se necesita vestirse de blanco, y basta con que esté limpia la conciencia». —Así es, tía mía, que vamos.

Salimos; nos reunimos con las demás niñas, todas de blanco, e Inés se vino junto a mí, diciéndome antes de entrar en la iglesia:

—¡Tía, si viera usted! Esta noche he soñado con mi madre, y ella me decía: «Alégrate, hija mía, que ya te llega la hora de ponerte tu vestido blanco». Ya ve usted, no se ha cumplido el sueño.

Isabel calló, oyendo pasos...

En aquel momento fuimos interrumpidos por la avalancha de los visitantes y el marido de Isabel, que nos venían a invitar para tomar el té.

Isabel me dijo al oído:

—Véngase usted mañana con Celia, solas, y les contaré el resto.

II

Con grande impaciencia esperé el día siguiente, para volver a la magnífica quinta de Isabel, y saber el final de aquella historia tan interesante del vestido blanco de Inés.

Reunidas en un artístico cenador cubierto de campánulas y follaje, Isabel, Celia y yo, reanudó la primera su narración interrumpida, diciéndonos:

—Ayer quedamos en el momento en que Inés me dijo el sueño que había tenido viendo a su madre, que le había dicho: «Alégrate, hija mía, que ya te llega la hora de ponerte tu vestido blanco».

Al entrar en la iglesia, reparamos que en una capilla había una niña de cuerpo presente, vestida de blanco; y, al verla, Inés, con una voz que no olvidaré jamás, murmuró a mi oído:

—Mire usted, tía, hasta los muertos son más felices que yo: esta niña está vestida de blanco: si yo me muriera pronto, haga usted todo lo posible porque me pongan mi vestido.

—Calla, hija, calla —le contesté—, no digas esas cosas.

Y se me oprimió el corazón de tal manera, que no pude menos que echarme a llorar.

Terminada la ceremonia, volvimos a casa, y Paco, contra su costumbre, pues nunca acariciaba a su hija, se acercó a Inés, y dándole un beso en la frente, le dijo:

—Estoy contento de ti: yo te prometo que de hoy en adelante, no tendrás un deseo que no lo veas cumplido; créeme, todo lo he hecho por tu bien. ¿Quieres quedarte hoy con Beatriz?

—Si usted me lo permite, yo estaría muy contenta —contestó Inés.

—Bueno; puedes quedarte.

Y la pobre niña se quedó en casa todo el día.

Yo no sé por qué, la miraba yo, y al momento se me llenaron los ojos de lágrimas. Por la tarde, manifestome después de la siesta, que ella y Beatriz se habían quedado dormidas y que había visto otra vez en sueños a su madre, y oído de sus labios las mismas palabras consabidas.

—Y mira qué cosa tan extraña —agregó mi hija—, yo he visto a Inés en sueños vestida de blanco, pero con un traje mucho más bonito que el mío.

—¿Qué será esto? —me preguntaba Inés.

—Nada, hijas mías, nada de particular —contesté yo—; pero al decir esto sentía mi corazón una angustia inexpresable.

—Déjame poner un ratito tu traje —dijo Inés a mi hija.

—Sí, mujer, sí —repliqué yo—; así se cumplirá tu sueño.

Púsosele el vestido, y la pobre niña se estuvo mirando al espejo, y repitiendo algunas veces:

—¡Qué lástima no haberme puesto el mío!

—Ya te pondrás otro mejor cuando te cases —le dije, esforzándome en reír—; lo llevarás de raso blanco. Ya sabes que eres la prometida de mi hijo Leopoldo.

Y, por todos los medios posibles, traté de distraer a Inés; mas a pesar de todos mis propósitos, la niña siguió muy preocupada. Luego vinieron otras niñas, amigas de mi hija; merendaron en el jardín, corrieron, jugaron; pero Inés siempre quiso estar junto a mí; y cuando vio a su padre, que venía por ella, me abrazó, diciéndome con ternura:

—Ya sabe usted que la quiero mucho.

—Sí, hija mía, ya lo sé.

Y al besarla noté que su rostro estaba frío como la nieve. Esto me alarmó, y llamando a su padre aparte, le dije:

—Mira que Inés no está buena: la pobre hoy ha sufrido muchísimo. Créeme, has de cambiar de conducta, si no, me parece que el mejor día se quedará muerta como se quedó su madre.

—Te prometo que seré otro —me contestó Paco.

Y se fue con su hija.

Nos acostamos, como de costumbre, a las diez, y a las tres de la madrugada me despertó mi marido diciendo:

—Isabel, vístete, que no sé si hay fuego en casa: oigo mucho ruido.

Y antes que concluyera de hablar, vimos entrar a Paco en la alcoba, con el cabello erizado, los ojos que pugnaban por salir de sus órbitas, el rostro más pálido que el de la imagen de la muerte, retorciéndose los brazos como si tuviera una convulsión epiléptica, y gritando con toda su fuerza: —¡Leopoldo!... ¡Leopoldo!... ¡Mi hija!...

Mi marido se tiró de la cama, se echó una capa, y sin pararse ni a ponerse unos zapatos, cogió a su hermano del brazo, desapareciendo ambos como una exhalación. Yo, naturalmente, me vestí no sé cómo, y cuando iba a salir, entró en mi aposento el aya de Inés, llorando amargamente.

—¿Qué hay? —decía yo—, ¿qué hay?

—¡Muerta! —respondía la pobre mujer— ¡Muerta!... ¡Si no era para la tierra aquella niña!...

Quise salir, pero mi hijo Leopoldito se puso delante de la puerta y me lo impidió, temeroso de que el dolor me ocasionara algún trastorno. Imposible me es des-

cribir la escena de aquella infausta noche. Los criados de mi cuñado y los míos estaban en mi gabinete hablando todos a la par, y todos conformes en que lo ocurrido era obra del diablo. Yo preguntaba a éste y a aquél; pero era una confusión espantosa; mis hijos, que entonces tenía cinco, todos se habían levantado, y lloraban, porque veían llorar, y temblaban de susto por lo que oían y veían. Yo estaba como alocada; no sabía lo que me pasaba. Vino, por fin, mi marido. Procuró que saliesen de mi dormitorio los criados y los niños, y cuando estuvimos solos, prorrumpió en sollozos, hasta que por último, dominando su emoción, me refirió lo que había ocurrido, y que voy ahora a repetir.

Al llegar Inés a su casa, preguntole su padre si se hallaba bien, y como la niña manifestó que le dolía la cabeza, dispuso que el aya la acostase en una habitación inmediata. El aya, intranquila, estuvo escuchando atentamente, y como observase que Inés daba muchas vueltas en la cama, fue a ver lo que tenía, y se estuvo al lado de la niña hasta que la dejó dormida. Acostose la buena mujer, y se durmió también. En tanto, Paco no podía dormir. Remordíale la conciencia por no haber dejado a Inés que estrenara su vestido, comprendiendo al fin lo mucho que la pobre niña habría sufrido viendo a todas sus compañeras tan engalanadas, y ella sin poder lucir el deseado traje blanco.

Así estuvo algún tiempo, hasta que no pudiendo dominar su inquietud, se levantó, y sin darse cuenta de lo que hacía, abrió el cajón de la cómoda donde había guardado el vestido de su hija, y se quedó espantado, sin saber lo que le pasaba, porque el vestido de Inés había desaparecido, y en su lugar había una gruesa capa de ceniza.

¿Cómo habían podido substraerlo? Lo ignoraba, porque él tenía las llaves guardadas, y la cerradura no estaba violentada. Una idea terrible le asaltó, y corrió como un loco al cuarto de su hija. Las cortinas del lecho de Inés estaban corridas, y la lámpara de alabastro que pendía del techo, estaba encendida como de costumbre. Abrir las cortinas y quedar mudo de horror, fue todo una misma cosa: Inés aparecía tendida sobre su lecho, vestida con su traje blanco y su corona de cam-

panillas silvestres, sus manos juntas, los ojos cerrados y cubierto el cadáver con el velo de céfiro que tanto gustaba a la inocente niña. Clavado se quedó el padre ante la cama mortuoria, sin fuerzas, sin acción, sin saber si era víctima de una pesadilla terrible. Al fin se arrojó sobre su hija, arrancole el velo, llamola, la besó, le pidió mil perdones; pero la niña estaba muerta. Entonces fue cuando salió como un demente a buscar a mi marido, y cuando entraron en el cuartito de Inés, encontraron las cortinas del lecho herméticamente cerradas y a la niña cubierta con su velo.

Paco, horrorizado, se agarró a las columnas del lecho, hasta que por fin cayó sin sentido. No había remedio: Inés había muerto, y algo terrible, algo desconocido había pasado allí.

—¿Crees tú que el diablo?... —dije yo.

—No, Isabel —replicó mi marido—, no te hagas eco de simplezas vulgares; el diablo no existe; pero aquí hay algo que yo averiguaré.

Para abreviar, les diré que a fuerza de dinero, la iglesia elevó sus preces; los pobres que socorría Inés decían que los ángeles habían bajado a vestir a la santa niña, y unos diciendo que era el diablo, y otros que eran los ángeles, se le hizo un gran entierro.

Mi cuñado quedó como imbécil más de dos años. Mi marido, que siempre ha sido aficionado al estudio, habiendo sabido que había obras espiritistas, en un viaje que hizo a París habló con Allan Kardec, el autor de dichas obras, y las leyó con ansiedad.

—Ya sé quién vistió el cadáver de Inés —me dijo una noche.

—¿Quién? —pregunté yo alarmada.

—Los espíritus.

Y quiso darme explicaciones; pero yo me opuse resueltamente, manifestando que no quería saber nada de aquello, porque me moriría de miedo. Entonces

me dejó y se dirigió a su hermano, el cual le escuchó con interés sumo, siendo el resultado de aquellas conferencias que Paco estudiase y acabase por aceptar el espiritismo. Las nuevas creencias lo volvieron otro. Es amable, caritativo; ha fundado un asilo para las niñas huérfanas, en el cual ha empleado toda la fortuna de Inés, dotándole de todo lo necesario para que las niñas reciban una excelente educación. A las maestras les encarga sobre todo que sean muy cariñosas con las niñas, y aun él mismo las lleva dulces y juguetes. El otro día vino muy contento, diciéndome:

—Mira, Isabel, ya estoy perdonado; me lo dice Inés.

—Déjame, que no quiero saber nada de eso —le repliqué. Pero él no me hizo caso; y, quieras que no, hube de escuchar una comunicación de su hija. Y francamente, cuando la oí, se me fue quitando el miedo, y hasta me atreví a mirar el escrito, en el cual vi una letra muy parecida a la de Inés. Pedile una copia del escrito, y la conservo con religioso respeto.

—Pues, mira —dijo Celia—, quien ha hecho lo más, que haga lo menos: ¿quieres leernos la comunicación?

—¿Por qué no? Justamente os la tenía preparada sabiendo que ibais a tener interés en oírla.

Isabel leyó lo siguiente:

«Alienta, pobre ser, alienta; tu expiación termina y tu regeneración comienza. No estás solo; para que ganes el tiempo perdido, muchos espíritus te ayudan y te fortalecen y te inspiran, especialmente tu esposa y tu hija, que hicieron cuanto pudieron en su última encarnación para regenerarte por medio de sumisión y ternura. Pero tú, espíritu rebelde, fuiste insensible a su amorosa humildad, y te complaciste en atormentarlas, en particular a tu hija, negándole todo, todo, hasta la sencilla satisfacción de ponerse un traje virginal en su primera comunión. ¡Pobre padre mío! ¡Fue preciso que me perdieras para que me amaras! ¡Pobre ser, que tuviste la miel en los labios y la desechaste, y tuviste luego que beber hiel y

vinagre! ¡Pobres espíritus! ¡Cuán dignos sois de compasión los que no podéis vivir entre flores, sino entre abrojos!...

¡Todo lo tuviste, todo!... inteligencia, riqueza, seres que te amaban, ¡y todo fue inútil!... ¡Necesitaste, pobre esclavo de tu ignorancia y de tu rebeldía, el látigo del remordimiento, la tortura del espanto, la locura del dolor!...

No te quejes; recogiste lo que sembraste; pero hoy renaces a la vida, y mi madre y yo estamos contigo. Yo te amo mucho, padre mío; mi espíritu sonrío cuando te veo hacer el bien entre los demás.

¡Alienta, padre mío, alienta! Trabaja en tu progreso, que tienes, como todos los espíritus, abiertas las avenidas de la felicidad».

Cuando terminó la lectura Isabel, vi que Celia estaba muy pensativa y que Isabel lloraba, pues apenas pudo acabar las últimas palabras, por la emoción.

—¿Ve usted? —me dijo esta última—, siempre que leo esta comunicación, lloro, y vamos, que no quiero enterarme de estas cosas...

¡A cuántos comentarios se presta esta verídica historia! He creído conveniente referirla, porque hay sistemas de educación muy erróneos, y creo que el mejor modo de educar los padres a sus hijos, es empleando ese amor sublime, casi divino, superior a todos los amores, el amor paternal, que se complace en complacer, que goza viendo gozar, que sonrío viendo sonreír; ese amor que regenera, que trocaría en paraíso el infierno, si el infierno fuera una realidad y no la negación de todos los amores.

LAS DOS MONJAS

I

Una viejecita que durante su juventud había sido mandadera y criada muchos años de un convento de monjas, hízome, un día de campo, la siguiente confidencia, que da la sensación de los horribles secretos que esconden las tapias de los conventos.

He aquí la historia de dos monjas, tal como me la contó la viejecita:

«Una tarde del año... paró un carruaje ante la puerta del convento de... Una mujer elegantemente vestida, joven y hermosa, despidió al cochero y a los lacayos, y tras algunos aldabonazos, la puerta se abrió y entró en el convento. Era una mujer aristocrática, de expresiva fisonomía, mas en la palidez de su frente, en el círculo azul de sus ojos, en sus mejillas, en la sombría tristeza impresa en su semblante, en sus pasos trémulos, el ojo menos perspicaz hubiese conocido al instante que adolecía de una de aquellas enfermedades que juegan por algún tiempo con sus víctimas en la seguridad de devorarlas.

Al mes de este suceso, se detenía también otro coche ante las rejas del mismo monasterio, y bajaba otra mujer, también joven; pero ni su fisonomía ni sus rasgos se recomendaban por su regularidad ni por su nobleza; su frente carecía de elevación, su nariz afilada, sus labios delgados eran la expresión de aquel dicho viejo: «Como puñalada en puerta de cuero». No era hermosa, ni fea, aunque su larga y fina cabellera tuviese el brillo del azabache y sus dientes rivalizasen en blancura con el marfil más puro. Vestía de luto riguroso, víctima, al parecer, de una de aquellas desesperaciones contra las que no hay más remedio que la tumba.

Una tras otra, las dos se consagraron a Dios y fueron místicas esposas de Cristo. La primera vez que se encontraron y se vieron aquellas dos mujeres, tan desconsoladas y tristes, experimentaron como una conmoción eléctrica, se miraron fijamente por espacio de un minuto, después de lo cual la una volvió la cabeza y se alejó disgustada y melancólica, y la otra, bajando sus largos párpados sobre sus ojos como un velo, desapareció por los arcos del claustro: ¿se habían conocido, o se habían adivinado? Ese encuentro fortuito fue luego la comidilla del chismorreo monjil. Las otras monjas formaban juicios variados sobre aquellas compañeras que habían hecho a la comunidad dádivas considerables, deduciendo que eran ambas a dos de las más opulentas familias del reino, y sin embargo, no eran ya más que Sor Luisa y Sor Teresa.

II

Después de tres años de reclusión y de hacer penitencia Sor Luisa y Sor Teresa, las dos, silenciosas y tristes, ninguna de sus compañeras podía decir haberlas visto jamás reír o llorar. Estaban pálidas, flacas, acabadas, que parecían bajo sus largos hábitos dos espectros escapados del sepulcro.

Sor Luisa tuvo precisión de hacer cama al cabo de un mes que no había salido de su celda, cuando un día en que se ponía el sol, con la última sonrisa del otoño, pidió solícitamente la bajasen a los emparrados del jardín.

Se sentía morir.

A instancias suyas, acudió allí Sor Teresa, que más animada, o menos débil, se arrastraba aún por el suelo.

A instancias suyas también, las dejaron solas. Ambas se pusieron a temblar cuando se vieron cara a cara. Hubo un momento de silencio.

—Os doy las gracias, hermana mía, por haber venido —murmuró al fin Luisa—: sólo me restan algunos momentos de vida, y al borde de este sepulcro tan frío, donde voy a dormir eternamente, necesito que una voz amiga me hable de la infinita misericordia de Dios, porque tengo miedo.

—Yo también, hermana mía, me siento morir, y como vos, experimento un gran espanto en el fondo de mi alma; pero, acercaos, hermana mía, vos que sois la virtud, la piedad misma...

—¡Ah! Callad, callad —interrumpió vivamente Luisa—; hay en mi vida un secreto espantoso, tan horrible, que el oído de un sacerdote no podría escucharlo.

—Vuestra imaginación os extravía, hermana; os suplico que os calméis.

—No, dejadme hablar; este secreto me abrasa, me devora. Tened piedad de mi alma y escuchadme, hermana mía.

Pronunciadas estas palabras, se abrazaron ambas religiosas. Hubo un momento de silencio y habló Luisa al oído de Teresa, entre sollozos y suspiros profundos que conmovían intensamente el corazón de Teresa...

III

—Soy el último vástago de una familia ilustre —comenzó a decir Luisa con la voz solemne de los agonizantes.

—Mi madre murió al darme a luz; a mi padre lo mataron en una batalla y a mi hermano en un duelo. Me recogió y educó un hermano de mi madre, el cual tenía una hija menor que yo, de dos años; él nos quería con igual ternura y nosotras nos amábamos como hermanas.

En casa de mi tío entraba con la mayor intimidad el hijo de uno de sus antiguos amigos, un joven, el vizconde de Belleuse. Yo le miré, y me pareció que él hacía lo mismo conmigo. Creí haberle causado viva impresión en su corazón, y aunque jamás me declaró su amor, fui muy dichosa con este pensamiento, porque era el esposo de mis sueños. Tenía yo entonces diez y seis años.

Mi prima crecía también; a los quince era la niña más hermosa del mundo, graciosa, alegre, inteligente, buena y linda como un ángel: ¡era un conjunto de perfección!, y fui sacrificada. El vizconde me olvidó.

Como quería a mi prima, ella le amó. Fui yo su confidente, y ya comprenderéis cuánto debí sufrir en silencio. Había heredado de mi madre un carácter apasionado y un alma impasible.

Nadie me vio devorar mis lágrimas. Hacia este tiempo, un señor alto, hermoso, bien formado, que se llamaba el marqués de Santa Lucía, se hizo presentar en casa de mi tío: me había visto en un baile y estaba violentamente enamorado de mí... o de mi fortuna, porque él era un noble arruinado y yo era riquísima.

Me adoró o fingió adorarme, esperando yo encender con la llama de los celos los apagados sentimientos del vizconde.

Pero, ¡vana esperanza! Quedó muy alegre, y os lo diré: me felicitó por mi conquista. Mi prima y el vizconde se desposaron, ¡Cuán felices eran! Yo no podía serlo, y pasaba las noches en un mar de lágrimas.

Era martes, y el mismo día de la semana siguiente se había señalado para la celebración del matrimonio. Mi prima se mostraba alegre al contemplar los atavíos de la boda, y ensayaba en mi cabeza la corona que debía colocar en la suya.

¡Tanta felicidad en una parte y tantos sufrimientos en otra! Mi imaginación se acaloró, y mi razón quedó expuesta a mil desvaríos.

IV

El martes de que os hablo estábamos los cuatro en el jardín del palacio, ella con él, y yo con el marqués; ella alegre, y yo sonriendo también; pero ¡qué sonrisa! Nos paseábamos en una larga calle de árboles, y mientras mi prima volvía a bajar apoyada en el brazo del vizconde, yo subía apoyada en el del marqués. De repente detuve al marqués: estaba loca.

—¿Me amas? —le pregunté bruscamente.

Y me miró lleno de admiración. Yo no bajaba la vista.

—Te amo —me respondió—; ¿qué prueba quieres exigir de mi amor?

—Dos —añadí resueltamente—, una hoy, otra mañana.

—Habla —replicó el marqués—, y te juro por el alma de mi madre que serás obedecida.

—Quiero esta tarde —le dije—, un veneno.

El marqués retrocedió asustado. Pero yo continué en estos términos:

—No un veneno que mate como el rayo, porque es muy dulce morir así, sino un veneno que mate lentamente. ¡Mi venganza necesita al menos tres días de

agonía para mi víctima! Aquellos venenos los conocen todos los nobles de Italia y de España, desde el tiempo de los Borgias.

Continuó mirándome sin responder.

—¿Y te atreves a decir que me amas?... —le dije entonces con amarga sonrisa.

—Tendrás esta tarde —murmuró— el veneno que me pides.

—Pues bien —proseguí—, existe un hombre que debe morir mañana, y poco me importa que le mates tú mismo o que lo hagas matar, con tal que muera.

El marqués quedó pálido como un espectro.

—Vamos —añadí yo irónicamente—, veo que tienes miedo; no hablemos ya de eso; adiós, marqués.

Y me marchaba volviéndole la espalda, cuando se lanzó hacia mí.

—Mañana —dije entonces—, habrá baile en el palacio del duque de Abriones; yo asistiré, y no quiero que vaya ese hombre; os espero; pasaréis por delante de mí con una mano enguantada y la otra sin el guante: la mano desnuda será la señal de estar yo vengada. ¡Ese hombre no existirá ya!

En aquel momento se juntaron con nosotros mi prima y su prometido esposo. Nos sonreímos; hablamos algunas palabras y se alejaron enteramente abstraídos y enamorados.

—¿Y quién es el hombre que debe morir? —me preguntó el marqués.

—Ese que veis —repliqué, señalando con la mano al vizconde de Belleuse.

—¡El vizconde! ¡Jamás! —exclamó con horror.

—Entonces —respondí fríamente—, otro me vengará de ese hombre, y obtendrá mi amor, mi fortuna y mi mano.

Quedó pensativo. Luego, a media voz, me dijo:

—¡Morirá! ¡Te lo juro!

Nos separamos al momento. Al día siguiente estaba yo en el baile con mi prima. El marqués pasó por delante de mí sin llevar el guante en una mano.

A las dos de la mañana, mi prima se sintió indispuesta; la llevaron a su casa, y la acompañé. El resto de la noche lo pasó en angustias, espasmos y dolores. Hallábame cerca de su cama. El primer día fue atacada de un horrible delirio. Al segundo, sus cabellos, blancos casi de repente, fueron cayéndose, sus ojos se hundieron, quedándose enteramente ciega, su lengua y todos sus miembros sufrieron una espantosa parálisis. Llegó el tercer día y yo la vestí de blanco como a una desposada, y la coloqué en su féretro, para que la llevaran con gran pompa fúnebre a la sepultura de su familia.

El marqués entendía mucho de venenos.

Ocho días después, mi pobre tío expiraba de dolor en mis brazos.

Permanecí un mes encerrada en su palacio, no queriendo ver a nadie, consumida por la desesperación y los remordimientos, y por último me marché una noche, dirigiéndome a este convento, donde voy a morir.

—¡Oh Dios mío! ¡Dios mío!... —exclamó inclinando su frente— ¿puedo esperar que vuestra misericordia sea mayor que mis crímenes?

—Levántate, hermana mía, y escúchame —dijo entonces Sor Teresa, poniéndose de rodillas—, porque yo también reservo en mi corazón un secreto espantoso que ningún sacerdote podría oír. ¡Y sin embargo, me estoy muriendo! Horrible y extraño destino el nuestro —continuó diciendo—. ¡Hermanas en el crimen y la expiación, y después la muerte! ¡El amor fue causa de vuestra perdición, y el amor y la ambición me perdieron a mí!

Al decir estas palabras, no pudo continuar; su semblante palideció, sus ojos se cerraron; ¡había muerto! Sor Luisa murmuró una oración, dirigió su vista moribunda hacia el cielo y exhaló su último suspiro».

Luego dirán que las novelas y el teatro son lugares donde se muestran historias inverosímiles, cuando no copian más que una pequeñísima parte de la vida real.

Cuando acabó su relato la viejecita, quedeme sumida en reflexiones, y como otras tantas veces, comencé a divagar, preguntando al espacio el por qué de tantas anomalías que se ven en la tierra.

EL CAMINITO DEL CIELO

Cada cual tiene en este mundo un lugar predilecto, un sitio preferido. El mío es la orilla del mar.

¡Cuántas lágrimas se han derramado en el insondable océano!

El otro día leí un soneto en donde el autor afirmaba que las aguas del mar son saladas porque eran las lágrimas de las esposas, de las madres, de las novias, de los hijos, de las familias de los náufragos.

Pensando un día en las tragedias que se desarrollan en la superficie y en el fondo del mar, comprendí que un ser invisible me acompañaba; tomé la pluma para recoger cuidadosamente la inspiración que descendía sobre mí y que voy a trasladar ahora a este papel:

«Hace algunas horas que te envuelvo con mi fluido. Espíritus amigos me acompañan, entre ellos tu madre, a la cual me une una estrecha simpatía, porque las dos sentimos el amor de los amores, el amor maternal, que en toda su pureza, en

toda su inmensidad, es un trasunto del amor divino. ¡Cuánto he sufrido por mis hijos! Mi amor a ellos me ha hecho retroceder, estacionarme y adelantar: ha sido siempre el foco luminoso en torno del cual han girado mis existencias.

En mi última encarnación pertencí a una familia humilde: quise purificarme por el dolor, y sucumbí en la prueba. Mi infancia y mi juventud pasaron sin ningún accidente notable, porque toda mi fuerza de acción la he guardado siempre para mis hijos. Me uní a un hombre por vaga simpatía; digo mal, no me puedo explicar lo que sentí por él, mas no fue amor. Cuando entre los dos hubo un querubín de ojos azules y ricitos de oro, amé a mi marido con apasionada gratitud; no le amaba por él, sino por mi hijo, a quien adoraba con frenesí. Sólo una pena acibaraba mi existencia: mi Hermán no correspondía a mi afecto con la pasión que yo hubiera deseado: para quien él guardaba todas sus caricias era para su padre. Cuando éste, que era acomodado pescador, llegaba a la orilla del mar, el júbilo de Hermán era indescriptible, y siempre que su padre se lo llevaba en la barca a dar un paseo, solía decirme:

—Adiós, madre, que me voy.

—¿Dónde? —le decía yo.

—Voy *caminito del cielo*.

Me hacía ir todas las noches a la orilla del mar, para ver salir a su padre, y señalando la estela luminosa que dejaba tras de sí la lucecita de la lancha pesquera, exclamaba:

—Mira, madre, mira... mira cuán bonito es el *caminito del cielo*.

Ocho años fui la mujer más feliz. Mi marido me amaba como yo a él, por gratitud de haberle dado un hijo: aquel ser era el genio del amor, cuya misión fue unir en ese planeta a dos irreconciliables enemigos; sólo aquel espíritu, todo inteligencia, todo sentimiento, podía unir a dos seres que se habían odiado durante siglos, siendo el odio más vivo en mí, pasión miserable que entorpeció la marcha de mi progreso.

Tenía mi hijo tal ascendiente sobre todos, que yo no puedo expresar el dominio que ejercía en torno suyo. A los ocho años era el ídolo de cuantos le rodeaban: sus compañeros le seguían dócilmente, y hacían su voluntad.

Una noche se fue su padre, como de costumbre, y Hermán permaneció en la orilla repitiendo:

—¡Mira, madre mía, mira! ¡Cuán bonito es el *caminito del cielo*! Por él se va mi padre...

Y el hijo de mi alma gritaba:

—¡Padre!... adiós... que vuelvas pronto.

Al día siguiente se levantó una fuerte borrasca. Todas las mujeres del pueblo acudimos a la playa, y dos horas más tarde de lo acostumbrado, regresaron todas las barcas pesqueras: todas..., todas..., ¡menos la del padre de mi hijo!

Hermán preguntaba a todos los pescadores:

—¿Dónde está mi padre?

Los interpelados volvían la cabeza, y más de un viejo lobo de mar corrió presuroso, huyendo del inocente niño, que reiteraba sus preguntas con dolorosa insistencia.

—¿Dónde está mi padre? —gritaba—. Yo quiero ir con él. Decidme dónde está. ¿Dónde se encuentra?, ¿dónde?... Quiero saberlo, ¿entiendes? Dime la verdad.

Y se agarró a un anciano pescador que le quería con delirio, el cual, dominado por la mirada magnética y el tono imperativo de mi hijo le contestó:

—¿Sabes dónde está tu padre?... Se ha ido muy lejos... muy lejos; va... *caminito del cielo*.

Entre los pescadores era sabido que mi hijo llamaba al mar el *caminito del cielo*, lo mismo que al reflejo de las luces en el agua.

—Pues yo quiero ir a buscarle —gritó el pobre niño.

En el rostro de aquellos mártires del trabajo leí mi sentencia de muerte; pues comprendí por su abatimiento que mi marido había sido devorado por las olas; y lanzando desgarradores gemidos, exclamé:

—¡Hijo mío! Tu padre ha ido donde tú no le puedes encontrar.

Mi hijo no manifestó asombro. Él creía sencillamente que iba a encontrar a su padre en el *caminito del cielo*, o al menos aparentó creerlo, porque, a pesar de ser niño, sabía dominarse.

Aquella noche, Hermán salió furtivamente de casa; pero yo estaba en vela y no tardé en apercibirme de su ausencia. Un presentimiento horrible se apoderó de mí. Corrí hacia la playa. Mi hijo estaba sobre una roca, contemplando cómo se alejaba la última barca pesquera... Le vi a pesar de la obscuridad. Me precipité hacia él exclamando:

—¡Hermán, hijo mío, ven!... Soy tu madre, que te busco.

¿Qué vio mi hijo en aquellos momentos? No lo sé, pero antes que yo pudiera trepar a la roca, le vi caer al agua gritando:

—¡Padre!... ¡Padre!... ¡Allá voy!

¿Quién me detuvo en aquellos instantes?... Como si la luna comprendiera mi ansiedad, rasgó el velo de negras nubes que la envolvía, y su tenue claridad me permitió ver a mi hijo que con la cabeza fuera del agua nadaba vigorosamente, sin separarse de la línea luminosa que dejaba en pos de sí la última barca, y me pareció oír su voz, que repetía:

—¡Padre!... ¡Padre!... ¡Allá voy!...

Después... todo quedó en tinieblas... y mi razón también.

Cuando la recobré, supe que había estado un año loca. Mi locura, completamente inofensiva, había consistido en preguntar a todos los pescadores cuando arribaban, si habían encontrado a alguien en el *caminito del cielo*.

Recobré el juicio, para caer en la desesperación. La vista de los niños me era extraordinariamente repulsiva, y deseaba su muerte.

Parecíame que Dios era injusto dejándolos en la tierra después de la muerte de mi hijo, de cuya desaparición nadie se dio cuenta, hasta que me encontraron cantando en la playa, loca perdida.

Seguí luchando con mi desesperación algunos meses, y huyendo de cometer un crimen en un niño inocente, al que tomé un odio feroz, decidí poner fin a mis días. Una noche, en el mismo sitio donde se arrojó mi hijo, me lancé al mar, invocando su nombre.

Aunque el suicidio es una de las faltas más graves que puede el espíritu cometer, pueden, sin embargo, concurrir en él circunstancias atenuantes, como concurren en el mío. Yo atenté contra mi vida, huyendo de cometer un asesinato, y creyendo hasta lógico que, así como mi hijo se fue a buscar a su padre, yo indagara el paradero de los dos.

¡Desdichada de mí! ¡Cuán triste fue mi despertar!... Si lejos estaba de mi hijo en la tierra, ¡cuánto más lejos he estado y estoy de ellos en el espacio!

Hace muchos años, muchos, que veo el mar con su línea luminosa, con su *caminito del cielo*; he tardado mucho en comprender la realidad, porque mi turbación no me lo permitía. Hoy ya sé que mi hijo me protege y que en unión de su padre trabaja en mi mejoramiento, harto difícil por desgracia; soy un espíritu muy apegado a la materia, muy exclusivo en mis afectos. Aún fijo mis ojos con envidia en la madre que acaricia a un pequeñuelo; pero felizmente, no tan sólo no odio ya a los niños, sino que los amo, y aun sostengo a algunos de ellos en sus vacilantes pasos por la tierra.

Comprendo que derrocho un tiempo precioso en mi apego a las cosas de la tierra sin saberme elevar sobre las miserias del mundo al que ya no pertenezco; pero mi terquedad e ignorancia pueden más que las inspiraciones superiores que recibo.

En mi estacionamiento, he conocido a tu madre, que también está estacionada cerca de ti. Para ella no hay más mundo que tú, como para mí no hay más idea que mi hijo; y aunque sé que no está en la tierra, ella me reproduce el cuadro de su infancia; le veo sonreír en mis brazos, y este cuadro me seduce a veces hasta causarme una ilusión completa que me hace casi feliz. Reconozco la inferioridad de mi espíritu; la mirada del ser desencarnado no debía retroceder, sino siempre avanzar; pero por ahora no me siento con fuerzas para cambiar de rumbo. Te estoy muy agradecida por haber aceptado mi inspiración y por haber contemplado con afán, inexplicable para ti, la senda luminosa que mi hijo llamaba el *caminito del cielo*.

En esta existencia no has comprendido lo que es el amor maternal; pero sientes sus divinos efluvios, porque si algo en la tierra te sonríe, no lo dudes, después de Dios, todo se lo debes a los consejos de tu madre y a su trabajo incesante; ella inspira a los protectores terrenales; ella desciende a los menores detalles de tu vida; ella se eleva pidiendo a los espíritus de luz que envíen sus destellos sobre tu cabeza; ella, en fin, se multiplica para apartar los zarzales que pueden herirte en la senda que recorres».

Conmovíome profundamente la historia de este espíritu, y más aún las revelaciones que me hizo sobre el noble espíritu que constantemente vela por mi bien y de cuya protección he de procurar hacerme digna, como también de su amor.

Indudablemente, una buena madre es el hábil ingeniero que inventa, que pide a todos los conocimientos humanos y divinos los medios necesarios para llevar a sus hijos por el camino de la perfección, que bien podemos llamar ¡el *caminito del cielo*!

¡NO ME QUIERO IR!

I

Entre los pasajeros de un tranvía, me llamó la atención una joven de unos diez y ocho años, que tenía *la belleza de los que se van*. Los llamados a dejar la tierra tienen en sus ojos extraños y vívidos resplandores; llevan dibujada en sus labios una sonrisa, triste y amarga, y su talle se inclina, a semejanza de los lirios marchitos. Mi compañera de viaje vestía de luto, elegante. Acompañábale su padre, que la miraba cariñosamente. Ella, a su vez, miraba a todos lados, con la confianza de los niños mimados. Cuando estaba más distraída, una tos leve, pero tenaz, la hizo sacar un pañuelo y aplicárselo a los labios, para ahogar un gemido. Su padre nada dijo, pero la contempló con angustia, hasta que pasado el acceso, volvióse ella a su padre con el mayor cariño, le arregló una punta de la corbata, le habló en voz baja, le miró de modo tan expresivo y se acercó tanto a él... que parecía buscar el calor de otro ser para retener la vida que se le escapaba. ¡Cuánto decían sus ojos! ¡Pobre niña! Su presencia trajo a mi memoria el recuerdo de otra joven que, como ella, decía también: *¡No me quiero ir!*

II

Paseando por una huerta, me llamó la atención una linda casita situada a corta distancia, y pregunté al jardinero que me guiaba:

—¿Quién vive en aquella casita?

—Un loco.

—¿Un loco?

—Sí, señora; pero loco pacífico; no molesta a nadie; da limosnas a los necesitados, y hace el bien a manos llenas, aunque no es rico; pero más hace el que quiere que el que puede.

—Entonces ese hombre no está loco.

—Sí que lo está; sepa usted que ese señor es médico: ganaba el dinero que quería, porque hacía curas milagrosas. De pronto se encerró en su casa y no ha querido visitar más; ¡y cuidado que viene gente a consultarle! Hay épocas, que vienen como en peregrinación; pero es inútil, su criado se encarga de despedir y cerrar la puerta a todos.

—Tendrá algún motivo para proceder así.

—Motivo... motivo... le diré a usted: dicen que se le murió una hija; pero, ¿y eso qué es? A todos los padres nos sucede lo mismo. A mí se me han muerto varios hijos y me he resignado, y ése, por una que se le ha muerto, hace unos aspavientos... que, vamos... el pobre está loco rematado.

—Y se conoce que tiene bien cuidado el jardín.

—Como que el loco se pasa horas y horas cultivándolo.

—Me gustaría pasar al jardín del doctor y conocerle personalmente.

—Nada más fácil. Vaya usted con mi hija Teresina.

Y salimos, dirigiéndonos a la posesión del vecino.

Pronto estuve ante un caballero como de cincuenta años, alto, delgado, de porte gentil, que me saludó cortésmente y se convirtió en nuestro cicerone, haciéndonos recorrer todo su domicilio: el jardín, una selecta biblioteca, el salón para recibir, un gabinete de estudio y un laboratorio para experimentos químicos.

En este aposento me llamó la atención un cuadro de grandes dimensiones, cubierto con un tapiz negro, en el cual había un letrero dorado que decía: *¡No me quiero ir!*

Teresina, algo revoltosa, quiso saber qué había debajo de aquel tapiz. Mientras, el doctor me hablaba de botánica; cuando, de pronto, oímos un grito lanzado por Teresina, y vimos que, al tocar la pobre criatura el tapiz de aquel cuadro, este se desprendió, cayendo a los pies de la curiosilla, quedando descubierto el retrato de una hermosa joven, cuyas largas trenzas de oro se perdían entre los encajes de su vestido blanco.

El doctor se encolerizó súbitamente; pero su enojo duró un instante. Teresina se asustó de tal modo, que cayó de hinojos ante el cuadro, gritando:

—¡Virgen mía! ¡Virgen mía!... ¡Sálvame!

El doctor, al oír aquella súplica, se conmovió, y levantando a la niña con dulzura, le dijo;

—¿Sabes quién es esa?

—Sí, señor. Es la Virgen. ¡Qué bonita es!

El rostro del médico cambió de color: dejase caer en un sillón y comenzó a llorar con inmenso desconsuelo.

Le pedí disculpas por haberle ocasionado tal disgusto, y él se levantó para explicar su estado especial, y al salir al jardín, me dijo con cierta ansiedad el doctor:

—Señora, ¿cree usted que yo estoy loco?

—Sí, está usted loco; pero loco... de dolor.

—Gracias a Dios que hallé quien me comprenda: ¿ha perdido usted también a su única hija?

—No señor; por esta vez no me he creado familia.

—¿Cómo por esta vez? ¿Venimos acaso muchas veces a la tierra?

—Todas las que nos son necesarias para nuestro progreso

—¿Qué dice usted, señora?

—¿No ha leído usted las obras de Allan Kardec? ¿No oyó hablar del espiritismo?

—Algo, pero no le di crédito.

—Pues usted, más que otros, debía estudiar las obras espiritistas.

—¿Por qué?

—Porque se comprende que es usted profundamente desgraciado. Usted se cree solo, y probablemente el espíritu de esa hermosa joven del retrato estará constantemente a su lado.

—No me hable usted en ese sentido, señora; creo que concluiría por volverme loco de veras. ¡Los muertos no vuelven! ¡Oh! ¡Si volvieran... mi Angelina estaría aquí!...

Y cubriéndose el rostro con las manos, se alejó.

...Tristemente preocupada regresé, aquella noche, a la ciudad.

III

Seis meses después, en una sesión espiritista, vino a saludarme un caballero.

—Señora —me dijo—, le debo a usted más que la vida; ¿no me recuerda?... Soy aquel loco que usted visitó en la casita de campo.

—¿Y cómo usted por aquí?

—Usted tiene la culpa. Desde el día que vino usted a mi casa, comencé a leer las obras espiritistas.

—¿Y qué ha sacado usted en claro de su estudio?

—Negar el todo y negar la nada. He salido de aquella atonía que me hacía morir por consunción; he vuelto a la vida, porque he vuelto a la duda; creía que en la tumba terminaba todo, y crea usted que no hay nada más horrible que encerrar la creación en el hueco de un sepulcro.

Nos sentamos, y el doctor hízome estas confidencias;

—A los veintitrés años, me casé por amor, mejor dicho, por lástima, con una pobre niña que encontré una noche en la calle llorando amargamente, porque su madre la golpeaba sin piedad; ¿y por qué? Asómbrese usted, señora: ¡porque la infeliz no quería ir a un lupanar! Me impresionó tanto aquella escena, y más aún cuando la niña se dirigió a mí, exclamando; «¡Sálveme usted, señor; sálveme!», que la tomé en mis brazos, pedí auxilio a la autoridad, y aquella noche misma quedó depositada en casa del juez la que un mes después fue mi esposa.

Un año fui feliz a su lado. ¡Sofía era un ángel! A los diez meses de casada dio a luz a una niña hermosísima: no hay Virgen de Murillo tan hermosa como lo era la virgen de mi amor acariciando a nuestra hija.

Dos meses viví extasiado contemplando a Sofía, y a mi Angelina recibiendo del pecho de su madre el néctar de la vida. Cuando era yo más dichoso y todo me

sonreía y veíalas madre e hija y me llamaban soñando, he aquí que una tisis galopante me arrebató a Sofía, sin comprender yo que tuviera tal enfermedad. ¿Por qué no han de ser inmortales los seres a quienes amamos?

Me consagré a mi hija apasionadamente. Diez y nueve años permaneció Angelina en la tierra. Yo mismo la eduqué. No quise que ninguna influencia extraña a mi cariño tomara parte en su educación e instrucción.

Yo la daba libertad para que gozara mi hija de todos los afectos de la infancia y de la juventud. Ya mujer, fue galanteada y admirada por su belleza. Yo era completamente dichoso.

A los diez y seis años comenzó a palidecer y yo a temblar. Comprendí que tenía la enfermedad de su pobre madre. Tres años luché desesperadamente, haciendo prodigios con mi hija; adquirí una reputación extraordinaria, porque al mismo tiempo ensayaba en otros enfermos las medicinas que después le daba a Angelina, y muchas madres desoladas vinieron a bendecirme, por haber salvado la vida de sus hijos.

Angelina, abrazada a mi cuello, decíame con voz dulcísima: —Soy muy feliz a tu lado; estoy muy contenta de estar en la tierra; *no me quiero ir, ¿oyes?, ¡no me quiero ir!* Aquella súplica me partía el alma. ¡Cuando no me la hacía con los labios, me la hacía con los ojos!

Muchas noches, estando yo en mi despacho, la veía entrar, apoyaba su cabeza en mi hombro, y mirando el libro que yo leía, exclamaba:

—Estudias para mí, ¿es verdad? Sí, sí, estudia, estudia mucho; ya sabes que *no me quiero ir*.

Estaba agonizando y aún decía débilmente, mimosamente:

—¡Te quiero mucho, papá mío!, *¡no quiero irme!*

Murió; maldije de la ciencia; lloré, me hice completamente egoísta, hasta negarme a recibir y visitar enfermos; muerta mi hija, ¿qué me importaba que reventara

el mundo entero?... Así he vivido ocho años, creyendo a veces que estaba loco, porque oía claramente la voz de mi Angelina. Corría como un loco a mirar el retrato de mi hija, figurándome que iba a saltar del cuadro, y desengañado, caía rendido de fatiga, pidiendo a gritos la muerte. Por eso los criados creían que me había vuelto loco; pero vino usted aquel día y me dijo que verdaderamente estaba loco... de dolor.

Estudí el espiritismo, según consejo de usted, y esta creencia me consuela y me explica por qué oigo la voz de mi hija. Ahora es cuando repito con Pitágoras: *Allá es aquí, y aquí es allá.*

IV

Un año después, volví a ver al doctor en un hospital. Estaba hablando cariñosamente con varios enfermos. Al verme, me acompañó, saliendo juntos de aquel triste asilo.

—Amalia —me dijo—, al estudio del espiritismo debo mi renacimiento físico, intelectual y moral. Yo me iba asesinando poco a poco; mataba mi actividad en una inacción vergonzosa; ahogaba mi sentimiento en la innoble atmósfera del egoísmo, y mi inteligencia en la desesperación y el escepticismo.

Hoy trabajo, acudo a los hospitales, curo a los enfermos, estudio y me relaciono de nuevo con la ciencia. En mi soledad vivo acompañado, pues he logrado comunicarme con mi Angelina. Nunca me abandona su espíritu.

Cuando nos despedimos, pensaba yo: ¡Una víctima menos! Ayer le apellidaban loco; hoy le reputan sabio; ayer era inútil para los demás; hoy se complace en suavizar el dolor ajeno, y emplea su inteligencia en bien de la humanidad. ¡Bien haya la escuela espiritista!

ESTRELLA...

Fue una hermosa niña a quien hace tres años inscribieron en el registro civil con tan precioso nombre; sobre su blanca frente no cayó el agua del bautismo, y creo que sus miradas no se habrán fijado en ningún altar. ¿Para qué, teniendo los brazos de su tierna madre y las apasionadas caricias de un amantísimo padre?

Entre esos mimos fue creciendo llena de vida, rebosando salud y robustez.

¿A qué enseñar a la niña figuras de madera y decirle que son tal o cual santo o la misma madre de Dios, amante y protectora de los niños, si ella estaba rodeada de todo el amor que humanamente se encuentra sobre la tierra? No necesitaba que le contaran historias más o menos fabulosas, siendo ella la protagonista real de un poema de amor.

Tres años ha permanecido Estrella en este mundo, adorada de sus padres y de sus abuelos, mimada y querida de sus hermanos. Era la pequeña soberana de su humilde y tranquilo hogar, donde se celebró con la alegría del más fausto de los acontecimientos el de romper a andar por sí sola aquella preciosa criatura. ¡Qué carreras luego tan veloces, agitando los bracitos en señal de inexplicable conten-

to! ¡Qué gritos tan agudos! ¡Qué exclamaciones de júbilo tan espontáneas, tan estrepitosas! Donde ella entraba iban la animación y la alegría y el ruido, y al mirarla había que exclamar: ¡Cuánta vida hay en ese organismo! ¡Qué exuberancia de salud! Era el reverso de la medalla de los demás hermanos, que se habían criado anémicos y enfermizos; parecía haberse propuesto gastar alegremente todo el caudal de salud que recibiera. Siempre sus mejillas estaban sonrosadas, sus ojos brillantes y sus manos dispuestas a jugar con sus hermanos y pegarles en caso necesario si sus infantiles mandatos no eran inmediatamente obedecidos.

Una enfermedad terrible, la viruela, atacó a su hermanito más pequeño; propagose a los demás, y a ella la separaron de los contagios guardando las mayores precauciones.

Pasaron algunos días y Estrella comenzó a palidecer: echaba de menos los amorosos brazos de su madre, las ardientes caricias del padre y los alegres juegos de sus hermanos. Siempre que veía al autor de sus días le abrazaba diciéndole: «¡Llévame a casa!» Cayó por último enferma, y ya entonces su padre no supo ni pudo resistir a sus deseos y caricias. Volvióla al hogar, y allí una fiebre intensa se apoderó de la niña; la viruela, ese monstruo insaciable de bellezas, que nunca se harta de devorar pequeñuelos, hincó en Estrella sus garras destructoras, hundiéndolas implacable en los ojos de la niña, aquellos hermosos ojos que brillaban como luceros; y la que era una estrella de primera magnitud en el cielo de su casa, ¡quedó... ciega! Su padre, que no se separaba de ella ni un instante, observó con terror cómo sus ojos cerrados disminuían en volumen, y comprendió toda la horrible realidad; pero disimuló valerosamente su doloroso secreto, devorando en silencio la mayor de las amarguras que un buen padre puede sentir en la tierra.

Contemplaba a su hija y le daba miedo, un miedo desgarrador, la idea de su muerte, y le horrorizaba y producía vértigos la idea de que pudiera prolongarse aquella tristísima existencia.

¡Su Estrella! Aquel trasunto encantador del movimiento continuo, aquella criatura bulliciosa, de mirada tan expresiva como dulce, de cutis suave como la hoja de

la azucena, de mejillas frescas y sonrosadas, quedar convertida en un monstruo, ¡y en un monstruo ciego!... ¡Oh! Esta prueba sería superior a sus fuerzas. Durante algunos días ni las torturas de todos los infiernos son comparables a las que sufrieron Estrella y sus infelices padres: apoderose de la pequeña enferma tan rabioso frenesí, que aquéllos, poseídos de angustia inmensa, eran a veces impotentes para sujetar sus brazos, que forcejeaban desesperadamente por tener las manos libres: una convulsión incesante agitaba su cuerpecito, y sus dientes se rompieron del continuo choque. No hubo más remedio: fue necesario dejar que hiciera su voluntad, y entonces Estrella desgarró con rapidez asombrosa su rostro, hasta convertirlo en una úlcera. ¡Adiós la albura de su frente!

¡Adiós las rosas de sus mejillas y lo rojo de sus labios! ¡La cándida belleza de la niña fue reemplazada por la deformidad más espantosa! Parecía mentira que aquella cabeza enorme contuviera un cerebro donde habían germinado las ideas más puras y más risueñas.

Afortunadamente, llegó la crisis final: las fuerzas de la enferma se extinguieron; en su inteligencia se apagó el último rayo de luz, y el espíritu abandonó su envoltura a los gusanos y alimañas de la tierra.

Yo vi el cadáver de Estrella en el cementerio de San Gervasio, pues quise acompañarla a su última morada, como la había acompañado cuando su inscripción en el registro civil. Son los dos únicos paseos que he dado en su compañía: ¡qué diferencia tan grande entre el uno y el otro!

En el primero, íbamos en coche; ella vestida de blanco, durmiendo dulcemente, reclinada en los brazos de una señora, mientras su padre la contemplaba embebecido, celebrando su hermosura, y sus hermanitos palmoteaban alegres, hablando de los dulces que esperaban saborear a su regreso.

También íbamos en coche en el segundo paseo: ella en el fúnebre, reclinada en el seno de la muerte, y su padre y yo en otro carruaje, siguiéndola. La tarde estaba espléndida, el sol fulgurante, el cielo azul purísimo; los árboles ostentaban su

abigarrado manto de hojas de diversos colores, hojas del otoño, que varían desde el verde sombrío hasta el matiz amarillento; las calladas brisas apenas tenían fuerza para agitar el follaje. En el exterior, todo luz y todo apacible calma, pero, ¡qué tormenta tan horrible rugía en el alma de mi pobre amigo, cuyos ojos no se apartaban del ataúd de su hija, con la espantable fijeza de los que miran por última vez aquello que más amaron en la tierra!

Llegamos al cementerio, verdaderamente poético, edificado en una altura, desde la cual se domina un extenso y variado panorama. Las tumbas, escalonadas, permiten distinguir mejor las cruces, las estatuas y demás alegorías artísticas de la muerte. Allí todo es blanco, limpio y risueño, y no oprime el pecho ese hedor especial que exhalan todas las necrópolis: el aire es puro y la respiración fácil: una dulcísima melancolía se apodera del espíritu.

Abrieron el ataúd de Estrella y me incliné para mirarla. ¡Ay! La hermosa niña no estaba allí: lo que allí había era un cuerpo rígido, desfigurado, cubierto con un traje blanco que Estrella había visto coser a su madre cuando ésta no podía imaginar que estaba confeccionando la mortaja, el sudario de su hija; más que un cuerpo humano, parecía, por la deformidad de la cabeza, un amasijo monstruoso de fealdad material. Su padre hubo de cerrar los ojos, no pudiendo resistir espectáculo tan horrible: tal vez pedía cuenta a Dios por aquella muerte y aquella deformación. Yo, en tanto, meditaba y decía:

—¡Estrella! ¿Es esta corta página de tu vida el único capítulo de tu historia? No, esto no es posible, porque no sería equitativo, no sería justo ni razonable. ¿Por qué, antes de abandonar la tierra, el ángel se trocó en monstruo? ¿Por qué, amándote tanto, tu padre tuvo que temblar ante la idea de la prolongación de tu existencia? ¿Qué otras páginas habrán precedido a esta página, casi en blanco, de tu vida? A pesar de tu inocencia de hoy, has sufrido de una manera cruel: aislamiento, dolores terribles, desesperación; las niñas, tus alegres amigas, huyendo del contagio, se escondían horrorizadas de tu lado; tú misma, con tus manos, has destruido tu belleza; sólo dos seres te han acompañado

en tu entierro, y aun tu propio padre, que tantos miles de besos había estampado en tu rostro, ha vuelto el suyo, rehusando contemplarte una vez más al despedirse de tus restos. ¡Quién sabe! Tal vez esta última página que acabas de escribir es la terminación de un capítulo trágico de tu existencia perenne.

Todo tiene su causa. Los ojos del cuerpo no sirven para descubrir el pasado de la criatura; pero hay los ojos del alma, para los cuales no hacen falta ni telescopios, ni microscopios; ven o adivinan a largas distancias cuadros que oculta la polvareda de los siglos.

¡Cuántas historias encierra el pasado! Nunca podré olvidar los últimos momentos que contemplé el cadáver de Estrella.

Aquella cabeza deforme, aquel rostro horrible, son un enigma que el tiempo descifrará; porque al desaparecer la niña, ha quedado su alma; su envoltura se disgrega, volviendo a la tierra los elementos materiales que la constituyeron; mas su espíritu, ¡ah!... su espíritu vive y vivirá eternamente; porque se escriben los epílogos de las múltiples fases de la vida; pero nunca se escribirá el epílogo de la vida.

- 1** Sistema de medicina alternativa desarrollada a comienzos del siglo XIX, basada en el antiguo principio de que lo semejante se cura con lo semejante (*similia similibus curantur*). Se puede señalar que Amalia Domingo Soler, a su llegada a Madrid y antes de sus primeros contactos con el espiritismo, visitó a un oculista homeópata, el Dr. Hysern, desesperada por los graves problemas de visión que mantendría durante toda su vida.
- 2** En línea con la habitual presencia de elementos de procedencia autobiográfica en los relatos de Amalia Domingo Soler aparece aquí la referencia a las diversas temporadas que en efecto debió pasar en zonas marítimas siguiendo los consejos médicos.
- 3** Seudónimo de Léon-Dénizarth-Hippolyte Rivail (1804-1869), se le consideraba una suerte de apóstol del espiritismo. Amalia Domingo Soler le dedicaría en 1877 su poema «A la memoria de Allan Kardec». Su nombre llegaría a ser tan conocido que se puede encontrar mencionado incluso en obras tan fundamentales de la literatura del siglo XIX como *La Regenta*, de Clarín, o *Doña Perfecta*, de Benito Pérez Galdós.
- 4** Precisamente *Les Tables Tournantes de Jersey* será el título de la curiosa obra en la que se recogen al menos parcialmente las transcripciones de las sesiones espiritistas que el escritor francés Victor Hugo llevó a cabo en torno a mediados del siglo XIX durante su estancia como exiliado en la isla de Jersey.
- 5** Después del surgimiento del espiritismo moderno en 1848 tras la historia de comunicación de las hermanas Fox en su pequeña casa del estado de Nueva York con una presencia desconocida que parecía

habitarla, y con la que lograron establecer un código de señales mediante golpes, se denominó «tiptología» a los fenómenos en los que los supuestos espíritus se comunicaban con los seres humanos utilizando un código de golpes o percusiones.

6 Probablemente Amalia Domingo cite de memoria uno de los populares *Cantares* de Ramón de Campoamor, por lo que cambia el contenido -aunque no el sentido- de sus dos primeros versos. Se trata del número 39 de los «*Cantares amorosos*», cuya letra dice así: «Tus perfecciones al ver,/ suelen los hombres decir:/ -Sólo por verla, nacer;/ después de verla, morir-» (CAMPOAMOR, Ramón de, *Cantares, Obras Completas*, Barcelona, Montaner y Simón, 1888, pp. 309-318).

unas palabras sobre



Amalia Domingo Soler
y sus *Cuentos Espiritistas*

AMELINA CORREA RAMÓN



El día 24 de agosto de 1781 tuvo lugar en Sevilla la última condena a la hoguera de la Inquisición. La víctima fue una mujer invidente, llamada María de los Dolores López, que resultó castigada con la pena máxima por su heterodoxia y su tenacidad, condiciones que, evidentemente, no resultaban aceptables en la época, y mucho menos tratándose de una mujer^a. Descendiente de cristianos viejos, tenía cuarenta y tres años, y llevaba ciega desde su infancia, aunque al parecer, poseía una asombrosa capacidad para ver más allá de los sentidos corporales. Como explicaría tendenciosamente Marcelino Menéndez Pelayo en las páginas que le dedicó en su célebre *Historia de los heterodoxos españoles*, «su misma ceguera, unida a un entendimiento muy despierto, aunque, hábil sólo para el mal, le daba cierto prestigio fantástico entre la muchedumbre, que no acertaba a comprender cómo Dolores veía y adivinaba muchas cosas sin el auxilio de los ojos»^b.

^a MOLERO, Valérie, «Heterodoxia y herejía: la última hoguera de la inquisición española», *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Coloquios, 2009, [En línea], Editado en la web el 30 de junio de 2009. <<http://nuevomundo.revues.org/index56542.html>>. Consultado el 13 de septiembre de 2009.

^b MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, B.A.C., 1956, tomo II, pp. 762-764.

Tan sólo cinco décadas después de que el fanatismo y la ignorancia sirvieran de excusa para cometer tan atroz crimen, iba a nacer en la misma ciudad de Sevilla otra mujer, llamada Amalia Domingo, que padecería igualmente problemas de visión desde muy niña –hasta el extremo de estar a punto de quedarse ciega– y que así mismo iba a destacar en la España de su época por su heterodoxia y tenacidad. Su capacidad para ver más allá de los sentidos corporales la llevará a ser representante insigne de una interesante corriente religioso/filosófica que alcanzaría enorme arraigo en la segunda mitad del siglo XIX como fue el espiritismo. Si la que podría considerarse en alguna medida como su antecesora, la desdichada María de los Dolores López, fue víctima de la intolerancia de la Iglesia Católica y pagó por ello con su vida, poco tiempo después el poder de la institución no resulta ya tan temible y tendrá que limitarse a proclamar por todos los medios la condena del espiritismo y de sus practicantes.

En este sentido, se pueden destacar las sonoras polémicas que Amalia Domingo sostuvo con figuras representativas de las jerarquías eclesiásticas, cuyos textos llegarían incluso a editarse en forma de libro. En concreto, llegarían a hacerse célebres sus controversias con el Padre Fita, el Padre Sallarés, el Padre Llanas y, sobre todo, con el canónigo Vicente Manterola. Y es que la escritora, que juzgaba imprescindible la instrucción pública para el progreso de la sociedad, y se dolía profundamente del atraso en que se encontraba España, culpaba en gran medida

de ello a la Iglesia Católica, y actuó desde muy joven en esa línea, movida por su rechazo visceral del dogmatismo y del fanatismo que coartaba la libertad de raciocinio.

Amalia Domingo Soler había nacido en Sevilla el 10 de noviembre de 1835, por lo que en 2010 se conmemora el CLXV aniversario de su nacimiento. Su infancia y juventud estuvieron marcadas por muchas penalidades, incluyendo una salud frágil y el ya aludido y grave problema de visión que casi la dejó invidente. Aunque se recuperó parcialmente, sufriría una debilidad de la retina que la acompañó durante toda su vida. Si bien físicamente fue de constitución enfermiza, ya desde muy temprana edad evidenció un carácter fuerte y decidido. Amalia Domingo se mostró siempre muy crítica con las injusticias sociales y valiente en la denuncia de las mismas.

Aprendió a leer a temprana edad enseñada por su propia madre, exhibiendo desde niña un gran amor por la letra impresa. Aunque sólo pudo cursar estudios primarios, demostró una gran precocidad como poeta, escribiendo sus primeros poemas a la edad de diez años y dándose a conocer públicamente a los dieciocho. A comienzos de 1858 aparecen igualmente varios poemas suyos en la revista sevillana *Museo literario*.

Tras el fallecimiento de su madre en junio de 1860, la autora atravesó una etapa de profundo abatimiento, trasladándose por una temporada a las islas Canarias, donde vivió acogida en casa de una familia amiga por espacio de unos tres años,

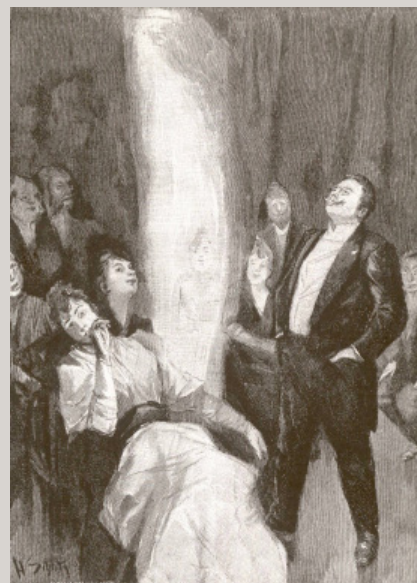


Cubierta de *Cuentos espiritistas*, de Amalia Domingo Soler, Barcelona, Editorial Maucci, (1926)

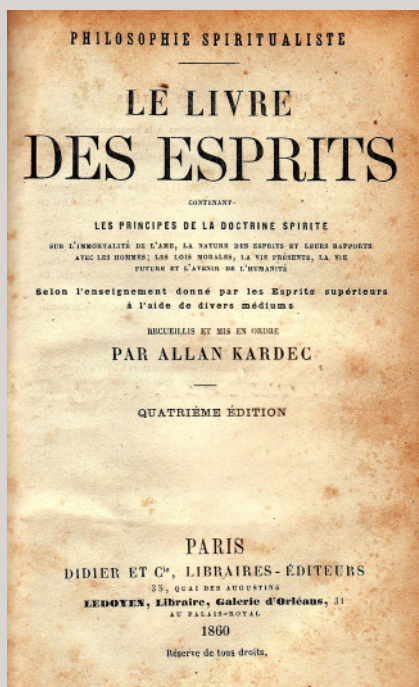
al término de los cuales regresó a su ciudad natal, donde se dedicó a una tarea considerada en la época típicamente femenina, como era la costura, que consideró en esos momentos como único medio posible de subsistencia. Al cabo de un tiempo, pensando que tanto sus obras literarias como la confección de prendas serían mejor retribuidas en Madrid, la escritora decidió trasladarse a la capital, donde pronto inició su colaboración con la revista *Álbum de las familias*, en la que publicó varios textos de temática bastante convencional durante 1866. En la misma línea no rupturista con la tradición se encuentran sus colaboraciones en otras revistas diversas, además de su libro *Un ramo de amapolas y una lluvia de perlas, o sea, un milagro de la Virgen de la Misericordia* (1868), alejado ideológicamente de las obras que harán posteriormente muy conocido el nombre de la autora.

La continua dedicación al ejercicio profesional de la costura vuelve a resentir su vista, hasta el punto de quedar casi ciega. Desesperada, recorre innumerables consultas de médicos y atraviesa por una etapa de crisis personal en la que incluso llega a pensar en el suicidio. Sin medios económicos alternativos, se verá obligada a recurrir a la caridad a través de una sociedad filantrópica para poder subsistir.

Por aquel entonces, el general Joaquín Bassols, ministro de la Guerra, había creado la Sociedad matritense «Progreso Espiritista», llamada más tarde «Sociedad de Estudios Psicológicos», y el periódico *El Progreso Espiritista*, que



Sesión espiritista. Grabado de finales del siglo XIX



Le livre des esprits, de Allan Kardec, obra que marca el inicio del espiritismo. Fue publicada por primera vez en 1857.

se refundió tiempo después en la revista *El Criterio*. Esta publicación, en línea con las creencias espiritistas tan extendidas por Europa y América durante la segunda mitad del siglo XIX, explicaba el perfeccionamiento del espíritu humano a través de sucesivas reencarnaciones y la comprensión de las faltas cometidas en vidas pasadas mediante la expiación en la encarnación presente. Será entonces cuando Amalia Domingo Soler, que había buscado *la verdad* en diversas opciones y confesiones religiosas, quede fascinada con esta doctrina y considere que allí se encuentra la respuesta a todas las cuestiones trascendentales que se había planteado hasta ese momento.

A partir de ahí comienza lo que va a considerar a todos los efectos una nueva vida, asumiendo la carencia visual como una probable consecuencia de sus imperfecciones en existencias pasadas. Presa de una gran alegría, redacta un poema que manda rápidamente a *El Criterio*. El director de dicha publicación le enviará a su vez una carta de agradecimiento junto con un ejemplar de su libro *Preliminares al estudio del espiritismo* (1872). Se trataba del vizconde Antonio de Torres Solanot y Casas, reconocido espiritista de ideología progresista, que había participado activamente en la Revolución de 1868 y que, en el momento que podríamos denominar de escisión krausipositivista, optó por la tendencia emancipadora de izquierdas que se decantó hacia una reacción teosófica. Así, desde 1871, Torres Solanot

se dedicó al estudio y propaganda del espiritismo, fundando varios periódicos y dirigiendo la «Sociedad Espiritista Española». El encuentro entre ambos resultará decisivo en la vida la escritora. Una vez establecida la conexión, pronto la acogería bajo su protección y patrocinio.

El primer artículo de esta temática redactado por Amalia Domingo Soler aparecerá en 1872 en la portada del nº 9 de *El Criterio* con el título de «La Fe Espiritista». Entre ese año y 1903 la autora llegará a publicar más de dos mil textos sobre espiritismo, tanto en prosa como en verso, colaborando hasta el momento de su muerte en multitud de publicaciones *espíritas*.

Pero su frágil salud se va a resentir una vez más, al seguir compaginando costura y escritura para poder sobrevivir, y el médico le recomienda una temporada de reposo tomando baños cerca del mar. Entre los numerosos destinos que las familias de la *hermandad* espiritista le ofrecen, elige Alicante, donde, junto con Jijona y Murcia, pasará unos meses hasta que, ya repuesta, regrese a Madrid en febrero de 1876. Su permanencia en la capital, no obstante, será más bien corta, pues el día 20 de junio de ese mismo año se trasladará de manera definitiva a Barcelona, aceptando la invitación hecha por parte de Luis Llach, presidente del Círculo Espiritista «La Buena Nueva», para colaborar en los periódicos que difunden el espiritismo. Dicha sociedad estaba radicada en la casa que la familia Llach ocupaba en la entonces villa de Gracia, y la



Postal personalizada de Amalia Domingo

vinculación de la autora con aquella será tan estrecha, que su domicilio desde el 10 de agosto de ese mismo año quedará establecido en una habitación del primer piso del inmueble, vivienda en cuyo jardín redactará algunos de sus mejores escritos. Desde allí dirigirá también, por espacio de veinte años, en concreto entre 1879 y 1899, la publicación periódica *La luz del porvenir. Semanario espiritista*. Igualmente, desde 1894 será redactora jefe de *Luz y Unión. Revista mensual*, órgano de expresión de la asociación espiritista «Unión Espiritista Kardeciana de Cataluña».

En septiembre de 1888 participa de manera activa como vicepresidenta y única presencia femenina en el comité organizador del primer Congreso Internacional Espiritista, que tiene lugar en la ciudad condal, con gran concurrencia y repercusión en la opinión pública.

Será en la misma ciudad donde su decidida defensa de la enseñanza laica cristalice con la apertura de una escuela bajo ese modelo educativo que funda gracias a las donaciones hechas por un millonario filantrópico adepto a las doctrinas espiritistas, tan en boga por esos años.

La producción literaria por la que la autora alcanzará renombre entre los reducidos (pero extendidos por toda la geografía española) círculos de espiritistas, librepensadores y masones tiene como tema central, sin duda alguna, el espiritismo. Así, en 1900 publicará *Memorias del Padre Germán*, recopilación

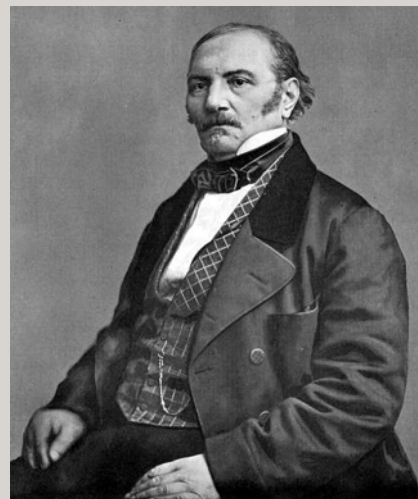


Retrato de Amalia Domingo Soler

de textos basados en unas supuestas comunicaciones del más allá obtenidas a través de un médium llamado Eudaldo, y transcritas por ella misma, en lo que se podría considerar peculiar género biografista de «ultratumba». Cuatro años más tarde, y en la misma línea, publica *¡Te perdono! Memorias de un espíritu* (1904).

Durante sus últimos años de vida Amalia Domingo Soler padeció grandes problemas de salud, aunque no dejaría de trabajar en pro de sus ideales. Su muerte tuvo lugar a consecuencia de una bronconeumonía el día 29 de abril de 1909, meses antes de cumplir los setenta y cuatro años. Su entierro fue seguido por una gran comitiva que acompañó el coche mortuario desde su domicilio hasta el Cementerio del Sud-Oeste, en la falda del Montjuic. Como dato curioso, se puede señalar que sus correligionarios editaron un curioso cuadernillo impreso con diversas ilustraciones fotográficas y cuya portada reza elocuentemente: «Recordatorio de la desencarnación de Amalia Domingo Soler». En el mismo se contienen fotografías que recogen el paso del cortejo fúnebre por las calles de Barcelona, así como el cuerpo yacente de una Amalia Domingo Soler ya amortajada.

En el mismo año de su muerte aparece su libro *Flores del alma* (1909), conjunto de poesías amorosas escrito con motivo de la onomástica de su fiel criada Rosa Bertrán, y tres años después un sin duda alguna sorprendente libro autobiográfico póstumo, cuya portada contiene la siguiente



Retrato de Allan Kardec (1804-1869), padre de las doctrinas espiritistas
Herramienta para la comunicación mediúmnica ó Planchette

explicación: *Memorias de la insigne cantora del espiritismo Amalia Domingo Soler. Divididas en dos partes. La primera contiene lo que escribió en vida. La segunda y el prólogo que acompaña a la obra, fueron dictadas desde el espacio por ella misma.* La destinataria de estas supuestas revelaciones *postmortem* fue una médium llamada María.

Varios libros más aparecerán tras su *desencarnación*, entre los que se pueden destacar el titulado *Consejos de ultratumba* y el antológico *Sus más hermosos escritos* [d. 1909].

Años más tarde ve la luz *Cuentos espiritistas* [1926], antología que contiene, probablemente, los relatos más valiosos que salieron de su prolífica pluma. De hecho, sería definida en la época como «la única escritora espiritista de algún mérito»^c. Ateniéndose en ellos al subgénero de los «cuentos de aparecidos», de tanto éxito en toda Europa desde comienzos del siglo XIX, sus relatos, inspirados todavía por la inocencia romántica, logran captar el interés del lector ya desde sus párrafos iniciales, atrayendo su atención sobre un determinado elemento que será crucial en cada relato, para sumergirlo después en un cuadro de tensión dramática sabiamente dosificada, que llega a rozar el escalofrío en algunos de sus desenlaces.

Estos *cuentos espiritistas* están protagonizados en su mayoría por niños o jóvenes, cuyas almas abandonaron este mundo a muy temprana edad, lo que no parece sino intensificar la

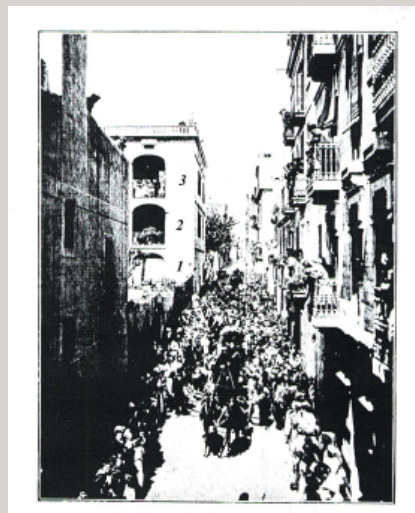
^c MÉNDEZ BEJARANO, Mario, «El espiritismo», *Historia de la filosofía en España (hasta el siglo XX)*, Madrid, Renacimiento, s. f. [1928], p. 532.

impresión que su lectura causa en el receptor. Guillén en «¡Murió de frío!», Inés en «El vestido blanco» o «Flor de Lis» en el relato homónimo, representan esos seres desvalidos y extremadamente sensibles, cuyo origen y cuyo destino semejaría no ser de este mundo.

Y es que conviene señalar que Amalia Domingo Soler y la red de hermanos espiritistas a la que pertenecía creía firmemente en la transmigración o reencarnación de las almas, por la que el espíritu de aquellos que se han marchado sin perfeccionarse suficientemente en este mundo vuelve a la tierra para continuar su proceso de purificación, a la manera de religiones orientales como el hinduismo o el budismo. De este modo, el alma se reencarna sucesivamente hasta alcanzar su perfeccionamiento, purgando de alguna manera en cada una de sus existencias las malas acciones cometidas en las anteriores.

Ello explicaría el ya aludido cuadernillo gráfico editado en Barcelona con motivo del fallecimiento de la autora, que rezaba precisamente: «Recordatorio de la desencarnación de Amalia Domingo Soler».

En realidad, dicho concepto aparecía ya recogido en un clásico término filosófico griego como es el de metempsicosis, que fue difundido por órficos y pitagóricos, y que alude, en efecto, a la transmigración del alma de un cuerpo a otro con posterioridad al momento de la muerte física. Entre otros,



Entierro de Amalia Domingo, calle Cañón (30-04-1909)

sería recogido por filósofos como Empédocles, Plotino, Platón y, posteriormente y en su estela, los pensadores neoplatónicos.

Como recuerda Ricardo Gullón en su iluminador estudio *Direcciones del modernismo*, la metempsicosis y sus conceptos sinónimos ejercieron su poderosa fascinación sobre nuestros escritores y poetas modernistas. Incluso sobre aquellos que no fueron creyentes del credo espiritista. Entre otros casos memorables, se puede recordar un ejemplo como el del poema «Metempsicosis», de Rubén Darío:

Yo fui un soldado que durmió en el lecho
de Cleopatra la reina. Su blancura
y su mirada astral y omnipotente.
Eso fue todo.

[...]

Yo fui llevado a Egipto. La cadena
tuve al pescuezo. Fui comido un día
por los perros. Mi nombre, Rufo Galo.

Eso fue todo^d.

^d DARÍO; Rubén, «Metempsicosis», *El canto errante, Obras completas*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1953, tomo V: Poesía, pp. 962-963.

BIBLIOGRAFÍA

Obras de Amalia Domingo Soler

Un ramo de amapolas y una lluvia de perlas, o sea, un milagro de la Virgen de la Misericordia, Tarragona, Tort y Cusidó, 1868.

El Espiritismo refutando los errores del Catolicismo romano, Barcelona, J. Torrens y Cía., 1880.

Memorias del Padre Germán, Barcelona, Tip. Juan Torrens y Coral, 1900.

Ramos de violetas. Colección de poesías y artículos espiritistas, 2 vols., Barcelona, Carbonell y Esteva, 1903.

¡Te perdono! Memorias de un espíritu, Barcelona, Maucci, 1904.

Flores del alma, Barcelona, Carbonell y Esteva, 1909.

Memorias de la insigne cantora del espiritismo Amalia Domingo Soler. Divididas en dos partes. La primera contiene lo que escribió en vida. La segunda y el prólogo que acompaña a la obra, fueron dictadas desde el espacio por ella misma, 1912.

Las grandes virtudes. Cuentos para niños, Barcelona, Maucci, s. f.

Consejos de ultratumba, Barcelona, Maucci, s. f. [d. 1909].

Sus más hermosos escritos, Barcelona, Maucci, s.f [d. 1909].

Cánticos escolares expresamente escritos para la Escuela Dominical, Barcelona, Maucci, s. f. [1924].

Cuentos espiritistas, Barcelona, Maucci, s.f. [1926].

e Si bien el nombre de Amalia Domingo Soler permanece ausente del común de las historias literarias, varias de sus obras han sido reeditadas en los últimos años por parte de sociedades espiritistas o de pequeñas editoriales pertenecientes a este ámbito (algunas de ellas, fuera de España, como la edición de *Minha vida* llevada a cabo en Brasil). De este modo, siempre con tiradas de alcance limitado (que no cortas), se han publicado de este modo sus siguientes obras en nuestro país:

Memorias del Padre Germán, 2 vols., Barcelona, Teorema, 1982.

Ramos de violetas. Colección de poesías y artículos espiritistas, 2 vols., Barcelona, Teorema, 1985.

Cuentos espiritistas, Barcelona, Ed. Amelia Boudet, 1986.

Las grandes virtudes, Barcelona, Ed. Amelia Boudet, 1987.

Hechos que prueban, Barcelona, Ed. Amelia Boudet, 1990.

Memorias de una mujer, Barcelona, Ed. Amelia Boudet, 1990.

Memorias del Padre Germán, Barcelona, Ed. Amelia Boudet, 1990.

¡Te perdono! Memorias de un espíritu, Barcelona, Humanitas, 1991.

Memorias del Padre Germán, Barcelona, Edicoinformación, 1992.

La Luz del Porvenir, Málaga, Ed. Espírita Allan Kardec, 1997.

La Luz del Camino, Málaga, Ed. Espírita Allan Kardec, 1998.

La Luz de la Verdad, Orihuela (Alicante), Centro Espírita «La Luz del Camino», 2000.

Ediciones actuales de sus obras^e

Cuentos espiritistas, selección, prólogo y ed. de Amelina Correa Ramón, Madrid, Clan, 2002.

Estudios

CORREA RAMÓN, Amelina, «Librepensamiento y espiritismo en Amalia Domingo Soler, escritora sevillana del siglo XIX», *Archivo Hispalense* (Sevilla, Diputación de Sevilla), Tomo LXXXIII, nº 254, septiembre-diciembre de 2000, pp. 75-102.

CORREA RAMÓN, Amelina, «Amalia Domingo Soler, una escritora en la sombra», en *Cuentos espiritistas*, selección, prólogo y ed. de Amelina Correa Ramón, Madrid, Clan, 2002, pp. 7-54.

CORREA RAMÓN, Amelina, «Amalia Domingo Soler, la fuerza del espíritu», *Andalucía en la Historia* (Centro de Estudios Andaluces, Junta de Andalucía, Sevilla), Año V, nº 17, julio de 2007, pp. 68-73.

MÉNDEZ BEJARANO, Mario, «El espiritismo», *Historia de la filosofía en España (hasta el siglo XX)*, Madrid, Renacimiento, s. f. [1928], pp. 515-533.

ORTEGA, Marie-Linda, «Amalia Domingo Soler: La escritura plus ultra, entre deseo y comunicación», en FERNÁNDEZ, Pura y ORTEGA, Lina-Marie (ed. y dir.), *La mujer de letras o la letraherida. Discursos y representaciones sobre la mujer escritora en el siglo XIX*, Madrid, CISC, 2008, pp. 221- 241

RAMOS, M^a Dolores: «Hermanas en creencias, hermanas de lucha. Mujeres racionalistas, cultura republicana y sociedad civil

en la Restauración», *Arenal. Revista de Historia de las Mujeres*, Universidad de Granada, Granada, vol. 11, nº 2, julio-diciembre 2004, págs. 27-56.

SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA, Alberto, «Viajando hacia el sur desde el plano astral: la escritora sevillana Amalia Domingo Soler nos envió sus memorias desde el más allá», en VV. AA., *Escrituras del Sur. Homenaje a Raffaele Nigro*, Sevilla, ArCiBel Editores, 2009, pp. 313-319.

SIMÓN PALMER, M^a Carmen, «Amalia Domingo Soler, escritora espiritista (1835-1909)», en ROMERA CASTILLO, José, FREIRE LÓPEZ, Ana y LORENTE MEDINA, Antonio (coords.), *Ex Libris. Homenaje al profesor José Fradejas Lebrero*, U.N.E.D., Madrid, 1993, vol. II, págs. 731-744.

Galería de lecturas pendientes



BibliotecaVirtualAndalucía

2010

“ Entre los pasajeros de un tranvía, me llamó la atención una joven de unos diez y ocho años, que tenía *la belleza de los que se van*. Los llamados a dejar la tierra tienen en sus ojos extraños y vívidos resplandores; llevan dibujada en sus labios una sonrisa, triste y amarga, y su talle se inclina, a semejanza de los lirios marchitos. Mi compañera de viaje vestía de luto, elegante. Acompañábale su padre, que la miraba cariñosamente. Ella, a su vez, miraba a todos lados, con la confianza de los niños mimados. Cuando estaba más distraída, una tos leve, pero tenaz, la hizo sacar un pañuelo y aplicárselo a los labios, para ahogar un gemido. Su padre nada dijo, pero la contempló con angustia, hasta que pasado el acceso, volvióse ella a su padre con el mayor cariño, le arregló la punta de la corbata, le habló en voz baja, le miró de modo tan expresivo y se acercó tanto a él... que parecía buscar el calor de otro ser para retener la vida que se le escapaba. ¡Cuánto decían sus ojos! ¡Pobre niña! Su presencia trajo a mi memoria el recuerdo de otra joven que, como ella, decía también: *¡No me quiero ir!* ”

